



# El alma de todo apostolado



**J. B. Chautard**



**JUAN BAUTISTA CHAUTARD  
ABAD DE LA ORDEN CISTERCIENSE**

**EL ALMA DE  
TODO APOSTOLADO**

Texto resumido y adaptado por  
Alberto Zuñiga Croxato

Lima, Octubre 2007

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
---------------	---

## **PRIMERA PARTE: DIOS QUIERE LAS OBRAS Y LA VIDA INTERIOR**

1 - DIOS QUIERE QUE LAS OBRAS APOSTÓLICAS SE FUNDAMENTEN EN LA VIDA INTERIOR .....	11
2 - DIOS QUIERE QUE JESÚS SEA LA VIDA DE LAS OBRAS APOSTÓLICAS .....	14
3 - EN QUÉ CONSISTE LA VIDA INTERIOR.....	17
4 - ¡QUÉ DESCONOCIDA ES LA VIDA INTERIOR! .....	25
5 - RESPUESTA A LA PRIMERA OBJECCIÓN: ¿NO ES OCIOSA LA VIDA INTERIOR? .....	27
6 - OTRA OBJECCIÓN: LA VIDA INTERIOR ES EGOISTA.....	33
7 – OTRA OBJECCIÓN: LA IMPORTANCIA DE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS ...	38

## **SEGUNDA PARTE: UNIÓN DE LA VIDA ACTIVA Y DE LA VIDA INTERIOR**

8 - ANTE DIOS ES MÁS VALIOSA LA VIDA INTERIOR QUE LA ACTIVA .....	41
9 - LAS OBRAS NO SON OTRA COSA QUE EL DESBORDAMIENTO DE LA VIDA INTERIOR .....	44
10 - LA BASE, EL FIN Y LOS MEDIOS DE TODO APOSTOLADO DEBEN IR IMPREGNADOS DE VIDA INTERIOR.....	47
11 - LA VIDA INTERIOR Y LA VIDA ACTIVA SE RECLAMAN MUTUAMENTE .....	50

## **TERCERA PARTE: LOS PELIGROS DE LA VIDA ACTIVA PARA EL ALMA QUE NO TIENE VIDA INTERIOR**

12 - LAS OBRAS APOSTÓLICAS SON UN MEDIO MUY APTO PARA AVANZAR EN LA SANTIDAD PARA LAS ALMAS DE VIDA INTERIOR, PERO SON UN PELIGRO DE CONDENACIÓN PARA LAS QUE NO LO SON.....	55
13 - EL APÓSTOL SIN VIDA INTERIOR.....	59
14 - LA VIDA INTERIOR, FUNDAMENTO DE LA SANTIDAD DEL APOSTOL .....	65

**CUARTA PARTE: FECUNDIDAD DE LAS OBRAS ENGENDRADAS POR LA VIDA INTERIOR**

<b>15 - LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO ESTÁ CONDICIONADA A LA INTENSIDAD DE LA VIDA INTERIOR.....</b>	<b>76</b>
<b>16 – LA VIDA INTERIOR POR EL BUEN EJEMPLO, CONVIERTE AL APOSTOL EN LUZ DEL MUNDO .....</b>	<b>79</b>
<b>17 - LA VIDA INTERIOR DEL APÓSTOL IRRADIA SOBRENATUALMENTE EN LOS DEMÁS .....</b>	<b>82</b>
<b>18 - LA VIDA INTERIOR COMUNICA AL OBRERO EVANGÉLICO LA VERDADERA ELOCUENCIA .....</b>	<b>93</b>
<b>19 - PORQUE LA VIDA INTERIOR ENGENDRA VIDA INTERIOR, SUS EFECTOS EN LAS ALMAS SON PROFUNDOS Y DURADEROS.....</b>	<b>94</b>
<b>20 - IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE LAS ALMAS ESCOGIDAS Y DE LA DIRECCION ESPIRITUAL .....</b>	<b>98</b>
<b>21 - LA VIDA INTERIOR EUCARISTICA RESUME TODA LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO .....</b>	<b>107</b>

**QUINTA PARTE: ALGUNOS PRINCIPIOS Y AVISOS SOBRE LA VIDA INTERIOR**

<b>22 - ALGUNOS CONSEJOS SOBRE LA VIDA INTERIOR .....</b>	<b>111</b>
<b>23 - LA ORACION, ELEMENTO INDISPENSABLE DE LA VIDA INTERIOR, TAMBIEN LO ES DEL APOSTOLADO .....</b>	<b>115</b>
<b>24 - LA VIDA LITURGICA, MANANTIAL DE VIDA INTERIOR Y, POR TANTO, DEL APOSTOLADO .....</b>	<b>122</b>
<b>25 – LA GUARDA DEL CORAZÓN ES CLAVE PARA TENER VIDA INTERIOR Y HACER APOSTOLADO .....</b>	<b>130</b>
<b>26 - EL APOSTOL DEBE TENER UNA ARDIENTE DEVOCION A LA MADRE DE DIOS.....</b>	<b>136</b>
<b>EPÍLOGO .....</b>	<b>139</b>

## PRESENTACIÓN

EL ALMA DE TODO APOSTOLADO es un libro de perenne vigencia. Es más, conforme el tiempo pasa, parece que tiene más actualidad.

El autor, Juan Bautista Chautard, Abad de la Abadía de Sept-Fons, se propuso la tarea de poner de relieve que el cristiano no sería buen cristiano, si no se volcara en una presencia activa en medio de los hombres y en la sociedad misma; pero por otra parte, llegaría indefectiblemente al propio agotamiento, si no atendiera al cuidado de su propia alma, es decir, si no tuviese la continua preocupación por estar unido a la vid, de la cual él es sólo un sarmiento. Los frutos dependen de esta unión, pues sin la savia el sarmiento se seca. La vid, por supuesto, es Cristo, Dios y hombre verdadero, el alma de todo apostolado; y nosotros los sarmientos.



Nuestro Señor Jesucristo reconvino amablemente a Marta, porque, con el buen deseo de atender al Maestro como El se merecía, se afanaba en una actividad encomiable, pero descuidaba escucharle. Por el contrario, María, dijo el Señor «escogió la mejor parte». De esta mejor parte es de donde habrá de salir la energía, la vitalidad, verdaderamente fecundas en obras de apostolado. Jesús es la vid, nosotros somos los sarmientos, los frutos que dan los sarmientos brotan en virtud de la vida que reciben de la cepa.

De una manera sencilla, el autor nos lleva suavemente a toda una serie de consideraciones útiles para todo cristiano que quiera detenerse a considerar si, en su vida personal, es «sal de la tierra y luz del mundo».

El editor

## **V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (13 - 31 de mayo de 2007)**

Del Documento Conclusivo de Aparecida:

Caminos de vida verdadera y plena para todos, caminos de vida eterna son aquellos abiertos por la fe que conducen a “la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural”. Esa es la vida que Dios nos participa por su amor gratuito, porque “es el amor que da la vida”. (n.13)

Lo que nos define no son las circunstancias [...], sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unión del Espíritu Santo. [...] No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante las dificultades y resistencias. (n.14)

Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos, nos ha confiado. (n.18)

### **Juan Pablo II:**

«El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación.»

### **Benedicto XVI:**

«Ser de Cristo significa mantener siempre ardiente en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente por la riqueza de la fe, no sólo cuando lleva consigo la alegría interior, sino también cuando va unida a las dificultades, a la aridez, al sufrimiento. El alimento de la vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma consagrada con el Esposo divino.»

## CARTA DE BENEDICTO XV AL AUTOR



*A nuestro, muy amado hijo, D. Juan Bautista Chautard, Abad de la Trapa de Nuestra Señora de Sept-Fons.*

*Le felicitamos de todo corazón por la excelente publicación de su libro titulado: El alma de todo apostolado, donde demuestra la necesidad de la vida interior en todas aquellas almas que, aplicadas a la acción, quieren obtener una asombrosa fecundidad en su ministerio.*

*Deseando que esta obra, en la cual se hallan reunidas las enseñanzas doctrinales y los consejos prácticos apropiados a las necesidades de nuestros tiempos, se propague prodigiosamente y produzca mucho bien, otorgamos de todo corazón a su piadoso autor nuestra afectuosa bendición apostólica.*

*En el Vaticano, 18 de marzo de 1915.*

*Benedictus P. P. XV*

## PALABRAS DE SAN PIO X

(De una carta de Mons. Arcand, Pronotario Apostólico, Vicario General de la diócesis de Trois-Rivieres, Canadá).



«En el curso de su visita *ad limina*, en 1908, nuestro querido Obispo, Mons. Cloutier, expuso a Pío X, los múltiples proyectos que tenía para el bien de la diócesis. El Santo Papa le expresó sus puntos de vista y le dio sus consejos. Después, pronunció estas palabras, que Mons. Cloutier transmitió al pie de la letra, cuando se reunió con sus sacerdotes:



Y ahora, querido hijo, si quiere Vd. que Dios bendiga y dé fecundidad a vuestro apostolado, todo para su gloria, debéis empaparos bien, Vos y vuestros celosos colaboradores, del Espíritu de Jesucristo, con una vida interior estimulante. Para este fin, no os puedo indicar mejor guía que *El alma de todo Apostolado*, de Dom Chautard, Abad cisterciense. Os recomiendo calurosamente esta obra, a la que tengo especial afición entre todas, y de la que he hecho yo mismo mi libro de cabecera».

## PALABRAS DE PABLO VI



«La respuesta a la pregunta ¿cómo se puede ser apóstol? está ya dada en una amplia literatura ascética; baste recordar la notabilísima obra del P. Chautard: *El alma de todo apostolado*, actual siempre por sus afirmaciones, que son fundamentales, que nos llevan a fortalecer las raíces interiores del apostolado. [...] No puede ser verdadero apóstol quien no tiene una profunda y ardiente vida interior» (Audiencia general, 31-1-1968).

## PRÓLOGO

¡Oh Dios de grandeza y bondad infinitas! Son ciertamente admirables las verdades que la fe nos descubre sobre lo más íntimo de tu Vida.

Tú, Padre Santísimo, te contemplas eternamente en el Verbo, tu imagen perfectísima.

El Verbo se estremece de gozo al contemplar tu hermosura, y del éxtasis de los dos surge el Espíritu Santo como una hoguera de amor.

Tú, Trinidad adorable, eres la única vida interior perfecta, superabundante e infinita.

Porque eres la Bondad sin límites, quieres hacer partícipe al hombre de tu vida íntima.

Al conjuro de tu voz, tus obras salen de la nada, proclamando tus perfecciones y cantando tu gloria.

Un abismo infinito existe entre Tú y el hombre que has creado, polvo animado por tu soplo. Tu Espíritu de Amor quiere llenar este abismo, para poder de esta manera satisfacer tu deseo de amar y comunicarte.

Este barro amasado por tus manos, al que diste la vida con un soplo de tu amor, podrá ser ¡oh prodigio! divinizado, y participar de tu eterna bienaventuranza.

Tu Verbo se brinda a realizar esta obra, *haciéndose carne para que nosotros nos hagamos dioses* (San Agustín).

Y esto lo logras, oh Verbo, sin dejar el Seno de tu Padre, en el cual subsiste tu Vida esencial, Fuente de donde brotan las maravillas de tu apostolado.

Oh Jesús, «Dios con nosotros», tú confías a los apóstoles tu Evangelio, tu Cruz y tu Eucaristía, enviándoles a engendrar hijos de adopción para tu Padre. Y después vuelves al Padre.

Desde entonces queda a tu cargo, Espíritu Santo, la santificación y el gobierno de la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo. Para hacer descender de la cabeza a los miembros la vida divina, te dignas escoger colaboradores para tu obra. Abrasados por el fuego de Pentecostés, se dispensan por la tierra para sembrar en todas las almas la Palabra que ilumina, y comunicarles la vida divina, de la cual Tú eres la plenitud.

¡Oh fuego divino, infunde en cuantos participan de tu apostolado, el mismo ardor que transformó a los Apóstoles en el Cenáculo. Ilumínalos y graba en sus inteligencias esta verdad: No podrá ser eficaz su apostolado sino *en la medida en que vivan la vida sobrenatural que brota de Ti.*

¡Oh Caridad infinita, despierta en ellos una gran sed de vida interior! Hazles sentir que no puede haber verdadera felicidad en este mundo si no se participa de tu Vida Divina.

¡Oh María inmaculada, Reina de los Apóstoles, dignate bendecir estas modestas páginas! Alcanza para cuantos las lean, la gracia de comprender que si Dios quiere servirse de ellos para difundir sus bienes celestiales en las almas, sólo será eficaz su apostolado en cuanto participe de la vida divina, tal como tú estuviste unida a Aquel que tomó carne en tus entrañas virginales, por quien nosotros tenemos la dicha de poder llamarte Madre nuestra.

## PRIMERA PARTE

### DIOS QUIERE LAS OBRAS Y LA VIDA INTERIOR

#### 1 - DIOS QUIERE QUE LAS OBRAS APOSTÓLICAS SE FUNDAMENTEN EN LA VIDA INTERIOR

Propio es de la naturaleza divina ser soberanamente generosa, porque Dios es la bondad infinita, y no puede menos que difundirse y comunicar los bienes que posee.

La vida de Nuestro Señor JESUCRISTO es una manifestación continua de esta inagotable generosidad. Él es el divino sembrador que va derramando los tesoros de amor de su Corazón, para atraer a los hombres a la Verdad y Vida.



El transmitió la llama de su apostolado a la Iglesia, don inefable de su amor, transmisora de su vida, expresión de su verdad, reflejo de su santidad.

Encendida en esos ardores, la esposa mística de Cristo, continúa a través de los siglos, la obra de apostolado de su divino modelo. ¡Qué

admirable designio de la Providencia! Por medio de ella debe conocer el hombre el camino de la salvación.<sup>1</sup>

Sólo Jesús derramó su sangre por la Redención del mundo, pero ha querido servirse de cooperadores para distribuir sus beneficios. ¡Admirable condescendencia de Dios Padre! A nosotros, pobres criaturas, nos ha querido asociar a sus trabajos y a su gloria.

La Iglesia, que nació de la llaga abierta del costado del Salvador, perpetúa por el ministerio apostólico la acción bienhechora y redentora de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Este ministerio del apostolado es, por voluntad expresa de Jesucristo, el factor principal de la extensión del Reino de Dios en el mundo.



En este apostolado figuran en primera línea los Obispos y sacerdotes, y una pléyade de compañías de apóstoles, cuya exuberante floración constituirá siempre uno de los fenómenos más palpables de la vitalidad de la Iglesia.

En los primeros siglos aparecen las órdenes contemplativas, cuya oración incesante y rudas penitencias, contribuyó poderosamente a la conversión del mundo pagano. En la Edad Media aparecen las Órdenes de Predicadores —los Dominicos—, las Ordenes mendicantes

---


<sup>1</sup> La caridad cristiana es por su naturaleza expansiva y apostólica, porque es el rebotar del amor de Dios en el hombre, amor esencialmente comunicativo y que termina en la comunión. Se sigue de ahí que la santidad cristiana o es apostólica o no es de ningún modo santidad, porque el impulso de la caridad de que procede, no puede ser coartado ni partido. (Intimidad Divina, P. Gabriel de Sta. M. Magdalena, O.C.D.)

(franciscanos...) y militares, y los mercedarios, consagrados a la heroica misión de rescatar cristianos cautivos apresados por los musulmanes.

La Edad Moderna ve nacer una multitud de Congregaciones e Institutos dedicados a la enseñanza, a las misiones, y a toda una serie de obras de caridad, tanto corporal como espiritual.

También la Iglesia ha tenido en todas su épocas, una legión de colaboradores entre los seglares, verdaderos apóstoles con su ejemplo y su palabra, que incluso han llegado a veces hasta derramar su sangre por Jesucristo.

Es realmente asombrosa esta eflorescencia de obras de apostolado que nacen, en el momento más oportuno, para dar respuesta a las nuevas necesidades y peligros que surgen en cada época. En todas ellas hay que constatar el mismo espíritu que animaba a San Pablo: *Yo muy gustosamente me gastaré y desgastaré por vuestras almas* (2 Cor 12,15).

An icon depicting a group of apostles in traditional religious attire, gathered around a central figure who appears to be reading or writing. The style is characteristic of Eastern Orthodox or Catholic religious art.

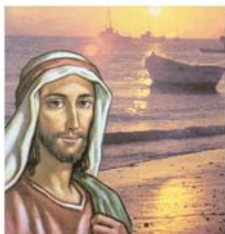
**La Iglesia es por  
propia naturaleza  
apostólica**

*Yo muy gustosamente  
me gastaré y  
desgastaré por  
vuestras almas.*

Estas humildes páginas están dedicadas a estos soldados de Cristo, que llenos de ardor apostólico, se exponen, precisamente a causa de la enorme actividad que despliegan, al peligro de no ser, ante que todo, hombres de vida interior, que pueden sentir la tentación, ya sea por los fracasos o por el cansancio del apostolado, de abandonar la lucha desalentados y desertar del campo de batalla.

Ojala los pensamientos expuestos en este libro ahorren abundantes disgustos a muchos y contribuyan a encauzar mejor la actividad apostólica, mostrando con claridad que jamás se debe abandonar el Dios de las obras por las obras de Dios, y que la urgencia del *Ay de mí, si no evangelizare* (1 Cor 9,16) no nos puede hacer olvidar la advertencia de Jesús: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?* (Mat 16,25).

***Ay de mí, si no evangelizare***



*El apóstol debe ser  
ante todo hombre de  
vida interior, porque:*

*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo  
entero, si pierde su alma?*

Los padres y madres de familia cristianos, que tienen la obligación de formar a sus hijos, podrán también aplicarse las enseñanzas encerradas en estas páginas, pues sólo viviendo en medio de las pruebas una vida interior profunda y una paz inalterable, podrán impregnar sus hogares del espíritu de Jesucristo.

**Jamás se debe abandonar el Dios de  
las obras por las obras de Dios**



## **2 - DIOS QUIERE QUE JESÚS SEA LA VIDA DE LAS OBRAS APOSTÓLICAS**

La ciencia puede enorgullecerse con razón de sus grandes adelantos. Pero una cosa le ha sido hasta hoy y le será siempre imposible, a saber: el crear la vida de la nada, el no poder crear en un laboratorio ni un grano de trigo, ni un simple gusano. Y es que Dios ha guardado para sí el poder de crear la vida.

En el reino vegetal y animal, los seres vivos pueden reproducirse, pero siempre sometidos a las condiciones establecidas por el Creador. Lo mismo ocurre en el hombre con respecto al cuerpo; mas en lo que

concierno al alma, Dios se ha reservado el derecho de crearla directamente. Incluso existe un dominio sobre el cual Dios se muestra aún más celoso, y es el de poder comunicar *vida sobrenatural*, la cual es una emanación de la vida divina, comunicada a la Humanidad del Verbo encarnado.

Jesucristo, por su Encarnación y Redención, es *fente única* de esta vida divina, y llama a los hombres para que participen de ella. Así lo declara la liturgia: Por Nuestro Señor Jesucristo. *Por Él, con Él y en Él*. La acción principal de la Iglesia consiste en difundir esta vida divina a las almas, por medio de los sacramentos, la oración, la predicación, y todas las obras de apostolado.

<p>Jesucristo, por su Encarnación y Redención, es la <i>fente única</i> de la vida sobrenatural.</p>	
<p><i>Por Nuestro Señor Jesucristo. Por Él, con Él y en Él.</i></p>	

Dios no hace nada sino por su Hijo: *Todo ha sido hecho por Él y nada ha sido hecho sin Él* (Juan 1,3). Esta verdad, innegable en el orden natural, lo es mucho más en el sobrenatural, cuando se trata de comunicar la vida divina, de hacer partícipes a los hombres de la naturaleza divina, haciéndolos hijos de Dios.

*He venido para que tengan vida* (Juan 10,10). En Él estaba la vida (Juan 1,4). *Yo soy la vida* (Juan 16,6). ¡Qué verdad encierran estas palabras! ¡Cuánta luz irradia sobre esto la parábola de la vid y de los sarmientos! Con qué insistencia Jesús quiere grabar en el espíritu de sus apóstoles el principio fundamental de que *Él es la vida*. No podemos, por tanto, participar de esa vida y comunicarla a los demás sin estar injertados en Él.

<p><i>Jesucristo : Yo soy la vida.</i></p>		<p>No podemos <i>participar</i> de su vida y comunicarla a los demás sin estar injertados en Él.</p>
--	---	--



Los apóstoles, llamados a colaborar con el Salvador para transmitir en las almas esta vida divina, son sólo los canales que toman sus aguas de esta única fuente.

El apóstol que se olvida de esto y piensa que puede transmitir vida sobrenatural prescindiendo de la fuente que es Jesucristo, manifiesta una gran ignorancia teológica pareja a una necia autosuficiencia.

Pero no basta reconocer que Jesucristo Redentor es la fuente de vida divina, hay que reconocerlo en la práctica, desconfiando de las propias fuerzas y poniendo toda la confianza en El.

Cuando el apóstol olvida este principio, en la teoría o en la práctica, y cegado por su presunción, intenta hacer apostolado sin contar con Jesús, el único principio de la vida, comete una auténtica «herejía de las obras». Es la aberración de olvidar nuestro papel secundario y subordinado, poniendo toda la confianza en la propia actividad y talentos personales, y no en Jesucristo.

¡Herejía de las obras! Porque la actividad febril toma el lugar de la acción divina, no se recurre a la gracia, y el único protagonista es el orgullo del hombre. La vida sobrenatural, el poder de la oración y la economía de la Redención son relegados, al menos en la práctica, a la categoría de abstracciones.

Es un caso, por desgracia, bastante frecuente en nuestros días. Es el apóstol que juzga según las apariencias y trabaja como si los resultados dependieran principalmente de su propia actividad.

A la simple luz de la razón, prescindiendo de la Revelación, no puede menos de inspirar compasión el hombre de grandes cualidades, que rehúsa reconocer que las ha recibido de Dios. Con mucha mayor razón, mayor compasión nos debe inspirar el apóstol que prescinde de Dios en su tarea comunicar vida divina a las almas. Y si a nosotros nos da compasión y nos parece una insensatez, ¡qué será a los ojos de Dios! ¡Cuánta presunción y orgullo manifiesta el hombre que sólo confía en sí mismo!

Por esto, Dios Padre hace justicia a los méritos que nos ganó Jesucristo, su Hijo, confundiendo a esos falsos apóstoles, permitiendo que fracasen sus obras nacidas del orgullo, para que no produzcan otra cosa que triunfos efímeros. Sin embargo, bendice con fruto a los



sarmientos que humildemente reconocen que no reciben su savia sino de la cepa que es Jesucristo.



### 3 - EN QUÉ CONSISTE LA VIDA INTERIOR

Cuando utilizo las expresiones *vida de oración, contemplación, vida contemplativa*, quiero dar a entender la *vida interior normal y asequible a todos*, y no los estados extraordinarios de oración que estudia la teología mística, como los éxtasis, arrobamientos, visiones, etc.

Para precisar mejor en qué consiste la vida interior hará falta recordar algunas verdades básicas:

*Primera verdad.* Mi vida sobrenatural es la Vida de Jesucristo en mi alma, por la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Esta presencia del Señor no es la presencia real propia de la Eucaristía, sino una presencia de *acción vital*, como la que ejerce el corazón sobre el resto del cuerpo. Acción íntima, que ordinariamente Dios oculta a mi alma para aumentar el mérito de mi fe. Acción habitualmente insensible para mis facultades naturales, que debo aceptar por la Fe. Acción divina compatible con mi libertad, la cual se sirve de las causas segundas (acontecimientos, personas y cosas) para darme a conocer Su voluntad y aumentar mi participación en la vida divina.



Esta vida es inaugurada por el bautismo al ponerme en estado de gracia, se perfecciona por la Confirmación, se recupera en el Sacramento de la Reconciliación, y es sostenida y acrecentada por la Eucaristía. Es mi vida cristiana.

*Segunda verdad.* Por esta vida Jesucristo me comunica su Espíritu. Y así viene a ser el principio superior de mi obrar, por el cual, si no le pongo obstáculos, pienso, juzgo, amo, quiero, sufro, y trabajo con El, por El y como El.

Mis acciones exteriores vienen a ser la manifestación de esta vida de Jesús en mí. De este modo puedo llegar al ideal de VIDA INTERIOR que nos propone San Pablo con su ejemplo: *No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.*

La vida cristiana, la piedad, la vida interior y la santidad no se diferencian esencialmente; son los diversos grados de un mismo amor; el crepúsculo, la aurora, la luz y el esplendor de un mismo sol.

La vida interior es *el estado de alma* que se esfuerza por vivir siempre en conformidad con el Evangelio y los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta vida interior supone dos movimientos. Por un lado, el alma se aleja de todas aquellas criaturas que le puedan ser contrarias a la vida de la gracia: es el «desapego de las criaturas». Por otro lado, el alma tiende a unirse con Dios: es la «conversión hacia Dios».

El alma desea ser fiel a la gracia que le ofrece nuestro Señor *en cada momento*, para vivir en unión con El: *El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto* (Juan 15,5).



*Tercera verdad.* No podré adquirir esta vida interior si no me esfuerzo por creer, con una fe cierta y concretada en detalles, en la presencia activa de Jesús en mí. El ha de ser para mí una realidad viva, cada vez más real, que penetre toda mi vida. Así Jesús será mi luz, mi ideal, mi consejo, mi apoyo, mi ayuda, mi fuerza, mi medicina, mi consuelo, mi

alegría, mi amor, en una palabra mi vida, y así adquiriré todas las virtudes.

*Cuarta verdad.* En proporción a mi amor a Dios irá aumentando mi vida sobrenatural, por una nueva infusión de la gracia que obra la presencia de Jesús en mí. El amor de Dios se puede aumentar por los siguientes medios:

1º Por el ofrecimiento a Dios de los actos meritorios: virtudes, trabajo, sufrimientos, renunciaciones, pobreza, humillaciones, abnegación, oración, misa, actos de devoción a María Santísima, etc.

En cada cosa, persona, acontecimiento, Jesús mío, te haces presente a mí en todo momento. Tú te ocultas bajo esas apariencias y me pides mi colaboración para *poder acrecentar tu vida en mí.*

Jesús se presenta a mi alma en el *momento presente* y me invita a hacer Su voluntad. Quiere que le mire a El, y no a mí mismo o a las criaturas.

2º Por la frecuencia de los sacramentos, sobre todo, la Eucaristía y el Sacramento de la Reconciliación.

*Quinta verdad.* La triple concupiscencia —de la carne, de los ojos, del orgullo de la vida— que causó en mí el pecado original y que yo acrecienta con cada uno de mis pecados, establece en mí *principios de muerte* opuestos a la vida que Jesús me regala, pudiendo no sólo disminuirla, sino llegar a suprimirla por el pecado mortal.

Pero mis inclinaciones naturales, mis sentimientos, y *aun las tentaciones más violentas y prolongadas*, no pueden afectarme —y esta es una verdad consoladora— con tal que mi voluntad no consienta en ello. Más todavía, mi vida interior se acrecienta si yo persevero en este combate espiritual.

*Sexta verdad.* Si yo no colaboro con la gracia y no me aprovecho de los medios que Dios me da para acrecentarla, mi entendimiento se oscurecerá y mi voluntad se debilitará en sumo grado, disminuyendo mi vida interior e incluso haciéndome caer en la tibieza espiritual.

La pereza, la falta de recogimiento, la superficialidad... todo lo que sea pactar con el pecado venial, me va disponiendo para el pecado mortal, poniendo en peligro mi salvación.

Esta tibieza es muy distinta de la sequedad y aun del tedio que experimentan a veces aun contra su voluntad las almas fervorosas. Las faltas veniales cometidas por fragilidad, y que, apenas cometidas, son también combatidas y detestadas, tampoco engendran tibieza de la voluntad.

El alma tibia tiene dos querer opuestos, uno bueno y otro malo, que luchan entre sí. Por una parte desea su salvación, por lo que trata de evitar los pecados mortales evidentes; por otra no quiere someterse a las exigencias del amor divino, al contrario suspira por las comodidades de una vida fácil y no repara en cometer pecados veniales deliberados.

Cuando esta tibieza no es combatida hay en el alma mala voluntad, si no total, al menos parcial. Hay una parte de la voluntad que dice a Dios: «En tal o cual punto me riño por mi capricho».

¿Qué debería hacer si tengo la desgracia de caer en la tibieza o de hallarme en un estado todavía más deplorable? Valerme de todos estos medios para salir de tal situación:

1º Acrecentar en mí el *temor de Dios*, meditando sobre mis postrimerías, la muerte, el juicio final, el infierno, la eternidad, el pecado, etc.

2º Hacer revivir en mí la *compunción*, es decir, el dolor de mis pecados por haber ofendido a Dios. Para ello meditaré sobre lo que Cristo padeció por mí en su Pasión. Trasladándome en espíritu al Calvario, me postraré ante la cruz a fin de que la sangre preciosa de Cristo se derrame sobre mí, cure mi ceguera, ablande mi alma endurecida y sacuda la modorra de mi voluntad.



*Séptima verdad.* No poseeré el grado de vida interior que Jesús quiere de mí:

1º Si no busco agradar a Dios en todas las cosas y no desagradarle en lo más mínimo. Ahora bien, difícilmente lo conseguiré si no hago oración por la mañana, si no participo de la santa misa, si no me confieso con frecuencia, si no hago lectura espiritual, examen general al final del día y examen particular después de cada acción que realizo, o bien si por culpa mía no me aprovecho bien de estos medios.

2º Si no cuido de tener un *mínimum de recogimiento* que me permita, en medio de mis ocupaciones, guardar el corazón en tal pureza y

generosidad que no quede ahogada la voz de Jesús que me señala los elementos de muerte que se me presentan y me anima a combatirlos.

No podré tener este mínimo de recogimiento si no me ejercito en mantener la presencia de Dios durante el día, mediante jaculatorias, comuniones espirituales, etc.

Sin ese recogimiento, los pecados veniales abundarán en mi vida, sin tan siquiera llegar a sospecharlo. Para que no me dé cuenta del estado lamentable de mi alma, el demonio tratará de ilusionarme con ciertas apariencias de piedad o de caridad, etc. Pero mi ceguera me será imputable, por haber abandonado el recogimiento.

*Octava verdad.* Mi vida interior será lo que sea la guarda de mi corazón: *Guarda ante todo tu corazón, porque de él procede la vida* (Prov. 4,2).

Esta guarda del corazón no es otra cosa que la *solicitud habitual o al menos frecuente para preservar todos mis actos, a medida que los realice, de todo lo que pueda viciar su móvil o su realización.* Una solicitud tranquila, suave, sin violencia, pero al propio tiempo fuerte y decidida, porque es propia de un hijo que trata de agradar en todo a Dios.



Es un trabajo del corazón y de la voluntad más que de la inteligencia, la cual debe hallarse libre para poder cumplir lo que le pide el momento presente. Lejos de dificultar la acción, la guarda del corazón la perfecciona, ordenándola según el espíritu de Dios y los deberes de estado.

Este ejercicio se puede practicar a todas horas. Es un mirar con el corazón internamente, con pureza de intención, sobre la manera cómo voy haciendo cada cosa, a medida que la voy haciendo. Es la exacta observación del Haz lo que haces.

El alma, como un centinela, vigila los movimientos de su corazón y en especial lo que ocurre en su interior, es decir, las impresiones, intenciones, inclinaciones, en una palabra, sus pensamientos, palabras y acciones.

A un alma disipada, que no vive el recogimiento, le será casi imposible practicar, sobre todo al principio, esta guarda del corazón. Pero no hay que desanimarse, con la práctica poco a poco se puede conseguir.

A lo largo del día me tengo que preguntar con frecuencia: *¿A donde voy y a qué? ¿Qué haría Jesús ahora? ¿Cómo se conduciría Él en mi lugar? ¿Qué me aconsejaría? ¿Qué es lo que quiere Él de mí en este momento?*

La guarda del corazón resulta mucho más fácil cuando el alma se dirige a Jesús por María. Para el que reconoce su pobreza y limitaciones, el recurso a esta buena Madre viene a ser como algo espontáneo que nace del corazón.

*Novena verdad.* Jesucristo reina en el alma que aspira con amor a imitarle de verdad en todo momento. Dos grados hay en esta imitación:

1º El alma se esfuerza por hacerse indiferente a las criaturas, sean conformes o contrarias a sus gustos. Como Jesús, ella no quiere otra regla de sus actos que la voluntad de Dios. *He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Juan 6,38). *Cristo no trató de complacerse a sí mismo* (Rom 15,3).



2º El alma se esfuerza por hacer con decisión todo aquello que repugna y contraría su naturaleza, practicando de este modo el *agere contra* que habla S. Ignacio en su célebre meditación del Reino de Cristo y de Las Dos Banderas. Es la acción contraria a la naturaleza que emprende todo aquél que trata de imitar la pobreza del Salvador y su amor a los padecimientos y humillaciones. Entonces el alma llega a conocer a Cristo de verdad: *El Cristo que vosotros habéis aprendido... conforme a la verdad de Jesús* (Efesios 4,20-21).

*Décima verdad.* En cualquier estado en que me encuentre, Jesús me ofrece, si soy fiel a la gracia, todos los medios para llegar a una vida interior que me asegure su intimidad y me permita acrecentar su vida en mí. Entonces mi alma, a medida que vaya progresando, se mantendrá alegre en medio de las pruebas e infortunios de la vida, verificándose así estas palabras de Isaías: *Amanecerá tu luz como la aurora y llegará pronto tu curación y delante de ti irá tu justicia y la gloria del Señor te acogerá en su seno. Invocarás entonces al Señor y te oirá con benignidad; clamarás y te dirá: Aquí me tienes... Y el Señor será tu guía constante; y llenará tu alma de resplandores y vigorizará tus huesos; y serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas no se secarán jamás* (Isaías 58,8,9, 11).



*Undécima verdad.* Jesucristo quiere que me santifique haciendo apostolado, y que sea Él la vida este apostolado.

Mis esfuerzos, de suyo, nada son y nada valen: *Sin mí nada podéis hacer* (Juan 15, 5). Sólo serán útiles y bendecidos de Dios, si en virtud de la vida interior, los realizo en unión con Jesús. Sólo así darán mucho fruto: *Todo lo puedo en Aquél que me conforta* (Filipenses 4,13). Si brotan de mi autosuficiencia, de la confianza en mis propios talentos, o del afán de lucirme con el éxito, serán reprobados por Dios; porque sería sacrílega locura pretender arrebatar a Dios algo de su gloria para dármela a mí.

Esta convicción, lejos hacerme pusilánime, constituirá toda mi fuerza, y me impulsará a acudir a la oración para asegurarme la ayuda de Dios y el fruto apostólico.

Convencido de la importancia de este principio, haré un serio examen de mí mismo, para averiguar: a) si se ha debilitado mi convicción acerca de la inutilidad de mi acción cuando obra sola, y de la gran fuerza que tiene cuando va unida a la de Jesús; b) si soy inexorable en excluir toda complacencia y vanidad, y toda satisfacción propia en mi vida de apóstol, manteniéndome en una desconfianza absoluta de mi mismo; c) y si pido a



Dios que vivifique mis obras y me preserve del orgullo, que es el primero y principal obstáculo para que me ayude.

Este CREDO de la vida interior, cuando llega a ser para el alma el fundamento de su existencia, le asegura ya en este mundo una participación de la dicha del cielo.

La vida interior es vida de predestinados, porque responde al fin que Dios se propuso al crearnos. Responde también al fin de la Encarnación: *Dios envió al mundo a su Unigénito para que vivamos por El* (1 Juan 4,9).

Es un estado bienaventurado porque *el fin del hombre consiste en vivir unido a Dios, su Creador y Redentor* (Santo Tomás de Aquino). Toda su felicidad se encuentra ahí; pues si bien es verdad que se encuentran espinas en esta vida por de fuera, en cambio, el interior se encuentra lleno de rosas, todo al contrario de lo que sucede con los goces y alegrías del mundo. Esto es lo que al santo Cura de Ars le hacía exclamar: ¡Cuán dignas de compasión son las gentes del mundo!



Es también la vida interior un estado celestial. Porque él alma viene a ser un cielo anticipado, porque puedo cantar como Santa Margarita María: «Poseo en todo tiempo y llevo en todo lugar el Dios de mi corazón y el corazón de mi Dios».

Es, en fin, el principio de la felicidad eterna (S, Tomás de Aquino). La gracia es el cielo en germen.



## 4 - ¡QUÉ DESCONOCIDA ES LA VIDA INTERIOR!

San Benito «vivía consigo mismo», nos dice S. Gregorio el Grande, mientras en Subiaco daba principio a su Regla, que tanto bien ha hecho en el mundo.

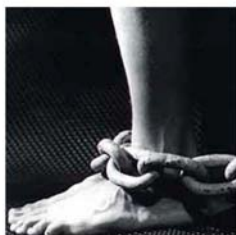
Es lo contrario de lo que les ocurre a la mayoría de nuestros contemporáneos. Vivir consigo, vivir en sí, *querer gobernarse a sí mismo*, y no dejarse gobernar por las circunstancias, sujetar la imaginación, la sensibilidad y aun la memoria y el entendimiento a la voluntad, y someter incesantemente esta voluntad a la de Dios es un programa que cada vez se aprecia menos en este mundo tan agitado, donde se valora tanto «la acción por la acción».



**San Benito «vivía  
consigo mismo»**

*Sabía gobernarse a sí mismo, no se dejaba gobernar por las circunstancias, era capaz de sujetar la imaginación, la sensibilidad y aun la memoria y el entendimiento a la voluntad, y sometía ésta a la de Dios.*

Cualquier pretexto es bueno para eludir esta disciplina de nuestras facultades. Los negocios, la familia, la salud, el propio prestigio, las necesidades de la empresa, hasta la pretendida gloria de Dios, nos importunan constantemente para que no vivamos en nosotros mismos. Esta especie de delirio exterior ejerce sobre nosotros un atractivo irresistible.



**El hombre  
disipado es  
esclavo de las  
circunstancias y  
de su propias  
pasiones**

En vista de esto, ¿podrá extrañarnos que la vida interior sea tan desconocida?

Desconocida, es muy poco decir; a veces es menospreciada y hasta ridiculizada, por aquellos mismos que deberían apreciar más que nadie sus ventajas y su necesidad.

Tienen que ser los Papas los que nos pongan en alerta al apóstol sobre los peligros que se siguen de poner toda la confianza en la acción, olvidando el cultivo de la vida interior.

A fin de evitar *el trabajo que lleva consigo la vida interior*, el apóstol llega hasta desconocer la excelencia de la vida *con Jesús, en Jesús y por Jesús* y hasta olvidar que en el plan de la Redención todo está fundado sobre la *vida eucarística* y edificado sobre la roca de Pedro. Estos admiradores del activismo apostólico relegan lo esencial a un segundo plano.

Aunque crean teóricamente en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, estiman como una pérdida de tiempo la adoración ante el Santísimo expuesto, que no se adapta a las exigencias de la vida moderna.

La comunión, para ellos, ha perdido el sentido que tenía para los primitivos cristianos. Creen en la Eucaristía, mas no ven en ella el elemento de vida imprescindible para ellos ni para sus obras. Y como no tienen ninguna intimidad ni familiaridad con Jesús-Eucaristía, la vida interior se les antoja uno de tantos recuerdos de la Edad Media.



Al oírles hablar de cómo desarrollan su apostolado, podría creerse que el Todopoderoso —el que con solo su palabra creó los mundos de la nada—, no puede prescindir de su actividad. Llevados de un culto exagerado por la acción se entregan a rienda suelta al trabajo exterior, viviendo fuera de sí mismos. Están convencidos de que la Iglesia, la diócesis, la parroquia, la congregación religiosa, etc., necesitan de ellos. En el fondo del corazón impera la presunción y la falta de fe. Incluso a veces llegan al agotamiento por su actividad incesante, y si se les ordena

que aminoren su actividad, apenas hacen caso. La excitación por la acción se ha hecho en ellos como una *segunda naturaleza*, que le impulsa a no parar ni descansar, movidos por múltiples trabajos que les aturden. Les repugna la vida interior y no se dan cuenta de que solo ella puede curar su anemia espiritual.

El barco navega a todo vapor, dirigido por un capitán que está muy ufano de la velocidad de su marcha, pero como carece de un buen timonel, va sin rumbo fijo y corre riesgo de naufragar. Porque lo que ante todo quiere el Señor es que se le adore en espíritu y en verdad. Pero el apóstol que está encandilado de las obras y se deja llevar por el *activismo*, se engaña pensando que da mucha gloria a Dios con los éxitos aparentes que logra.

Esta forma de pensar y de actuar explica la gran estima que muchos tienen en la actualidad por las obras sociales de la Iglesia (escuelas, universidades, dispensarios, hospitales, etc.), con desprecio de la vida contemplativa, basada en la oración y la penitencia, las cuales apenas valoran. Se desprecia la inmolación oculta, y se califica de gente perezosa y rara a los que viven ocultos en la soledad de los claustros, aunque tengan más ardor por la salvación de las almas que los más incansables misioneros. Y se llega incluso a ridiculizar a los apóstoles que consideran indispensable robar algunos instantes a su tiempo, por muy ocupados que estén, para ir a purificar e inflamar su celo apostólico ante el Sagrario, implorando al Huésped divino que bendiga su apostolado.



## 5 - RESPUESTA A LA PRIMERA OBJECCIÓN: ¿NO ES OCIOSA LA VIDA INTERIOR?

Este libro no va dirigido a aquellos ilusos apóstoles que rinden culto al reposo y a la ociosidad, y se engañan con una falsa piedad, dejándose

llevar por un egoísmo que no mira más que su tranquilidad y comodidad, y no la salvación de las almas.

Este libro va dirigido a aquellos apóstoles generosos, que por causa de su celo y entrega a los demás, están expuestos a descuidar su propia vida interior, clave de la fecundidad apostólica.

No podemos ni imaginarnos la actividad infinita que existe en el seno de Dios. La vida interior del Padre es tal, que engendra a una persona divina, el Hijo. Y del amor que se tienen el Padre y del Hijo, procede el Espíritu Santo.

Este Espíritu Santo es el que en el día de Pentecostés inflamó el corazón de los apóstoles, cuando estaban reunidos en oración en torno a la Virgen María, en el celo por la salvación de las almas.

Porque estaban en oración, el Espíritu Santo les comunicó esa vida interior, principio de la abnegación y de la actividad de todo apóstol. Pero todo procede de una intensa vida de oración. Nada más falso, por tanto, que confundir la vida de oración con una especie de oasis, donde uno se refugia para pasar tranquilamente la vida.<sup>2</sup>

Existen tres tipos de trabajos: el manual, el intelectual y el espiritual o de la vida interior. Este último, con mucho, es el más gravoso de los tres —siempre que se tome en serio—, y el que procura los mayores consuelos. Es también el más importante, porque perfecciona, no alguna condición del hombre, sino al hombre mismo. Sin embargo, ¡cuántas personas se jactan de los éxitos que logran con los dos primeros, por la fortuna, fama y ventajas que les procuran, mas qué reacias se muestran cuando se trata de trabajar por adquirir las virtudes! En este caso, no manifiestan más que pereza y descuido.

El esfuerzo constante por dominarse a sí mismo, para no hacer otra cosa que lo que agrada a Dios, es el ideal del hombre de vida interior. Unido a Jesucristo en todo momento, tiene siempre en mente el fin que persigue y lo juzga todo a la luz del Evangelio. Así, repite con S. Ignacio: *¿A dónde voy yo? ¿Y a qué?* Todas sus facultades, inteligencia,

---

<sup>2</sup> El cristiano es santo por participar de la única santidad de Dios, que es amor. El amor en Dios es siempre comunión, no sólo en su vida íntima, sino también en sus relaciones con las criaturas. Dios manifiesta y comunica su amor a los hombres dándoles parte de su vida e invitándolos a la comunión con él. A medida que el cristiano se abre a la efusión del amor divino y vive en comunión con Dios, queda envuelto en el dinamismo de ese amor y, por tanto, es movido a transmitirlo a los hermanos, para que también ellos estén «en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1,3). (Intimidad Divina, P. Grabiell de Sta. M. Magdalena OCD).

memoria, voluntad, sensibilidad, imaginación y sentidos, se subordinan a este fin. ¡Pero cuánto esfuerzo y violencia tiene que hacerse para conseguirlo! Ya se mortifique o se divierta, ya estudie o actúe, ya trabaje o descansa, tanto si procura el bien como se aparta del mal, en sus alegrías o tristezas, en sus esperanzas o temores, ya esté indignado o tranquilo, siempre y en todas las cosas, mantienen constantemente el timón de su vida orientado en la dirección de la *voluntad de Dios*.

En la oración, y sobre todo al pie del Sagrario, se aísla completamente de las cosas visibles, para poder tratar con el Dios invisible, *como si viera al invisible* (Heb 11,27). Y lo procura, por muchos trabajos apostólicos que tenga que realizar. Es el estilo de vida de S. Pablo, y que él tanto admiraba de Moisés.



Ni las adversidades de la vida ni las tempestades levantadas por las pasiones, ni ninguna otra cosa es capaz de desviarlo de esta línea de conducta. Y si en algún momento flaquea, inmediatamente se levanta y reemprende decidido su camino.

¡No hay trabajo comparable a éste! Así se explica que Dios recompense ya en esta vida con *consuelos inefables* al que no desmaya en esta empresa. Todo lo contrario de una vida ociosa y descansada.

Quien lo ha experimentado, perfectamente lo entenderá. Cuántas veces estaríamos dispuestos a trabajar largas horas en una ocupación fatigosa, en vez de hacer bien media hora de oración, participar activamente en la Santa Misa, o rezar la Liturgia de las Horas. Así lo reconocen muchos apóstoles, lo que más les cuesta, no es precisamente la acción, sino la oración; sienten como un alivio cuando acaba ésta y suena la hora de la acción. ¡Cuánto les cuesta a algunos permanecer durante quince minutos en acción de gracias después de la comunión!

¡Y cuánta repugnancia sienten algunos a entrar en un retiro de tres días! Desprenderse por tres días de la vida que llevan, tan llena de ocupaciones, para dedicarse únicamente a lo sobrenatural, para vivir a la sola luz de la fe, olvidando todo para no tener presente más que a Jesús;

permanecer a solas con uno mismo, darse cuenta de las propias enfermedades y debilidades del alma; hacer un profundo examen de la vida... tal perspectiva es la que hace retroceder a muchos, dispuestos por otra parte a soportar toda clase de fatigas cuando se trata de una actividad puramente natural.

**Muchos, deslumbrados por las obras, minusvaloran la vida contemplativa.**

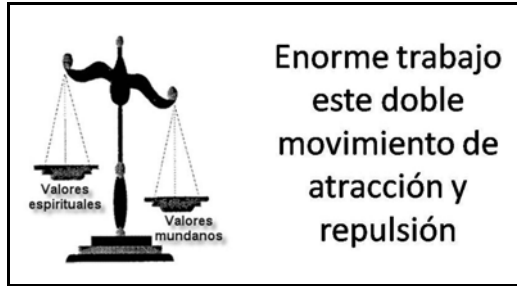


Y si sólo estos tres días de semejante ocupación les parecen tan penosos, ¿qué sentirían si tuviesen que dedicar toda su vida entera a la oración y contemplación?



**¡Y cuánta repugnancia sienten algunos a entrar en un retiro de tres días!**

Verdad es que en este trabajo de la vida interior la gracia contribuye a hacernos el yugo suave y la carga ligera. Pero, ¡cómo tiene que trabajar y esforzarse el alma! ¡Cuánto le cuesta poner en práctica las palabras del Apóstol: *Nuestra morada está en los cielos!* (Filp. 3,20). Es que «el hombre— como dice Santo Tomás— está situado entre las cosas de este mundo y los bienes espirituales, en los que se encuentra la felicidad eterna. Cuando más se apega a los unos, más se aleja de los otros». Conforme más asciende en unos, como en una balanza, más desciende en los otros.



El pecado original ha trastocado de tal manera nuestra alma, que nos cuesta enorme trabajo este doble movimiento de atracción y repulsión. De ahí que para restablecer el orden y equilibrio del hombre, se requiera gran sacrificio y esfuerzo. Hay que reconstruir todo un edificio derrumbado y de preservarlo de posteriores derrumbes.

Hay que arrancar y apartar constantemente los pensamientos mundanos mediante la vigilancia, la renuncia y la mortificación; hay que reformar el propio carácter y seguir el ejemplo de Cristo, hay que luchar contra la disipación, la ira, la vanidad, el orgullo, la dureza de corazón, el egoísmo, etc. Es toda una naturaleza corrompida que hay que purificar.

Hay que resistir a los incentivos inmediatos del placer, esperando una felicidad eterna, a la que todavía no hemos llegado. Hay que desprenderse de todo lo que nos resulta apetecible sobre la tierra; sacrificar los deseos terrenos, las codicias, concupiscencias, los bienes exteriores, la voluntad propia, los criterios personales... por los bienes eternos, ¡qué trabajo más colosal!

Y, sin embargo, todo esto no es sino la parte negativa de la vida interior, la lucha cuerpo a cuerpo que hacía gemir a San Pablo (Rom 7, 22-24) y que el P. Ravnian expresaba con estas palabras: «Me preguntáis que he hecho en el noviciado. Se lo voy a decir: Éramos dos, he arrojado al otro por la ventana y me he quedado solo».

Tras este combate sin tregua contra un enemigo siempre dispuesto a atacar, viene *la parte positiva*: reparar los ultrajes hechos al Señor, aficionar el propio corazón a las bellezas invisibles de las virtudes, imitar en todo a Jesucristo, esforzarse por vivir siempre confiando en la Providencia... Es todo un vasto trabajo el que se presenta a nuestros ojos.

Trabajo espiritual, aplicado y constante, mediante el cual el alma adquiere una facilidad maravillosa y una asombrosa rapidez para ejecutar cualquier trabajo apostólico. Únicamente el hombre de vida interior posee este secreto.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> La actividad del cristiano debe ser iluminada y dirigida por el Espíritu





**Los santos adquieren, por su intensa vida interior, una facilidad maravillosa y una asombrosa rapidez para ejecutar cualquier trabajo apostólico**

Nos llenan de asombro las innumerables obras llevadas a cabo por S. Agustín, S. Juan Crisóstomo, S. Bernardo, S. Tomás de Aquino, S. Vicente de Paúl... Pero lo que más nos maravilla de estos hombres es constatar el que, en medio de tantos trabajos, se mantenían en una continua unión con Dios. Porque bebían, por medio de la contemplación y de la oración, del manantial de la Vida, obtenían estos santos las energías que necesitaban para el trabajo.

Esto mismo venía a decir un gran Obispo, cargado de trabajos, a un político que, ocupadísimo también, le preguntaba por el secreto de su inalterable serenidad y de los excelentes resultados de sus obras: «A todas vuestras ocupaciones, añadid, amigo mío, media hora de meditación. Resolveréis fácilmente vuestros asuntos y aún podréis asumir otros nuevos».

Otro ejemplo lo tenemos en S. Luis IX, rey de Francia, quien sacaba de las largas horas que dedicaba a la vida espiritual, la fuerza que

---

Santo. Hay que esforzarse por practicar día a día los buenos propósitos formulados en la oración. Es un magnífico empeño, pero que con frecuencia se reduce a un trabajo prevalentemente «moral» y demasiado poco «teologal». En otras palabras, se procura corregir los defectos y ejercitar las virtudes con intención de agradar a Dios, pero quedándose en la práctica como desconectados de Dios. El cristiano entonces trabaja solo, olvidado de que en él hay quien podría no sólo ayudarlo, sino trabajar mucho mejor que él. No debe, es cierto, descuidar su trabajo, pero lo debe realizar de un modo más interior, más teologal, o sea más dependiente de Dios y de la acción del Espíritu Santo. En lugar de poner la mira directamente en un defecto o en una virtud, sacaría más provecho poniéndola en depender continuamente del Maestro Interior y pasando a la acción después de haber escuchado su voz íntima y silenciosa. En suma, se trata de obrar en todas las cosas adaptándose al impulso interior de la gracia y a la inspiración del Espíritu Santo; se trata de ceder y confiar la marcha de la vida interior a la dirección del divino Paráclito. (Intimidad Divina, P. Gabriel de Sta. M. Magdalena OCD).

necesitaba para atender con magníficos resultados los asuntos de Estado, sobre todo en lo tocante al bien de sus súbditos, especialmente de los obreros y gente humilde.



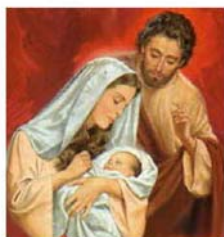
San Luis, rey de Francia,  
sacaba de su vida  
espiritual las fuerzas que  
necesitaba para atender  
con magníficos resultados  
los asuntos de Estado.

## 6 - OTRA OBJECCIÓN: LA VIDA INTERIOR ES EGOISTA

Prescindamos de los perezosos y de los sibaritas espirituales, para quienes la vida interior no es más que una agradable ociosidad, en la que buscan más las consolaciones de Dios que al Dios de las consolaciones. Estos sólo muestran una falsa piedad. Porque en verdad la vida interior es todo lo contrario al egoísmo.

Ya hemos dicho cómo esta vida es el manantial puro y abundante de las obras más generosas de caridad. Examinemos la utilidad de esta vida desde otro punto de vista.

¿Fue egoísta y estéril la vida de María y José? ¡Qué idea más absurda y grosera! Y con todo no realizaron ninguna acción apostólica directa. La sola irradiación en el mundo de su profunda vida interior, las plegarias y sacrificios que hicieron por la obra de la Redención, fueron suficientes para que se declarase a María Reina de los Apóstoles, y a José, Patrono de la Iglesia.



Por la irradiación de  
su vida interior María  
es Reina de los  
Apóstoles, y José,  
Patrono de la Iglesia

*Mi hermana me deja sola en los quehaceres* (Lucas 10,40) dice, apropiándose las palabras de Marta, el necio presuntuoso que no mira otra cosa que sus propias obras.

Su presunción e ignorancia de los caminos del Señor le lleva a decir: *Dile, pues, que me ayude* (Luc. 10,42), *¿Para qué este despilfarro?* (Mat. 26,8), pues considera un despilfarro el tiempo que sus compañeros de apostolado, más espirituales que él, se reservan para su vida de intimidad con Dios.

*Yo me santifico por ellos a fin de que ellos también sean santificados en la verdad* (Juan 17,19), responde el alma que ha profundizado en esta frase del Maestro, conocedora del valor de la oración y del sacrificio. Por sus súplicas y su unión con Jesús alcanza misericordia por los pecados del mundo del mundo.



«Los que oran —decía después de su conversión el eminente literato y político Donoso Cortés— prestan mejores servicios al mundo que los que combaten, y si el mundo va de mal en peor es porque hay más batallas que oraciones».

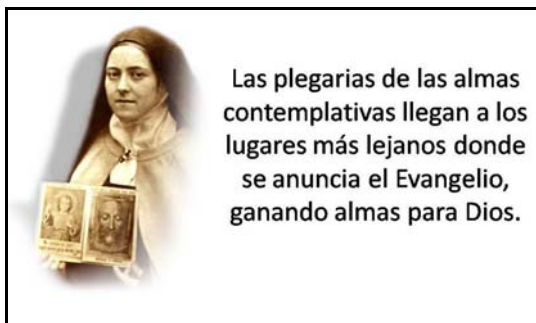
«Las manos en actitud de súplica —dice Bossuet— derrotan más batallones que las que empuñan armas». ¡Cuántas innumerables gracias nos habrán alcanzado las almas contemplativas en los claustros y desiertos!

Una fervorosa oración alcanza más fácilmente la conversión de un pecador que largas discusiones y bellos razonamientos. Y es que el que ora, *trata con Dios directamente, la causa primera de toda conversión*. Y así dispone todas las causas segundas que reciben su eficacia de la primera. De esta forma se logra con más rapidez y seguridad el efecto anhelado.



A Santa Teresa no le entraba en la cabeza que pudiese haber un alma contemplativa que no se interesase por la salvación de los pecadores. Y así llega a decir hablando del infierno: «Por librar una sola de tan gravísimos tormentos pasaría yo muchas muertes de muy buena gana». Y dirigiéndose a sus religiosas les decía: «Enderezad a este fin apostólico, hijas mías, vuestras oraciones, disciplinas, ayunos y vuestros deseos».

Tal es en efecto la razón de vida de las Carmelitas, Trapenses y Clarisas. Acompañan y sostienen a los apóstoles, con sus oraciones y penitencias. Sus plegarias llegan a los lugares más lejanos donde se anuncia el Evangelio, ganando almas para Dios.



¿Por qué se convierten tantos paganos en países lejanos? ¿Cuál es la causa de la perseverancia heroica de los cristianos perseguidos? ¿Por qué los mártires dan su vida con alegría en medio de los tormentos? El mundo lo ignora. Todo es debido a la oración de tantas almas contemplativas que viven ocultas en sus conventos.

Decía un obispo en un país de misión: «Estoy deseando que vengan cuanto antes los trapenses, para que con su vida de oración alcancen las gracias necesarias para que los misioneros conviertan a muchos». Y más tarde añadía: «Hemos conseguido, por fin, penetrar en una región

inaccesible hasta el día de hoy. Yo atribuyo este hecho a nuestros queridos trapenses».

Decía un obispo de Vietnam: «La oración de diez carmelitas obtiene más conversiones que veinte misioneros predicando».

Los apóstoles de vida activa (sacerdotes, religiosos o laicos) *que no descuidan la vida interior* participan del mismo poder que las almas contemplativas. Tenemos muchos ejemplos en los santos.<sup>4</sup>

¿Acaso ha sido egoísta y estéril la vida de un Cura de Ars? Sería absurdo pensarlo tan siquiera. A qué otra cosa podríamos atribuir las

---

<sup>4</sup> Homilía de Juan Pablo II en la canonización de San Josemaría Escrivá 6-10-2002. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Romanos 8, 14). Esta verdad cristiana fundamental era un tema constante en su predicación. No dejaba de invitar a sus hijos espirituales a invocar al Espíritu Santo para que su vida interior, es decir, la vida de relación con Dios, así como la vida familiar, profesional y social —conformada por la pequeñas realidades terrenas—, no estuvieran separadas, sino que constituyeran una sola existencia «santa y llena de Dios». «Encontramos a Dios invisible —escribía— en lo más invisible y material» («Conversaciones con monseñor Escrivá», n. 114).

Actual y urgente es también hoy esta enseñanza suya. El creyente, en virtud del Bautismo, que lo incorpora a Cristo, está llamado a abrazar con el Señor una relación ininterrumpida y vital. Está llamado a ser santo y a colaborar en la salvación de la humanidad.

«La vida habitual de un cristiano que tiene fe --solía afirmar Josemaría Escrivá--, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente» («Meditaciones», 3 de marzo de 1954). Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad.

Para cumplir una misión tan comprometedora, es necesario un incesante crecimiento interior, alimentado por la oración. San Josemaría fue un maestro en la práctica de la adoración, a la que consideraba como una extraordinaria «arma» para redimir al mundo. Siempre recomendaba: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción» («Camino», n. 82). Nos es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad del apostolado está ante todo en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y del auténtico éxito de los santos.

grandes conversiones de este sacerdote de escasos talentos, sino a su intensa vida de oración y mortificación. Supongamos que existiese un S. Juan Bautista María Vianney en cada ciudad. Antes de diez años la recristianización de una gran parte de la sociedad estaría asegurada.

Cierto que estas almas escogidas son una minoría muy exigua. ¡Pero qué importa el número si lo que cuenta es la intensidad de la vida interior!

El resurgir del cristianismo en Francia, después de la Revolución, debe atribuirse a ese grupo de sacerdotes de profunda vida interior forjados en la persecución. Gracias a ellos, una corriente de *Vida divina* vino a encender la fe en toda una generación aquejada de apostasía e indiferencia.

¿Por qué una nación cae en la indiferencia espiritual y en el ateísmo práctico? Porque la gente abandona la vida de oración, la vida eucarística, o porque vive una espiritualidad superficial, meramente sentimental, sin convicciones fuertes, sin coherencia de vida, sin sólida formación religiosa, sobre todo en lo que atañe a la voluntad. De ahí que no se haya sabido grabar en sus almas la impronta de Jesucristo. Y ¿cómo se ha empezado a caer en esta mediocridad? No cabe duda que por la pobre vida interior de los sacerdotes, de los consagrados y de los laicos comprometidos en el apostolado.

**¿Por qué una nación cae en la  
indiferencia espiritual y en el ateísmo?**



**Porque la gente abandona la vida de  
oración y la vida eucarística.**

A un sacerdote santo corresponde un pueblo fervoroso; a un sacerdote fervoroso, un pueblo piadoso; a un sacerdote piadoso, un pueblo honrado; a un sacerdote honrado, un pueblo incrédulo. No puede ser el discípulo mayor que el maestro, sino un grado menos.

«Las buenas costumbres y la salvación de los pueblos dependen de los buenos pastores. Si al frente de una parroquia hay un buen cura, bien pronto se verá florecer en ella la devoción, la frecuencia de los Sa-

cramentos y la oración mental. De donde viene el proverbio: ‘Tal como es el párroco será la parroquia’, en conformidad con lo que dice el Eclesiástico (10, 2): *Según el juez del pueblo, así serán sus ministros, como el jefe de la ciudad, todos sus habitantes.*» (San Alfonso, a lo siguiente)

## 7 – OTRA OBJECCIÓN: LA IMPORTANCIA DE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Pero dirá el amante de las ocupaciones exteriores, alegando pretextos contra la vida interior: «¿Cómo puedo atreverme a disminuir o limitar mi trabajo apostólico cuando está en riesgo la salvación de las almas? ¿Es que no puede suplir a la oración el sacrificio de la abnegación? Quien trabaja ora. El sacrificio prima sobre la oración. ¿No considera S. Gregorio el celo de las almas como *el sacrificio más agradable que puedo ofrecer al Señor?*».

Comencemos por precisar el verdadero sentido de esta expresión de S. Gregorio, valiéndonos de las palabras del Doctor Angélico. Dice Santo Tomás de Aquino: Ofrecer espiritualmente a Dios un sacrificio es ofrecerle alguna cosa que le agrade. Ahora bien: de todos los bienes que puede el hombre ofrecer al Señor, el más agradable para Él es sin dudar la salvación de las almas. Pero lo primero que hay que ofrecerla es *la propia alma*, siguiendo el consejo de la Sagrada Escritura: *¿Quieres agradar a Dios? Ten compasión de tu alma*. Una vez hecho esto, ya podemos ocuparnos de la salvación del prójimo.



La ofrenda del hombre será tanto más agradable a Dios, cuanto más estrechamente una su alma con Dios primero, y después las de los demás. Pero esta unión íntima, generosa y humilde sólo se realiza por la *oración*. Entregarse a la oración y a la contemplación, y procurar que los

otros hagan lo mismo, agrada más al Señor todas las obras que podamos realizar. Así, pues, concluye Santo Tomás, cuando S. Gregorio afirma que el sacrificio más agradable a Dios es la salvación de las almas, *no pretende dar a la vida activa la preferencia sobre la contemplativa*, sino expresar que la ofrenda de una sola alma a Dios le es infinitamente más preciosa a sus ojos, y para nosotros de mayor mérito, que ofrecerle las mayores riquezas del mundo (D. Thom. 2a. 2ae. quaest 182, a. 2 ad 3.).

No obstante, la necesidad de cultivar la vida interior no debe hacernos abandonar las obras, si vemos claramente que tal es la voluntad de Dios, porque rehuir este trabajo, o hacerlo con negligencia, desertando del campo de batalla con el pretexto de unirnos más a Dios, sería vana ilusión y, en algunos casos, causa de verdaderos peligros. *¡Ay de mí —dice S. Pablo— si no anunciare el Evangelio* (1 Cor 9,16).

Hecha esta salvedad, digamos rotundamente que dedicarse a la conversión de las almas, olvidándose de la propia, es una ilusión mucho más grave que la anterior. Dios quiere que amemos al prójimo como a nosotros mismos, pero *no más que a nosotros mismos*, es decir, nunca hasta el extremo de causarnos un grave perjuicio; lo que prácticamente equivale a decir que tengamos más cuidado de nuestra alma que la de del prójimo, porque nuestro celo apostólico debe ir regulado por la caridad, y «la caridad empieza por uno mismo».

«Porque amo a Jesucristo —decía S. Alfonso de Ligorio—, ardo en deseos de darle almas: *primero la mía* y después, las de los demás, el mayor número posible». Esto es poner en práctica el consejo de S. Bernardo: «No es prudente el hombre que primero no lo sea para sí».

San Bernardo, el santo abad de Claraval, verdadero modelo de celo apostólico, se regía por esta máxima. Godofredo, su secretario, nos lo confirma: «Todo para sí en primer lugar, y después todo para los demás».

«No te digo —escribe el mismo santo al papa Eugenio III—, que dejes del todo los negocios del siglo. Únicamente te exhorto a que no te dejes absorber enteramente por ellos. Si eres una persona que te debes a todo el mundo, te debes también a ti mismo. De lo contrario, ¿de qué te servirá ganar a todos los demás, si vienes a perderte tú mismo? Reserva también algo para ti, y si todo el mundo viene a beber de tu fuente, bebe tú también de ella. ¿Has de ser tú el único que permanezca sediento? Comienza siempre por cuidar de ti mismo. *En vano cuidarás de los demás*, si descuidas de ti mismo. Haz que todas tus reflexiones comiencen y acaben en ti. Se para ti el primero y el último, y ten siempre presente que en el negocio de tu salvación nadie es tan próximo tuyo como el hijo de tu madre» (San Bern. I, II de Consid. Cap III).



Es muy aleccionadora en este sentido la siguiente nota íntima de Mons. Dupanloup: «Tal es la actividad en que me veo metido que estoy arruinando mi salud, perturbando mi piedad y no puedo en manera alguna dedicar unas horas al estudio. Tengo que poner orden en esto. Dios me ha concedido la gracia de darme cuenta que lo que más impide mi vida interior es el activismo con que vivo. *Esta falta de vida interior* es la causa de mis todos mis defectos, de mis turbaciones, sequedades, disgustos y de mi mala salud.

«He resuelto, por tanto, dirigir todo mi esfuerzo en cultivar esta vida interior que me falta, para lo cual, con la gracia de Dios, he resuelto hacer lo siguiente:

1º Tomaré más tiempo del necesario para hacer cualquier cosa, así no me veré agobiado por las prisas.

2º Como siempre me encuentro con más cosas por hacer que tiempo para hacerlas, y esto me preocupa y me agobia, no pensaré en las cosas que tengo que hacer, sino en el tiempo de que dispongo. Lo emplearé, sin perder un minuto, comenzando por las cosas más importantes, y no me inquietaré si quedan cosas por hacer, etc. etc.»

Cualquier joyero prefiere el más pequeño diamante a muchos zafiros. Del mismo modo, a Dios le agrada más nuestra intimidad con Él que todo el bien que podamos procurarle con nuestro apostolado en favor de las almas, si es en perjuicio de nuestra propia alma. Y a veces permite que desaparezca una obra apostólica, si ve que es un obstáculo para el aumento de la caridad de quien se ocupa de ella.



**A Dios le agrada sobre todo que intimemos con Él a través de la oración.**

Satanás, al contrario, no vacila en halagar a un apóstol con éxitos superficiales, si con ello consigue disminuir su vida interior, puesto que adivina con rabia dónde se encuentran los verdaderos tesoros a los ojos de Jesucristo. Es decir, da de buena gana algunos zafiros, para quitar un diamante.

## SEGUNDA PARTE

### UNIÓN DE LA VIDA ACTIVA Y DE LA VIDA INTERIOR

#### 8 - ANTE DIOS ES MÁS VALIOSA LA VIDA INTERIOR QUE LA ACTIVA

En Dios está la Vida, porque Él es la Vida misma. Esta vida se manifiesta en sus obras exteriores, por ejemplo, en la creación, pero sobre todo en lo que la teología llama operaciones *ad intra*, en esa actividad inefable cuyo término es la generación perpetua del Hijo y la incesante revelación del Espíritu Santo. Ésta es, por excelencia, su obra substancial esencial y eterna.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo es una perfecta realización del plan divino. Los treinta años de recogimiento y de soledad y los cuarenta días de retiro y penitencia son el preludeo de su corta carrera evangélica. Y cuántas veces durante sus correrías apostólicas le vemos retirarse a las montañas o al desierto para orar: *Se retiraba al desierto a orar* (Luc 5,16). *Pasó toda la noche en oración* (Luc. 6,12).

Cuando Marta se queja de la aparente ociosidad de su hermana, el Señor le responde diciendo: *María ha escogido la mejor parte* (Luc. 10,42), proclamando así la preeminencia de la vida interior sobre la activa, de la vida de oración sobre las obras.



Después de haber ascendido Jesús a los cielos, los apóstoles, fieles a los ejemplos del Maestro, se reservarán desde el principio para sí el ejercicio de la oración y el ministerio de la palabra, delegando en los

diáconos las ocupaciones exteriores: *Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra* (Hechos 6,4).

Los Papas a su vez y los santos doctores de la Iglesia afirman igualmente que la vida interior es superior a la activa.<sup>5</sup>

En el caso de que no se puedan hacer ambas cosas, la oración y las obras, habrá que sacrificar las obras. Dios suscitará otros obreros evangélicos para hacer estas obras, si es que realmente hacen falta.

Así lo declaró Pío X, en una carta que dirigió a una congregación religiosa dedicada a la enseñanza:

«Nos hemos enterado que va cobrando fuerza la opinión, según la cual, debéis dedicaros principalmente a la educación de los niños, relegando a segundo lugar vuestra consagración religiosa, porque así parece exigirlo el espíritu y las necesidades de la época actual. Nos oponemos tajantemente a que tal opinión encuentre eco en vuestro Instituto y en otros institutos religiosos que, como el vuestro, se dedican a la educación. Convenços bien, en lo que vosotros atañe, que la vida religiosa es muchísimo más importante que la vida ordinaria, y que por muy apremiantes que sean los deberes que os impone la enseñanza, más inexcusables son las obligaciones con que os ligasteis a Dios».

Tal es la razón de ser de la vida religiosa, la primacía a la vida interior.

La vida contemplativa, dice Santo Tomás, es mejor que la activa y es preferible a ella.

---

<sup>5</sup> María, además de ser la Madre cercana, discreta y comprensiva, es la mejor Maestra para llegar al conocimiento de la verdad a través de la contemplación. El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. ¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Lamentablemente, conocemos muy bien la respuesta. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad. Os invito a formar parte de la "Escuela de la Virgen María". Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. (Juan Pablo II, Aeródromo Cuatro Vientos 3-5-2003)

San Buenaventura, al hablar de la vida interior, acumula los comparativos de superioridad para destacar su excelencia: *Vida más sublime, más segura, más rica, más suave y más estable.*

*Vida más sublime.* La vida activa se ocupa de las cosas de este mundo, pero la contemplativa nos adentra en las realidades más altas, poniendo la mirada en el mismo principio de la vida. Siendo más sublime, tiene un horizonte y un campo de acción mucho más dilatado: «Marta en un solo lugar se aplica corporalmente a algunos trabajos. María por la caridad trabaja en muchos lugares; contemplando y amando a Dios sus horizontes se dilatan. Se puede decir, por tanto, que Marta, comparada con María, se inquieta por poca cosa» (Ricardo de S. Víctor in Cant. 8).

*Vida más segura,* porque tiene menos peligros. En la vida activa, el alma anda agitada, turbada, dispersa, volcada hacia el exterior, y acaba a la larga perdiendo fuerza y debilitándose. *Agitada,* por las preocupaciones, las solicitudes de la mente. *Turbada,* por los apegos a las cosa o personas. *Dispersa,* por la multiplicación de ocupaciones. *Marta, Marta, te agitas e inquietas por muchas cosas* (Luc 10,41 y 42). En cambio, en la vida interior basta una sola cosa: la unión con Dios: *Porque una sola cosa es necesaria.* Lo demás es secundario, y se realiza en virtud de esa unión.



*Más rica:* La contemplación atrae todos los bienes. *Todos los bienes me vinieron con ella* (Sab 7,11). Es la parte más excelente entre todas. *Ella ha escogido la mejor parte y no le será quitada* (Lucas 10,42). Además es más meritoria. ¿Por qué? Porque aumenta la gracia santificante y hace que el alma obre por caridad.

*Vida más suave:* El alma verdaderamente interior se abandona en las manos del Padre, recibe todo con alegría, tanto lo agradable como lo penoso, y se muestra gozosa en medio de las aflicciones, al considerarse dichosa de poder participar de la cruz del Señor.

*Vida más estable.* Por muy importante que sea, la vida activa termina en este mundo: predicaciones, estudios, trabajos de toda suerte; todo esto cesa a las puertas de la eternidad. En cambio, la vida interior no desaparece nunca, ni con la muerte. Es una continua ascensión hacia la luz.

Podemos resumir las excelencias de la vida interior con estas palabras de S. Bernardo: «En ella el hombre vive con más pureza, cae más raras veces, se levanta con más rapidez, camina con mayor seguridad, recibe mayor abundancia de gracias, descansa con más tranquilidad, muere más confiado, es más prontamente purificado y obtiene una recompensa mayor» (S. Bernardo Hom. Simile est, hom., neg.).

## 9 - LAS OBRAS NO SON OTRA COSA QUE EL DESBORDAMIENTO DE LA VIDA INTERIOR

*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mateo 5,48). Guardando las debidas proporciones, el modo de obrar divino debe ser el criterio de nuestra vida.

Dios, al ser generoso por naturaleza, derrama con gran profusión sus beneficios sobre todos los seres, especialmente sobre el ser humano. Desde su creación, el universo entero es objeto de esa inagotable prodigalidad. Pero Dios no se empobrece y su insondable largueza no puede menguar, aun en lo más mínimo, sus recursos infinitos.

Con el hombre se muestra aún mucho más generoso; no contento de colmarle de bienes exteriores, le envía su Verbo. Pero en ese acto de suprema generosidad, que no es otra cosa que el don de sí, Dios no renuncia ni puede renunciar en nada a la integridad de su naturaleza. Nos da su Hijo, pero conservándolo siempre en Sí mismo. «Tomad por ejemplo y modelo al soberano Señor de todas las cosas, enviando y reteniendo a la vez con El a su Verbo» (S. Bernardo, I, II, de Cons., c. 3).

Mediante los sacramentos, y especialmente por la Eucaristía, Jesucristo nos enriquece con sus gracias. Las derrama sobre nosotros sin medida, porque El es un océano sin orillas que se desborda sobre nosotros sin llegar a agotarse: *De su plenitud todos hemos recibido* (Juan 1,16).

*De su plenitud todos hemos recibido*



Así, a nuestra manera, debemos proceder nosotros, los que nos dedicamos al apostolado, al ejercer la noble tarea de santificar a otros: «Piensa siempre en el Verbo; que este pensamiento no se aparte de ti» (S. Bern., 1, II, Consid. c. III). Jesucristo mora por la gracia en nuestras almas. Este espíritu de Jesús, que mora en mí, es el que debe dar vida a todo mi apostolado. A la vez que me sacrifico incesantemente por el prójimo, me renuevo también continuamente por los medios que me ofrece Jesús. Nuestra vida interior será, de esta forma, como el tronco de un árbol lleno de savia vigorosa y las obras que realicemos, sus frutos.

El alma del apóstol debe ser primero inflamada por el amor, para poder después encender las almas de los demás.<sup>6</sup>

*Lo que vieron con sus ojos y palparon con sus manos, es lo que enseñarán a los hombres (1 Juan 1,1).*

---

<sup>6</sup> Repetidas veces afirma el Vaticano II que «la caridad hacia Dios y hacia los hombres... es el alma de todo apostolado» [LG 33; AA 3] y que «todo ejercicio de apostolado tiene su origen y su fuerza en la caridad» [AA 8]. A medida que crece el cristiano en la caridad, se convierte en apóstol. En la base de todo apostolado está, pues, el ejercicio y el desarrollo de una caridad cada vez más plena y fervorosa. Esta hay que sacarla de su fuente: Dios, el cual la comunica a los hombres a través de la mediación de Cristo. He ahí por qué la comunión con Dio y con Jesús es premisa de todo apostolado. (Intimidad Divina, P. Gabriel de Sta. M. Magdalena O.C.D.)

Podemos, por tanto, establecer este principio: «La vida activa debe brotar de la vida contemplativa, sin separarse de ella».

Antes de hablar, el apóstol debe llenarse de Dios. Debe recibir antes que comunicar. Este es el orden que ha establecido el Creador respecto de las cosas divinas. El que tenga la misión de distribuirlas, debe participar antes de ellas, llenándose abundantemente de las gracias que Dios quiere otorgar a las almas por su conducto. Solamente entonces estará autorizado para comunicarlas.

San Bernardo, al hablar del apostolado dice lo siguiente: «Si quieres ser sabio, procura ser más bien depósito que canal» (San Bernardo: Ser. 18 in Cant.). El canal deja correr el agua que recibe sin guardarse una sola gota. El depósito, en cambio, se llena primero y después, vierte lo que le sobra para fertilizar los campos.



¡Cuántos hay que se dedican al apostolado y no son sino canales, que se quedan completamente secos precisamente cuando tratan de fecundar los corazones! Así lo constataba con tristeza S. Bernardo: «Hoy día existen en la Iglesia muchos canales, pero muy pocos depósitos» (ibídem).

Siendo toda causa superior a su efecto, es necesaria mayor perfección para perfeccionar a los demás que para perfeccionarse a sí mismo (D. Thom. Opuse. de perf. vit. spir).

Una madre no puede amamantar al niño sino se alimenta ella; del mismo modo, los confesores, los directores de almas, predicadores, catequistas y profesores de religión, deben *asimilar primero* la sustancia con que alimentarán después a los hijos de la Iglesia. La verdad y el amor divino son los elementos de esta sustancia. Sólo la vida interior asimila la verdad y la caridad de tal forma, que las convierte en alimento para que los demás tengan vida.



Una madre no puede  
amamantar al niño  
sino se alimenta ella  
primero.

## 10 - LA BASE, EL FIN Y LOS MEDIOS DE TODO APOSTOLADO DEBEN IR IMPREGNADOS DE VIDA INTERIOR

Entendemos por obras apostólicas las que son dignas de este nombre, es decir, las dirigidas a llevar las almas a Jesucristo, que no ahorran esfuerzos y padecimientos por conseguirlo y van animadas de una fe cierta en la acción de la gracia sobre las almas. Porque de otra forma los resultados serán nulos, o casi nulos.

Tomemos como ejemplo el apostolado con la juventud que han llevado a cabo los canónigos Timon-David y Allemand<sup>7</sup> en Marsella. ¿Dónde estaba la clave del éxito de su apostolado? Es la pregunta que les hice cuando fui a visitarlos para poder hacer algo parecido con los jóvenes de París. Ésta es la respuesta del P. Timon-David:

—«Al comienzo pensaba que los medios humanos eran indispensables: bandas de música, teatro, películas, deporte, juegos, etc. Son andamios que se emplean para sostener la obra, a falta de otros. Pero con el correr de los años, cada día veo con más claridad que una obra apostólica debe cimentarse sobre medios sobrenaturales. Las que se construyen sólo con elementos puramente humanos están llamadas a

---

<sup>7</sup> Joseph Marie Timon-David (1823-1891), sacerdote de Marsella, se encontró al mismo tiempo con la miseria material y espiritual de los jóvenes obreros. En 1847 funda una "obra de juventud" (centros de ocio) para ellos inspirada en la del sacerdote Allemand. La obra pronto se enriquece con una escuela y ambas con actividades complementarias y educativas. Su espiritualidad está centrada en el amor al Corazón de Jesús. Consagró toda su vida a los jóvenes obreros poniendo a su disposición su vida, sus bienes, sus talentos y dones de sacerdote, educador y apóstol. Dio origen a un «Método de educación», a una congregación religiosa y a una familia espiritual.



desaparecer. Solamente las obran que acercan a Dios por medio de la vida interior, son bendecidas de la Providencia.



**Una obra apostólica, si quiere perdurar, ha de cimentarse sobre medios sobrenaturales.**

P. Timon-David

«Hace ya tiempo que dejé de poner mi confianza en los medios humanos; y la obra prospera como nunca. Créame, apunté siempre a lo más alto posible, y quedará sorprendido de los resultados. No se reduzca a ofrecer a los jóvenes distracciones honestas, con el fin de alejarlos de los placeres prohibidos; tampoco se contente con que se confiesen o asistan a misa de vez en cuando.

«Duc in altum», *Rema mar adentro* (Luc. 5, 4). Aspire desde el principio a formar a toda costa un grupo selecto de jóvenes que sean cristianos auténticos, que cada día hagan oración, participen de la Santa Misa, y dediquen un rato a la lectura espiritual. Incúlqueles un gran amor de Jesucristo, un gran espíritu de abnegación y de celo apostólico. Antes de dos años usted mismo se dará cuenta de los magníficos resultados.



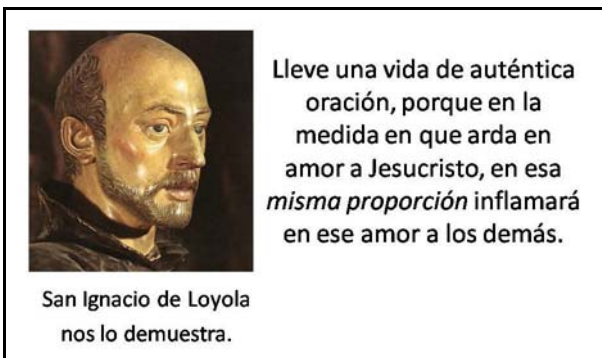
**Forme a toda costa un grupo selecto de jóvenes que sean cristianos auténticos.**

«Fórmeles también en la fe por medio de reuniones y conferencias. De esta forma estarán bien armados tanto para dar razones convincentes a sus compañeros desorientados y para resistir a la insidiosa influencia de los medios de comunicación. Siembre en ellos sólidas convicciones que sepan sostener en toda ocasión, sin miedo al respeto humano. Anímeles a ser santos.

«El número no tiene importancia. Lo importante es que sean auténticos apóstoles de sus compañeros. Tampoco necesitará de grandes salas. Bastará un pequeño local.

«Entonces se dará cuenta que el ruido hace muy poco bien y que el bien hace muy poco ruido; y que para anunciar el Evangelio no se requieren grandes recursos humanos.

«Pero sobre todo, empiece por *vivir usted mismo* lo que quiere inculcar en los demás. Lleve una vida de auténtica oración, porque en la medida en que arda en amor a Jesucristo, en esa *misma proporción* inflamará en ese amor a los demás.»

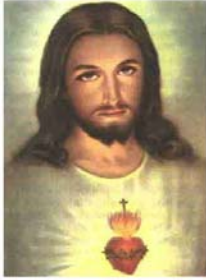


—«En resumen, ¿usted lo basa todo en la vida interior?»

—«Sí, y mil veces sí, de esta manera tendrá oro puro, sin mezclas. Se lo digo por experiencia. Todo lo que le he dicho sobre el apostolado con los jóvenes, tiene validez para cualquier otra obra apostólica, como parroquias, seminarios, catequesis, colegios, etc.

«¡No se imagina la influencia tan grande que puede ejercer sobre una ciudad un grupo escogido que vive en serio la vida sobrenatural! Es una levadura que influye poderosamente sobre la masa.

«Si todos los sacerdotes, consagrados y los laicos dedicados al apostolado conocieran el poder de la palanca que tienen en sus manos, y tomaran como punto de apoyo el Corazón de Jesús y su vida de unión con Él, recristianizarían cualquier nación, por mucho que poder que tenga Satanás y todos sus secuaces».



Si tomaran como punto de apoyo el Corazón de Jesús y su vida de unión con Él, recristianizarían cualquier nación

## 11 - LA VIDA INTERIOR Y LA VIDA ACTIVA SE RECLAMAN MUTUAMENTE

Así como el amor de Dios se da a conocer por la oración, el amor del prójimo se manifiesta por las obras, y como el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo, resulta que tampoco estas dos formas de vida pueden subsistir separadas.

Según el P. Suárez S.J., comentando a Santo Tomás, no puede haber estado de vida que tienda a la perfección, que no participe en alguna manera de la acción y contemplación.

Los que son llamados a las obras de la vida activa, dice Santo Tomás de Aquino, están en un error si piensan que ello les dispensa de la vida contemplativa. Simplemente, la vida activa se agrega a la contemplativa. Así las dos vidas no se excluyen, sino que se reclaman y se complementan, aunque la más perfecta y necesaria sea la vida contemplativa.

Para que una acción sea fecunda, tiene que ayudarse de la contemplación. Sólo a través de la oración se pueden obtener ciertas gracias necesarias para hacer fecunda la acción.

Por eso, en un santo, la acción y la contemplación están en perfecta armonía. Así sucedía, por ejemplo en S. Bernardo, el hombre más contemplativo y activo de su época, tal como lo describía uno de sus contemporáneos: «En él la contemplación y la acción se armonizaban hasta tal punto, que parecía totalmente entregado a las obras exteriores, y al mismo tiempo absorto del todo en la presencia y el amor de Dios».



En San Bernardo la contemplación y la acción se armonizaban hasta tal punto, que parecía totalmente entregado a las obras exteriores, y al mismo tiempo absorto del todo en la presencia y el amor de Dios.

Al comentar el siguiente texto de la Sagrada Escritura: *Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo* (Cant. 8, 8), el padre Sainte-Jure hace una descripción admirable de las relaciones que existen entre esas dos vidas:

El corazón significa la vida interior y contemplativa. El brazo, la vida exterior y activa. Se nombra el corazón primero por ser un órgano mucho más noble y necesario que el brazo. Del mismo modo, la contemplación es de un valor mucho mayor que la acción.

Noche y día late el corazón, no puede parar, pues sino moriría. El brazo sólo se mueve de vez en cuando. Así, habrá que suspender a veces los trabajos exteriores, pero jamás la vida espiritual.

El brazo puede parar de vez en cuando,  
pero el corazón no puede dejar de latir.



Habrà que interrumpir a veces los trabajos  
exteriores, pero nunca la vida interior.

El corazón da la vida y la fuerza al brazo por medio de la sangre que le manda, sin la cual no podría actuar y se secaría. Así, mediante la vida contemplativa, que es vida de unión con Dios, el alma es iluminada y asistida continuamente por el Señor, comunicando a sus obras exteriores la vida sobrenatural que recibe de Él, para que puedan ser eficaces. Sin no hay vida espiritual, todo languidece y se deteriora, y las acciones exteriores no producen ningún fruto.

El hombre, por desgracia, separa con frecuencia lo que Dios ha unido; por eso, es tan rara esta unión perfecta de la vida contemplativa y activa. Esta unión de la vida interior y exterior exige, además, un conjunto de precauciones que ordinariamente no se toman:

No emprender nada que supere las propias fuerzas. Buscar siempre y en todo la voluntad de Dios. Entregarse a las obras cuando Dios lo disponga, en la medida en que lo disponga y movidos únicamente por la caridad. Desde el comienzo ofrecerle nuestro trabajo, y durante el transcurso del mismo, reanimar con frecuencia, por medio de santos pensamientos y ardientes jaculatorias, nuestra resolución de no obrar sino por Él y para Él. Durante el trabajo, conservar la paz, siendo dueños de nosotros mismos. En cuanto al resultado, dejarlo en las manos de Dios, no hacer caso de las preocupaciones, para tratar mejor a solas con Jesucristo. Tales son los sabios consejos que dan los maestros de la vida espiritual.

Esta constante vida interior, unida a un apostolado activísimo, era lo que más admiraba S. Francisco de Sales del abad de Clarabal: «San Bernardo siempre deseaba progresar en el amor de Dios... Cuando cambiaba de lugar, no dejaba de amar... no hacía como el camaleón, que cambia de color según el lugar donde se encuentra, sino que permanecía siempre unido a Dios, con la blancura perenne de la pureza, encendido en caridad y siempre lleno de humildad» (“Espíritu de S. Francisco de Sales”, parte 17<sup>a</sup>, cap. II).

Habrán momentos en que nuestras ocupaciones se multiplicarán de tal modo que nos veremos forzados a dedicarles todas nuestras energías, sin que podamos sacudirnos esa carga ni siquiera aligerarla. Debido a esto, nos privaremos por algún tiempo de la alegría que es inherente a la vida de unión con Dios, pero esta unión no llegará a sufrir menoscabo alguno, si nosotros no queremos. Si esta situación se prolonga, habrá que sufrirla con paciencia, lamentándose de ella, y esforzándose sobre todo por no habituarse a ella.

El hombre es débil e inconstante. Cuando descuida la vida espiritual, pronto pierde el gusto por ella. Absorto por las ocupaciones materiales, termina por aficionarse a ellas. Por el contrario, si en medio de una actividad desbordante, el espíritu interior se mantiene por lo menos vivo con suspiros y gemidos, estas quejas del alma malherida son la expresan silenciosa de esa sed de vida interior que no puede satisfacer a su gusto. Por eso, vuelve con nuevo ardor, en cuanto le es permitido, a la vida de oración. Nuestro Señor, viendo su fidelidad, le concede de vez en cuando grandes consuelos.

Santo Tomás resume esta doctrina de la siguiente manera: «La vida contemplativa en sí es más meritoria que la activa. Puede, sin embargo, suceder que un hombre merezca más haciendo un acto exterior, por ejemplo, si a causa de la abundancia del divino amor, o por cumplir la voluntad de Dios, o por su gloria acepta a veces el sacrificio de quedarse privado durante algún tiempo de la divina contemplación» (Suma Teolog. 182, 2).

Fijémonos en las condiciones que el santo Doctor exige para que la acción sea más meritoria que la contemplación.

El móvil íntimo que empuja el alma a la acción no es otra cosa que el desbordamiento de su caridad: «debido a la abundancia de su amor a Dios». No se trata aquí de agitación, capricho, ni de la necesidad de salir de sí mismo. El alma sufre por verse privada de las dulzuras de la vida de oración<sup>8</sup>. El sacrificio no es sino provisional y para un fin enteramente sobrenatural: *Por cumplir la voluntad de Dios o por su gloria*. Y se trata tan solo de una parte del tiempo reservado a la oración.

¡Cuánta sabiduría y bondad encierran los caminos del Señor! ¡Qué maravillosa es la vida del alma de vida interior! Esa pena tan profunda que sienten estas almas por tener que dedicar tanto tiempo a las obras de Dios, y tan poco al Dios de las obras, es una pena que ofrecen con generosidad al Señor, y que tiene su compensación, porque gracias a ella desaparecen los peligros de la disipación, del amor propio y del apego a algo. Lejos de obstaculizar su actividad y de hacerla perder la libertad de espíritu, el alma mantiene la presencia de Dios, porque encuentra en la gracia del momento presente a Jesús viviente, que se le ofrece oculto en la obra que realiza, trabajando con ella y sosteniéndola.

¿Cuántas personas hay que, por tener que dedicarse al apostolado exterior, sufren la pena de no poder estarse como les gustaría a los pies del Sagrario! Ellas lo suplen con incesantes comuniones espirituales y reciben como premio de la pena que sienten la fecundidad de su acción, la salvaguarda de su alma y el progreso en la virtud!

---

<sup>8</sup> Dulzuras que residiendo sobre todo en la parte superior del alma, no suprimen las sequedades. La fe pura aunque seca basta a la voluntad para inflamar el corazón con llama sobrenatural mediante el socorro de la gracia. Tendida sobre su lecho de muerte en Moulins santa Juana de Chantal, un alma probada en la oración, dejaba a sus hijas como testamento el siguiente principio: «La mayor dicha que existe sobre la tierra es la de poder conversar y vivir con Dios».

El apóstol sufre a veces por tener que dedicar tanto tiempo a las obras de Dios, y tan poco al Dios de las obras.



Según Santo Tomás, la unión de la vida contemplativa y activa constituye el verdadero apostolado, obra principal del Cristianismo.

Todo el apostolado, en su origen, medios, y fin, debe estar animado del espíritu de Jesús. El apóstol no hace más que esparcir el trigo de Dios en el campo de las almas. Ardiendo en el amor de Dios, no puede menos que incendiar la tierra: *He venido a traer fuego a la tierra* (Luc 12,49).

Por la contemplación el alma se nutre; por el apostolado se da: «Así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto comunicar a otros lo contemplado que sólo contemplar » (Suma Teolog. II-II, 188,6). El apostolado no es otra cosa que «entregar a los otros lo contemplado en la oración». La vida de oración es la fuente del apostolado.

Cuando el apóstol se deja llevar del activismo, «de la herejía de las obras», desaparece la contemplación, ya no irradia a los demás la vida divina.

El apóstol ha de vivir habitualmente en clima de oración, para poder dar de lo que le sobra. Nunca ha de suprimir la oración, con el pretexto de la acción.

«El apóstol es un cáliz lleno hasta los bordes de vida de Jesucristo, que vierte en las almas lo que rebosa» (P. Mateo Crawley, apóstol del Sagrado Corazón).<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo. Sólo así, viviendo la experiencia del amor de Dios e irradiando la fraternidad evangélica, podréis ser los constructores de un mundo mejor, auténticos hombres y mujeres pacíficos y pacificadores. (Juan Pablo II a los jóvenes, *Aeródromo de Cuatro Vientos*, 3 de mayo 2003)

## TERCERA PARTE

### LOS PELIGROS DE LA VIDA ACTIVA PARA EL ALMA QUE NO TIENE VIDA INTERIOR

#### 12 - LAS OBRAS APOSTÓLICAS SON UN MEDIO MUY APTO PARA AVANZAR EN LA SANTIDAD PARA LAS ALMAS DE VIDA INTERIOR, PERO SON UN PELIGRO DE CONDENACIÓN PARA LAS QUE NO LO SON

*1. Medio para avanzar en la santidad.* — Nuestro Señor exige a aquellos que se digna asociar a su apostolado, que no solamente se conserven en la virtud sino que progresen en ella. Pruebas abundantes de esto tenemos en las epístolas de San Pablo a Tito y a Timoteo, y en las exhortaciones del Apocalipsis a los obispos de Asia.

Dios quiere las obras. Sería una injuria y una blasfemia contra la sabiduría, la bondad y la providencia divinas, pensar que las obras, como tales, son un obstáculo para la santificación.

El apostolado, en cualquiera de sus formas, practicado porque Dios lo quiere y con las condiciones debidas, es un excelente medio de santificación para el apóstol.

*Cualquier apostolado, practicado porque Dios lo quiere y con las condiciones debidas, es un excelente medio de santificación para el apóstol*



Dios se compromete con el apóstol que escoge, a darle las gracias necesarias para que pueda cumplir su misión, por muy absorbente que



sea, no sólo para asegurar su salvación, sino para que llegue a la santidad.

El apóstol de vida activa debe confiar, por tanto, que no le faltará la gracia para llegar a la santidad, y esto acontece en cualquier tipo de apostolado, por muy humilde que sea (cuidado de enfermos, enseñanza, catequesis...). Debe estar convencido que su actividad, lejos de impedirle la contemplación, es la mejor disposición para la misma. Así se ha constatado en muchas almas que llegaron a un alto grado de contemplación, a las que Dios les encomendó una determinada tarea de vida activa: obras de caridad, confesiones, predicaciones, catequesis, visita de enfermos, etc.

Los sacrificios que estas obras exigen, hechos por la gloria de Dios y la salvación de las almas, por ser tan gratos a Dios, no pueden menos que llevar a la santidad.

Habrán actividades apostólicas especiales, en que por existir un grave peligro contra la fe o la castidad, *Dios exige* que se abandonen. Pero exceptuando estos casos, las obras de caridad, si se hacen en unión con Dios, son un excelente medio para alcanzar la santidad.

Es lo que le ocurrió a Santa Teresa de Jesús: «Desde que soy Priora —escribe—, en mis ocupaciones y frecuentes viajes cometo más faltas que antes. Pero, como lucho con generosidad y llevo mi cargo por Dios, siento que cada día que pasa me uno más con Él».

Ella se daba cuenta que como priora tenía más faltas que antes, pero como dicho cargo le exigía mayor generosidad y entrega, le ofrecía más ocasiones para vivir la caridad, y por tanto, le hacía progresar en la santidad.

Lo importante es que la actividad sea querida por Dios. Porque, como dice S. Juan de la Cruz, nuestra unión con Dios reside en la unión de nuestra voluntad con la suya y se mide según ella.

No sólo la vida contemplativa nos hace progresar en la unión con Dios; también la vida activa, cuando es mandada por Dios y se ejerce en las condiciones debidas. En medio de las ocupaciones, Jesús vive en esa alma, le da ánimo en sus trabajos, le infunde espíritu de abnegación y servicio, y de esta forma la encamina hacia la santidad.

La santidad, en efecto, reside, ante todo en la caridad, y una obra de apostolado digna de ese nombre, que siempre exige sacrificio y abnegación, no es otra cosa que un acto de caridad.

*Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.* El pastor da su vida por sus ovejas. Es el sacrificio que pide el Señor al apóstol como prueba de su amor.

San Francisco de Asís pensaba que no podía ser amigo de Jesucristo más que ejercitando la caridad en favor del prójimo. Porque Nuestro Señor considera como hechas a Él cualquier obra de misericordia que hacemos a los demás.

En el fondo, el apóstol entregado a las obras, no hace más que seguir las huellas de Jesucristo en su vida pública, quien pasó por este mundo haciendo el bien, ya sea como obrero, pastor, misionero, médico... sirviendo sobre todo a los más necesitados.

La vida activa debe hacer suyo el ejemplo del Maestro: *Estoy entre vosotros como el que sirve* (Luc 23,27). *El hijo del hombre ha venido para servir, no para ser servido* (Mat 20,28).



El apóstol se pone al servicio de toda miseria humana, ya sea corporal o espiritual, con sus obras de caridad y su palabra iluminadora. Porque ama y tiene fe, descubre en los más miserables y abatidos de la tierra a Cristo crucificado.

*Lo hemos visto y no lo hemos conocido*, nos dice el profeta Isaías (Is 53,2.3). Pero el que le sirve con caridad en los pobres, lo reconoce muy bien. ¡Es la maravilla de la vida activa! El Señor se ha comprometido a premiar en el paraíso al que dé de beber un vaso de agua a un pobre.

De esta manera, el apóstol de vida activa, que se entrega a las obras de caridad, enriquece al mundo con su generosidad, sus trabajos y sudores.

*II. Peligros para la salvación.* Cuántas veces, en los ejercicios espirituales que he tenido ocasión de dirigir, he podido comprobar muchas veces cómo las obras apostólicas pueden ser para el apóstol que las lleva a cabo, en vez de un medio de santidad, un instrumento para su ruina espiritual. *Y esto se da cuando el apóstol no cuida al mismo tiempo su vida interior.*

Un hombre de acción, a quien al comenzar un retiro le pedí que tratará de indagar la causa del triste estado espiritual en que se hallaba, me dio la siguiente respuesta: «*Mi plena dedicación a las obras me*

*perdió. Sentía un verdadero placer en trabajar y servir a los demás, y como el éxito me sonreía, Satanás supo arreglárselas para sacar partido y seducirme durante muchos años con el delirio de la acción, quitándome todo gusto por la vida interior».*

Este apóstol, dejándose llevar por la natural satisfacción que comporta la acción, dejó que se disipara su vida interior, que era el calorillo que hacía fecundo su apostolado y protegía su alma del enfriamiento espiritual. Trabajó mucho pero lejos del sol que vivifica. Como diría S. Agustín, *corría con presteza, pero fuera del camino* (S. Agustín). Por eso las buenas obras, santas en sí mismas, se convirtieron para él en una espada de doble filo, que hiere al que no conoce su manejo.



Contra este peligro trataba de poner en guardia S. Bernardo al Papa Eugenio III, con estas palabras: *Temo que en medio de tus innumerables ocupaciones, te desesperes por no poder llevarlas a cabo y venga a endurecerse tu alma. Obrarías con más prudencia si las abandonases por algún tiempo, para que no te dominen ni arrastren a donde no quieras llegar. ¿A dónde? Al endurecimiento de corazón.*

*Ya ves a dónde pueden arrastrarte esas ocupaciones malditas, si continuas entregándote a ellas del todo, como hasta ahora, sin reservarte nada para ti.* (S. Bern. "De Consid.")

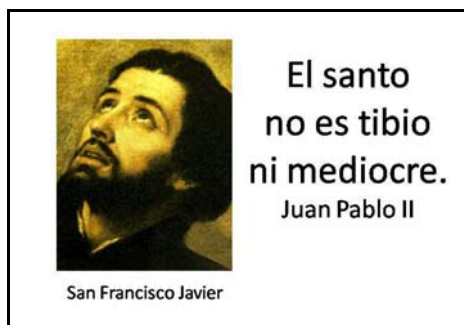
¿Hay empresa más noble y santa que el gobierno de la Iglesia?  
¿Puede haber algo más útil para la gloria de Dios y el bien de las almas?  
Y, sin embargo, S. Bernardo la califica de ocupación maldita, si impide la vida interior de quien se consagra a ella.

Esta expresión de S. Bernardo, "*ocupación maldita*" nos estremece y hace reflexionar. Sería como para rechazarla, si no hubiera salido de la pluma de un Doctor de la Iglesia.

### 13 - EL APÓSTOL SIN VIDA INTERIOR

Todo apóstol que no cuida su vida interior acaba irremediablemente cayendo en la tibieza. Entendemos por tibieza *de voluntad* un pacto con la *disipación y la negligencia* habitualmente consentidas o no combatidas; un pacto con el pecado venial deliberado, que pone en peligro la salvación del alma, disponiéndola al pecado mortal<sup>10</sup>. Tal es la doctrina de S. Alfonso María de Ligorio sobre la tibieza.

Decía el obispo misionero Cardenal Lavigerie: «Para un apóstol no hay otra elección que ésta: la santidad completa, al menos de deseo, trabajando para alcanzarla, o la perversión más absoluta».



Pensemos en un apóstol que está ilusionado con su trabajo apostólico, ¿qué es lo que le puede llevar a caer en la tibieza? En todos los casos, siempre se da una falta de pureza de intención: no se está decidido a buscar en todo la voluntad de Dios. La persona puede sentir en sus inicios incluso devoción y fervor, sobre todo al sentir los consuelos que Dios siempre da a los principiantes, para ayudarles a perseverar en

---

<sup>10</sup> Según Santo Tomás, cuando el alma, en estado de gracia, hace un acto bueno pero sin el fervor debería tener, este acto disminuye el grado que ella tiene de caridad. Este es el sentido de las frases: "Maldito el que hace con negligencia la obra de Dios" y "Porque eres tibio... te vomitarte de mi boca".

Cada pecado venial disminuye el fervor, disponiendo el alma para el pecado mortal. La mejor manera de evitar el pecado venial es llevar una vida interior seria y fervorosa, sino abundarán los pecados veniales, unos no combatidos y otros apenas advertidos pero imputables al alma disipada que no tiene en cuenta las palabras del Señor: "Vigilad y orad".

la vida espiritual. Pero es una devoción más bien sentimental, poco consistente y probada. Al sentir ciertos consuelos en la oración, la persona piensa que ya ha llegado a un alto grado de oración, cosa que no es verdad. A pesar de ello, la persona dedica poco tiempo a la oración y a la lectura espiritual, y no se las toma realmente en serio. Como está dedicado totalmente al apostolado exterior, no cuida su vida interior. Pronto hace mella en él la disipación, las prisas, la vanidad ante los primeros éxitos, o el abatimiento ante los primeros fracasos apostólicos. También le asaltan tentaciones contra la castidad, de tipo sensual o afectivo, y puede incluso sufrir algunas caídas. A pesar de todo, persiste en su apostolado, en el que se siente protagonista.

Llega por fin un día en que advierte el peligro. El Ángel de la Guarda le habla al corazón y la conciencia le pone sobre aviso. Urge recobrar el autodomínio, acudir a un retiro espiritual y tomar la firme resolución de sujetarse a un horario, aunque ello le exija abandonar algunas de sus ocupaciones preferidas. Esta resolución lamentablemente la deja para otro día; hoy le resulta imposible. Todo su tiempo se lo lleva la actividad apostólica en la que se haya metido. *La fiebre por las obras le devora*. Le resulta insoportable relegar a segundo plano las múltiples actividades que le absorben, y cambiar a una vida más recogida de oración. Satanás le insinúa nuevos proyectos apostólicos, que sabe disfrazar engañosamente con razones por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Va de flaqueza en flaqueza, por la pendiente resbaladiza del activismo. Para callar la voz de su conciencia, *se deja arrastrar locamente por el torbellino de la actividad*. Las faltas se acumulan fatalmente. Conforme avanza por este derrotero, su forma de pensar va cambiando también, considera una pérdida de tiempo el dedicado a la oración, y proclama que su vida de entrega ya es oración. Y como su obra aparentemente prospera, piensa que Dios le está bendiciendo.



¿Por qué ha caído en un estado tan lamentable? *Por un poco de todo: inexperiencia, presunción, vanidad, superficialidad y cobardía.* Se lanzó a la ventura en medio de los peligros sin haber medido antes sus pocas fuerzas espirituales; y al agotarse sus reservas de vida interior, se vio en la situación de un nadador que, sin fuerzas para luchar contra la corriente, se deja arrastrar hacia el abismo.

Detengámonos unos momentos para examinar el camino recorrido en sus diferentes etapas.

*Primera etapa.*— El alma ha perdido progresivamente, si es que las tuvo, la pureza de intención y la convicción firme por cuidar lo principal: su vida interior de unión con Dios.

El apostolado exterior le deslumbra, acuciado por su vanidad: «¿Qué queréis? Dios me ha otorgado el don de la palabra», decía un apóstol presuntuoso. El alma se busca a sí misma en vez de buscar a Dios. Su reputación, su honra y los intereses personales ocupan el primer lugar.

La ausencia de vida interior le lleva a la disipación, al olvido de la presencia de Dios, de las jaculatorias y de la guarda del corazón, a la poca delicadeza de conciencia y a no cumplir un horario que reglamentaría su vida según la voluntad de Dios, y no según su capricho. La tibieza está ya a las puertas, si es que no está ya dentro de casa.

En cambio, el hombre de fe y de vida interior es esclavo de su deber, avaro de su tiempo, que ordena por medio de un horario para mejor aprovecharlo y poder hacer rendir los talentos que Dios le ha dado.

*Segunda etapa.*— Pronto abandona la lectura espiritual; y si es que hace aún algo de lectura, ya no estudia. Eso de dedicar varias horas al día al estudio, en un trabajo monótono y escondido, para prepararse bien y tener algo valioso que decir, es demasiado para su vanidad. A él le gusta improvisar y se enorgullece de salir siempre airoso... pero no dice más que trivialidades. Prefiere las revistas a los libros; carece de constancia, y se limita a mariposear. Pierde mucho tiempo en distracciones y esquiva el trabajo metódico.

Seducido por la actividad,  
pronto abandona la  
lectura espiritual



Todo lo que aminora su libertad de movimientos, le resulta molesto. Todo su tiempo lo ocupan sus obras, el cuidado de su salud y sus distracciones. Como piensa que le falta tiempo, Satanás aprovecha para insinuarle que abrevie su rato de oración, la Misa, el Santo Rosario... Y comienza por acortar la *meditación*, hasta que pronto la deja de hacer. Como se acostumbró a acostarse muy tarde, alegando motivos para ello, no puede madrugar ni levantarse a una hora fija, condición indispensable para hacer la meditación por la mañana.

Ahora bien, abandonar la oración equivale a entregar las armas al enemigo. «A menos de un milagro —dice S. Alfonso María de Liguori—, sin oración se viene a caer en pecado mortal». Lo mismo afirma S. Vicente de Paúl: «Un hombre sin oración no es capaz de nada, ni aun de renunciarse en la más mínima cosa, es pura vida animal en toda la extensión de la palabra». Sin oración pronto se llega a ser un bruto o un demonio. Al que no hace oración, el demonio no necesita tentarle, el mismo se arroja al infierno. Por el contrario, un gran pecador que empieza a hacer un cuarto de hora de oración al día, no puede menos que convertirse, y si persevera, que lograr su salvación».

Todo apóstol que, bajo pretexto de ocupaciones fatigosas, o por pereza, no hace por lo menos media hora de oración diaria, seria y metódica, no tendrá las fuerzas y el ánimo que se requieren para perseverar en la lucha durante el resto del día, y acabará cayendo irremisiblemente en la tibieza.



**Por lo menos  
media hora de  
oración diaria,  
para perseverar  
en la lucha.**

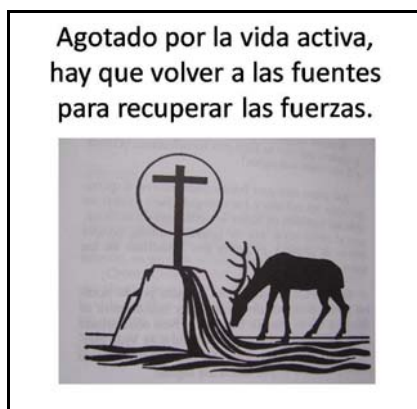
En este estado, ya no sólo abundan las imperfecciones, sino los pecados veniales. Y como el alma ya no guarda su corazón, la mayor parte de sus faltas ni las advierte. *El alma se encuentra en tal estado que está ciega para verlas.* ¿Y cómo podrá combatir aquello que no se da cuenta que es un defecto?

*Tercera etapa.*— Negligencia en el rezo del Rosario o de la liturgia de las horas.

La oración de la Iglesia, que debía dar al soldado de Cristo la fuerza y alegría requeridas para renovarse espiritualmente y desprenderse de las cosas pasajeras, se le hace una carga insoportable.

Estas oraciones, llenas de alabanzas, súplicas y acción de gracias, apenas le dicen nada. En el santuario del alma sólo reina el ruido y el desorden. El activismo y la disipación habitual se encargan de aumentar las distracciones, que por otra parte, cada vez se combaten menos. *Dios no mora en medio del alboroto.*

El Santo Rosario se reza con precipitación, abundan las interrupciones injustificadas, la negligencia, la somnolencia, los retrasos, el dejarla para última hora con peligro de ser vencido por el sueño... hasta que se deja de hacer.



*Cuarta etapa.*— Los sacramentos se reciben con el respeto que merecen, pero ya no impresionan. La presencia de Jesús en el Sagrario o en el Sacramento de la Reconciliación ya no hace vibrar hasta el fondo del alma los resortes de la fe. Las comuniones son tibias, llenas de distracciones y superficiales. La rutina lo envuelve todo. El apóstol ya no siente en su interior las palabras íntimas con que Jesús se dirige a sus verdaderos amigos.

Sin embargo, de vez en cuando, el celestial Amigo le pide que le abra las puertas del corazón: *Ven a mí, pobre alma llagada, ven a mí, yo te curaré* (Mat 11,28) porque *Yo soy tu salud* (Sal 34). *He venido a salvar al que estaba perdido* (Luc 19,10). Su voz dulce, discreta y amorosa le emociona en algunos momentos, pero la puerta del corazón apenas se entreabre; no puede entrar Jesús, y sus llamadas quedan sin respuesta.



La gracia ha pasado en vano, y lo peor es que tal vez no vuelva a pasar:  
*Temo a Jesús que pasa y que tal vez no vuelva a pasar.*



¿Qué pensamientos ocupan el alma? Pensamientos vanos, superficiales y egoístas. Todos ellos van a parar al yo o a las criaturas, a menudo disfrazados de aparentes razones apostólicas o de caridad.

Prosigue el desorden. De la inteligencia y la imaginación, pasa al corazón. En vez de poner el corazón en Dios, en la Eucaristía, en la oración, lo pone en las criaturas, quedando a merced de la primera ocasión que se le presente.

Verdad es que son pocos los que llegan hasta el final, hasta la apostasía, por obstinación, ceguera del espíritu y endurecimiento del corazón. Pero del que ya ha entrado en la tibieza espiritual, puede temerse cualquier cosa. *El hombre animal no conoce las cosas del espíritu.*

Para colmo de males, *la voluntad* se ha debilitado en extremo. No le pidáis que reaccione con energía contra el estado en que se encuentra, sería inútil. Es incapaz del menor esfuerzo y sólo sabe dar esta respuesta desesperante: "*No puedo*". Y, naturalmente no poder equivale a dejarse llevar por la pendiente. El que camina por la cuerda floja es natural que caiga alguna vez.

Pero estas caídas podrían haberse evitado si no se hubiese descuidado desde un inicio la vida interior.

En el origen de estas caídas está sin duda la falta de pureza de intención, no hacer las cosas puramente por Dios, sino buscar a la vez el propio interés, que todo lo ensucia.

Jesucristo es el apóstol por excelencia. Nadie se ha sacrificado tanto por las almas como Él, cuando recorría los caminos de Palestina. Las muchedumbres le seguían por todas partes, pero Él nunca descuidó su vida interior, siempre busco ratos para estar a solas con su Padre, a

quien tenía siempre ante sus ojos en el Espíritu Santo. Incluso ahora se da a nosotros en la Eucaristía, pero sin dejar el seno del Padre.



Convenzámonos. No haremos nada de provecho en el apostolado mientras no vivamos una vida de permanente intimidad con Jesús.

## 14 - LA VIDA INTERIOR, FUNDAMENTO DE LA SANTIDAD DEL APOSTOL

La santidad no es otra cosa que la vida interior en perfecta sintonía con la voluntad divina, pero salvo un milagro, el alma no llega a esta altura sino después de haber recorrido, tras numerosos y penosos esfuerzos, todas las etapas de la vida purgativa e iluminativa.

En este camino de la santificación, la acción de Dios y del alma siguen un proceso inverso: a medida que Dios se enseñorea del alma, disminuyen las acciones del ella. *Porque Dios ha sometido a El todas las cosas, a fin de que Dios sea todo en todo* (1 Cor 15,28). De tal modo que el alma que ha llegado a la perfección, vive ya la vida de Jesús y puede decir con San Pablo: *Vivo yo, mas no soy yo quien vive, es Cristo quien en mí* (Gál 2,20). El espíritu de Jesús es el único que piensa, decide y obra en esa alma.

Dios quiere las obras de apostolado sean un medio de santificación. El apostolado, para el alma que ha llegado a la santidad, le ofrece muchas ocasiones para perfeccionarse y adquirir méritos. Sin embargo, para los que comienzan y para los que no tienen todavía arraigada la vida interior, el apostolado puede ser un peligro si no toman las precauciones requeridas, como son la pureza de intención, la vida de oración y la guarda de corazón.

Veamos ahora cómo la vida interior ayuda al apóstol a alcanzar la santidad.

### **a) La vida interior previene contra los peligros de la acción**

Mientras que el obrero evangélico sin vida interior ignora los peligros que las obras llevan consigo, como un viajero incauto que atraviesa un bosque infestado de bandidos, *el verdadero apóstol los teme*, y todos los días se previene contra ellos mediante un esmerado examen de conciencia para descubrir su punto flaco.



Aunque la vida interior no tuviese otra ventaja que la de percatarse de los peligros, ya sería bastante, porque un peligro previsto es un peligro medio evitado. Pero además la vida interior nos proporciona otra ventaja. Ella viene a ser la armadura de Dios, no sólo para poder *resistir las tentaciones* y evitar los lazos del demonio, sino para santificar todos sus actos.

*Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del diablo... a fin de poder resistir a los días malos, y después de haber vencido todo, manteneros firmes. Estad, pues, firmes ceñidos los lomos con la verdad, revestidos de la coraza de la justicia y con las sandalias en los pies, dispuestos a salir a la predicación del Evangelio de la paz y, sobre todo, tomad el escudo de la fe, con el que podréis extinguir con él todos los encendidos dardos del enemigo. Tomad también el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Ef 6,11-17).*

La vida interior le ciñe con la *pureza de intención*, para orientar hacia Dios todos sus pensamientos, deseos y afectos y no perderse con las comodidades, placeres y distracciones. *Ceñida la cintura con la verdad.*

Le reviste con *la coraza de la caridad*, que le defiende de las seducciones de las criaturas, del espíritu mundano y de los asaltos del demonio.

Le calza con la *discreción y la modestia*, para que sea sencillo como la paloma y prudente como la serpiente. *Con las sandalias en los pies, dispuestos a salir a predicar el Evangelio.*

Si Satanás y el mundo intentan engañarle con sofismas y falsas doctrinas, o abatir su fortaleza con la seducción del hedonismo, la vida interior le defiende con el *escudo de la fe*, que hace brillar ante sus ojos el esplendor del ideal divino.



El conocimiento de la propia nada, el cuidado por la propia salvación, la necesidad de la gracia y, por tanto, de la oración suplicante, insistente y confiada, son para el alma un casco o yelmo de bronce, contra el cual se estrellan los golpes de la soberbia.

El celo apostólico, inflamado por la meditación del Evangelio y robustecido con el Pan eucarístico, es la espada que utiliza para luchar contra los enemigos del alma y conquistar almas para Cristo: *La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*. Así, armado de pies a cabeza, el apóstol puede lanzarse sin temor a la acción.



## **b) La vida interior repara las fuerzas del apóstol**

¡Qué difícil resulta, en medio de la actividad y dentro del mundo, conservar el espíritu interior y la pureza de intención! Esto sólo lo logra el hombre santo. Solamente él sobrenaturaliza de tal forma su trabajo, inflamándolo de caridad, que lejos de disminuir sus fuerzas, acrecienta la gracia santificante en su alma.

En las demás personas, incluso fervorosas, que no han llegado a la santidad, la vida interior acaba resintiéndose por la actividad exterior. El corazón está tan absorbido por la acción, que fácilmente se pierde la pureza de intención y el amor de Dios. Pero el Señor no disminuye por eso su gracia *si ve que la persona hace serios esfuerzos* por guardar su corazón para Él a lo largo del día, y si al acabar el trabajo, corre hacia Él para reponer las fuerzas perdidas. Este esfuerzo continuo por volver a empezar, tras desgastarse en la vida activa, es lo que más le agrada a Dios.

Estas imperfecciones se van haciendo cada vez menos frecuentes en los que luchan y responden a la invitación de Jesús que nos dice: *Venid a un lugar retirado, solitario y tranquilo, para descansar un poco* (Marc 6,31). Es decir, retírate un instante del tráfago de las gentes que no pueden ofrecerte el alimento que tus fuerzas agotadas necesitan. Pues nosotros somos como ciervos que corren jadeantes y sedientos, y Él es la fuente de aguas vivas que renueva nuestras fuerzas. *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*, dice Jesús. *El que cree en mí, como de su interior correrán ríos de agua viva* (Juan 7:37-39). *El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte a la vida eterna* (Juan 4: 14).



En la calma y en la paz que gozarás junto a mí, nos dice el Señor, no sólo recobrarás el vigor perdido, sino que aprenderás el secreto de trabajar más con menos fatiga. Elías, agotado y desanimado, en un instante recobró sus energías al comer un pan misterioso. Así, Jesús nos ofrece su Palabra y su Eucaristía para consolarnos de las tristezas y desengaños del viaje, y recuperar nuestra intimidad con Él. *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré* (Mat 11,28).

c) La vida interior multiplica las energías y los méritos del alma

*Hijo mío afirmate más en la gracia* (2 Tim 2,1). La gracia es una participación de la vida de Jesucristo. Él es la fuerza por esencia de todo cristiano.

*¡Oh Jesús!* —exclama S. Gregorio Nacianceno—, *sólo en Ti reside toda mi fuerza. Sin Jesucristo* —dice a su vez S. Jerónimo—, *yo no soy más que impotencia.*

Santo Tomás de Aquino, en el cuarto libro de su «Compendio de Teología», enumera los cinco rasgos que reviste en nosotros la fuerza de Jesús.

El primero es la decisión para emprender cosas difíciles, afrontando los obstáculos con resolución: *Tened ánimo y que vuestro corazón se robustezca* (Sal 30,25).

El segundo es el menosprecio de las cosas de la tierra: *Por Él perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo* (Filip 3,8).

El tercero es la paciencia en las tribulaciones: *El amor es fuerte como la muerte* (Cant 8,6).

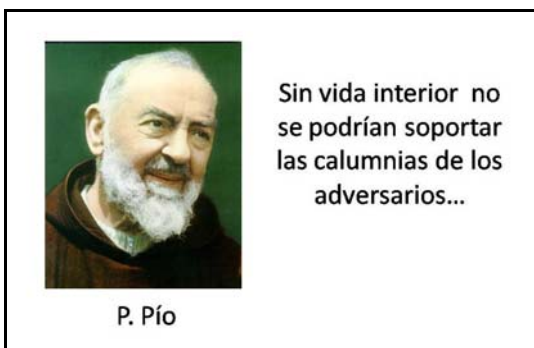
El cuarto es la resistencia a las tentaciones: *El diablo, como un león rugiente, anda a vuestro alrededor...; resistidles firmes en la fe* (1 Pedro 5,8.9).

El quinto es el martirio interior, dando testimonio, no de sangre sino con la vida misma, de que Jesús lo es todo para mí: «Todo tuyo». Este martirio consiste en combatir la concupiscencia de la carne, domar los vicios y trabajar enérgicamente por adquirir las virtudes: *He combatido el buen combate* (2 Timot 4,7).



Mientras el hombre volcado al exterior se apoya en sus fuerzas naturales, el hombre interior sólo ve en ellas una ayuda útil, pero insuficiente. El convencimiento de la propia debilidad y su fe en la omnipotencia divina, le dan, como a S. Pablo, la medida exacta de su fuerza. Al ver los obstáculos que se levantan a su paso, dice con humilde valentía: *Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2 Cor 12,10).

Sin vida interior, dice Pío X, no se podrían soportar de continuo las contrariedades del apostolado, la frialdad y falta de cooperación de los mismos hombres de bien, las calumnias de los adversarios y hasta incluso las envidias de los mismos amigos y compañeros de armas (Encicl. A los Obispos de Italia, 11-6-1905).



La vida de oración, semejante a la savia que corre desde el tronco de la vid hasta los sarmientos, infunde la vida divina sobre el apóstol para robustecer su inteligencia y afirmarle más y más en la fe. Así, iluminando su camino, avanza con resolución merced al conocimiento que tiene de la ruta que debe seguir y la forma de alcanzar su propósito. Al mismo tiempo, la vida divina fortalece su voluntad, para que emprender actos heroicos.

Este *permaneced en mí* (Juan 15,4), en Aquél que es el León de Judá y el Pan de los fuertes, explica la invencible constancia y firmeza unidas a la dulzura y humildad sin igual que brillaban en S. Francisco de Sales.

El espíritu y la voluntad se robustecen porque se acrecienta el amor. Jesús purifica el alma, la dirige y la hace participe de los sentimientos de compasión y caridad de su adorable Corazón. Cuando este amor se transforma en pasión, alcanza su grado máximo, poniendo a su disposición todas las fuerzas naturales y sobrenaturales del hombre.

Así se comprende entonces que gracias a la vida de oración, no sólo multiplica las energías, sino los méritos del alma, no tanto por que sea capaz de hacer actos heroicos, sino por el grado de caridad con que los hace.

#### **d) La vida interior proporciona alegría y consuelo**

Sólo un amor ardiente e inquebrantable llena de sentido la vida, aun en medio de los mayores dolores y fatigas.

La vida del verdadero apóstol es una serie de trabajos y padecimientos. Por muy alegre que sea su carácter, no le han de faltar

momentos muy tristes, cargados de angustia y zozobra. Porque está convencido del gran amor que Jesús le tiene, no solamente puede soportar esta vida, sino experimentar una felicidad sin igual, que le lleva a exclamar como San Pablo: *Sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones* (2 Cor 7,4). En medio de las pruebas más duras, el apóstol goza de una dicha tal que, a pesar de las agonías de la parte inferior, no la cambiaría por todas las alegrías humanas. Por eso acepta las cruces, las humillaciones, sufrimientos, pérdidas de bienes y hasta la muerte de los seres queridos, de muy distinta manera que al principio de su conversión.

Crece en la caridad de día en día. Aunque su amor no brille al exterior y el Maestro lo lleve, como a las almas fuertes, por el camino del anonadamiento, de la expiación de sus culpas o de las del mundo, poco importa. Gracias a su vida de oración y al alimento de la Eucaristía, su amor se acrecienta sin cesar, estando dispuesta a sacrificarse generosamente por los demás y a pasar lo que haga falta con tal de llevarlas a Cristo. Ejerce su apostolado con una paciencia, un tacto y una discreción tan grandes, que sólo puede explicarse porque vive ya la vida de Jesús: *Es Cristo quien vive en mí*.

El sacramento de la Eucaristía es el que *le hace experimentar los mayores consuelos*: el consuelo de saborear íntimamente la presencia de Jesús en el propio corazón, el consuelo de gozarse de su presencia, de adorarle y de gustar de la dulzura de su amor. No puede haber alma de profunda vida interior que no sea eucarística.

La vida del hombre apostólico es vida de oración. «La vida de oración —dice el Santo Cura de Ars— es *la dicha mayor de este mundo*». ¡No hay vida más maravillosa! Unión íntima del alma con nuestro Señor! No hay palabras para expresar tanta felicidad... El alma se siente penetrada por el amor... Dios la toma como una madre que sostiene a su hijo pequeño entre sus brazos y le cubre de besos y de caricias.

El alma también se regocija porque Dios sea servido, amado y glorificado por medio de su apostolado. Lo que más le alegra es «conquistar almas para Dios». Contribuye a la salvación de muchos que podrían haberse condenado, y, por tanto, consuela el corazón de Dios, llevándole muchos hijos pródigos.





*Mi vocación es el amor. En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor, así seré todo.*

### **e) La vida interior acrecienta la pureza de intención**

El hombre de fe juzga las cosas con un criterio muy distinto del que no tiene vida interior. Él mismo se considera un simple instrumento en las manos de Dios, por ello vive abandonado en la Providencia Divina y no se abate ante las dificultades.

Subordina todos sus proyectos y esperanzas a los designios incomprensibles de Dios, quien se sirve en muchas ocasiones más de los fracasos que de los triunfos para el bien de sus elegidos.

Vive en santa indiferencia respecto al éxito o al fracaso de su obra. «Dios mío, —dice él en su interior— tal vez no quieres que termine la obra comenzada. Te basta ver mi esfuerzo y mi generosidad por llevarla a cabo. No sé que te dará mayor gloria: si el éxito de la obra o el acto de humildad que tendré que hacer si fracasa. Lo importante es que se cumpla tu santa Voluntad».

Sufre al ver las tribulaciones por las que pasa la Iglesia, pero no se turba ni inquieta por ello, sino que espera contra toda esperanza. Todo lo ve, aun los más pequeños actos, a la luz de la eternidad. Todo le sirve para vivir la caridad. Todo lo hace con pureza de intención.

Ama a las almas en Jesús, y las engendra por Jesús para Dios, pudiendo decir como San Pablo: *Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gal 4,19).

### **f) La vida interior es un escudo contra el desaliento**

«Cuando Dios quiere que una obra sea totalmente suya, la reduce a la impotencia y a la nada, y después la hace Él» (Bossuet).

No hay cosa que más ofenda a Dios que la soberbia. Cuando buscamos el éxito, podemos fácilmente, por carecer de pureza de

intención, llegar a erigirnos en una especie de divinidad, y considerarnos como el principio y el fin de nuestros actos.

Dios siente horror por esta forma de idolatría. Cuando ve que la actividad del apóstol carece de santa indiferencia, muchas veces deja campo libre a las causas segundas, y el edificio no tarda en venirse abajo.

Es el caso del apóstol dinámico y abnegado que tras poner en marcha una obra se envanece de los éxitos logrados, y que al poco tiempo, por distintos motivos, la obra se viene abajo. Repentinamente, de la alegría, pasa al abatimiento y desaliento más absolutos.

En el fondo, es Jesús que quiere hacerle ver que sin Él nada tiene consistencia. «*Levántate* —le dice—, y en vez de obrar por tu cuenta, emprende de nuevo tu trabajo conmigo, por Mí y en Mí».

Sólo Jesucristo puede resucitar esa obra apostólica Pero el infeliz no puede escuchar su voz. Vive tan volcado al exterior, y con tanto ruido interior, que no puede percibirla.

El apóstol de vida interior, en cambio, cuando experimenta el fracaso no se abate. Porque siempre trabaja unido a Jesucristo, parece oír que desde el fondo de su corazón le dice: *No tengas miedo*, las mismas palabras que les dijo a los apóstoles cuando estaban a punto de zozobrar en la tempestad. Por eso, no pierde la paz, sino que acude con redoblado fervor a la Eucaristía y a la Virgen María, su Madre, donde se refugia. Su alma no queda aplastada por el fracaso, al contrario, sale rejuvenecida.



¿Dónde encontrar el secreto para no abatirse en medio de la derrota? En la en la inquebrantable confianza que nace de la vida de intimidad con Jesús. Tal es la actitud con que vivía S. Ignacio de Loyola y que le hacía exclamar: «Sí se diese el caso de que la Compañía de Jesús fuese disuelta sin culpa mía, me bastaría un cuarto de hora de oración para recobrar la calma y la paz». «El corazón de las almas interiores —dice el Cura de Ars—, permanece, en medio de las humillaciones y sufrimientos, como una roca en medio del mar<sup>11</sup>».

Ciertamente el apóstol sufre porque se perderán muchas de sus ovejas al inutilizarse sus esfuerzos y destruirse su obra, pero su tristeza, por amarga que sea, nunca disminuirá su ardor para recomenzar la empresa, porque sabe muy bien que toda redención, aunque sea de una sola alma, se realiza por medio del sufrimiento. Además, basta para sostenerlo la certeza de que los contratiempos y las amarguras soportados con generosidad, hacen progresar en la virtud y dan a Dios una gloria mayor.

Dios, a menudo, le pide únicamente que haga la siembra. Más tarde otros recogerán los frutos. Estos acaso pensarán erróneamente que a ellos se les debe, pero Dios perfectamente conoce quienes realizaron la labor más ingrata y aparentemente estéril. *Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros lo labraron y vosotros os aprovecháis de su fatiga* (Juan 4, 37-38).

El mismo Nuestro Señor Jesucristo, durante su vida pública, no hizo otra cosa que sembrar la buena semilla; fueron los apóstoles, después de

---

<sup>11</sup> He aquí la oración que el general Sonis hacía todos los días:

¡Dios mío! Heme aquí delante de Ti, pobre, pequeño y falto de todo. Aquí me tienes, a tus pies, abismado en mi nada.

¡Quisiera tener algo que ofrecerte, pero no soy más que miseria! Tú, Señor, Tú eres mi todo, Tú eres mi riqueza.

Dios mío, yo te doy gracias porque has querido que yo fuese nada delante de Ti. Yo amo mi nada y mi humillación. Te agradezco el que hayas alejado de mí algunas satisfacciones del amor propio, algunos consuelos del corazón. Te agradezco igualmente las decepciones, las ingratitudes y las humillaciones que han venido sobre mí. Reconozco que todo ello me era necesario y que los éxitos me habrían alejado de Ti.

¡Oh Dios mío! Bendito seas cuando me pruebas. Anonadadme más y más. ¡Dios mío! todo lo que haces es justo y bueno, te bendigo en mi pobreza, y no siento otra cosa sino el no haberte amado bastante. No deseo otra cosa, sino que se haga tu voluntad.

Pentecostés, quienes cosecharon los frutos que Él ya había predicho: *El que crea en mí, hará también las obras que yo hago, y mayores que éstas* (Juan 14, 12).

En resumen, los fracasos no desaniman al verdadero apóstol ni le condenan a la inacción, porque siempre está unido a Jesucristo, quien es omnipotente y puede resucitar en un momento cualquier obra que parecía muerta.

## CUARTA PARTE

### FECUNDIDAD DE LAS OBRAS ENGENDRADAS POR LA VIDA INTERIOR

#### 15 - LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO ESTÁ CONDICIONADA A LA INTENSIDAD DE LA VIDA INTERIOR

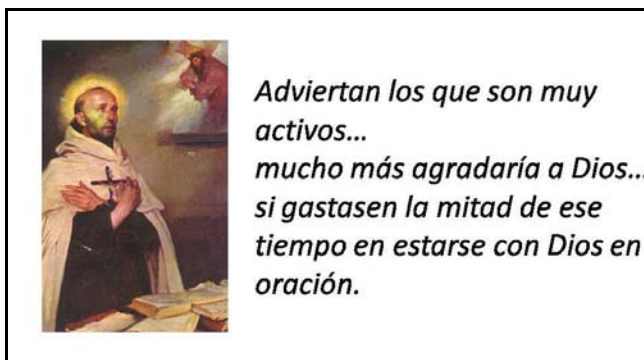
Prescindiendo que las obras de apostolado puedan ser fecundas por sí mismas, todo apóstol que permanece en estrecha unión con Cristo no puede dejar de dar mucho fruto, tal como Jesucristo mismo nos lo asegura: *El que permanece en mí y yo en él, ese dará mucho fruto* (Juan 15,5). Porque *Sin mí nada podéis hacer* (Juan 15,16).<sup>12</sup>

Podríamos citar como ejemplo los magníficos resultados educativos que se obtienen cuando personas de una sólida vida interior se ponen al frente de una residencia, internado o colegio. No hay más que ver la transformación que experimentan los jóvenes educandos. La oración comienza a tomarse en serio, y los sacramentos son mucho más eficaces. Pronto cambian las actitudes en la capilla, en el trabajo y en el recreo. Los jóvenes muestran una alegría sana y profunda, reina el espíritu de familia, se practican las virtudes y, en muchos aparece el deseo de consagrarse a Dios. ¿A qué atribuir tal transformación? Sencillamente, al nuevo director o directora, o al nuevo capellán, que son almas de vida interior. Lo mismo puede suceder en otras instituciones católicas: hospitales, patronatos, parroquias, comunidades y seminarios. Los mismos resultados obedecen a idénticas causas.

---

<sup>12</sup> Decir que la caridad es el alma del apostolado es afirmar la necesidad de la comunión con Dios, de la que la caridad nace y se alimenta. La fecundidad apostólica del cristiano no depende tanto de su actividad externa cuanto del fervor interno de la caridad y de la profundidad de la comunión con Dios. Por eso S. Juan de la Cruz puede decir que una sola obra buena hecha con amor intenso, es más eficaz para la Iglesia y consigue mayor fruto que otras muchas hechas con menor fervor o tibiamente. (Intimidad Divina P. Grabiél de Sta. M. Magdalena O.C.D.)

No es ninguna sorpresa. S. Juan de la Cruz ya nos lo decía: *«Adviertan los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. Ciertamente, entonces harían más y con menos trabajo con una hora que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada y a veces nada, y aún a veces daño.»* (Cantico espiritual, 29).



Es la persona de vida interior, que vive unida al Señor, la que atrae las bendiciones de Dios.

Jesucristo derramó por nosotros su sangre en el Calvario, pero no es hasta Pentecostés cuando su Redención empieza a dar su fruto en las almas. Los apóstoles eran cobardes y pusilánimes, pero desciende sobre ellos el Espíritu Santo y los transforma en hombres de vida interior, y su predicación hace maravillas.

Porque el fruto en el apostolado depende sobre todo de la gracia del Espíritu Santo, el apóstol confía más en sus sacrificios y oraciones que en su actividad. El P. Lacordaire hacía una larga oración antes de subir al pulpito, y de vuelta a su celda, se disciplinaba. El P. Monsabré no predicaba sus conferencias de «Notre Dame» de París sin antes rezar de rodillas el rosario. A un amigo suyo le dijo: «Es la última infusión que tomo antes de subir al pulpito.» Estos dos religiosos vivían el consejo de S. Buenaventura: «El secreto del apostolado fecundo se encuentra más bien a los pies del crucifijo que en lucir ostentosamente brillantes cualidades».

«Entre la palabra, el ejemplo y la oración, lo principal es la oración», dice S. Bernardo. Un claro ejemplo lo tenemos en los mismos apóstoles, quienes no les importó dejar ciertas obras, para dedicarse mejor a la

oración: *Oración primero* y sólo después el *Ministerio de la Palabra* (Hechos 6,4).

Jesucristo le da una importancia primordial a la oración. Al ver las incontables almas que a lo largo de los siglos habrá que evangelizar, dice con cierto aire de tristeza: *La mies es mucha y los obreros pocos* (Mat 9,37).

¿Qué medios escogerá entonces para extender su doctrina por el mundo con la mayor rapidez? ¿Ordenará a sus discípulos que frecuenten las escuelas de Atenas o que vayan a Roma a escuchar de labios del César cómo se conquistan y administran imperios?... Nada de eso. ¡Apóstoles, tomad nota!, éste es su programa: *Rogad, pues, al dueño de las mieses que mande operarios a su campo* (Mat 9,38).

**La mies es mucha, los obreros pocos...**



***Rogad, pues, al dueño de las mieses  
que mande operarios a su campo.***

*¡Rogad, pues!* Un alma de pocas cualidades pero de profunda vida interior puede suscitar más legiones de apóstoles que la elocuente palabra de un apóstol, pero de menor vida interior. Es decir, la fecundidad del apostolado se debe sobre todo al espíritu de oración que lo inspira.

*¡Rogad, pues!* Empezad primero por orar; sólo después añade el Señor: *Id, enseñad, predicad* (Mat 10,7). Dios sin duda quiere que se predique, pero la eficacia del ministerio de la Palabra está condicionada a las súplicas del hombre de oración; súplicas que tienen el poder de alcanzar del cielo las gracias de conversión.

*Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado, es necesaria la gracia divina, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Solamente cuando viva Cristo en nosotros, podremos con facilidad hacer que viva en las familias y en la sociedad. Todos los que participan*

*del apostolado deben, por tanto, poseer un verdadero espíritu de oración* (Pío X, Encicl. a los obispos de Italia, 11-6-1905).

Y lo que hemos dicho de la oración puede aplicarse también al otro elemento de la vida interior: al espíritu de abnegación, al *sufrimiento*, a todo aquello que mortifica la propia naturaleza, tanto corporal como espiritual.

Un hombre puede sufrir como un pagano, como un condenado o como un santo. Sólo el santo sufre con Jesús y por Jesús. El sufrimiento entonces nos santifica y completa la Redención operada por Cristo: *Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de él, que es la Iglesia* (Colos. 1,24). Dice S. Agustín comentando este pasaje: «Los padecimientos de Cristo eran completos, pero solamente en la cabeza, faltan todavía los sufrimientos de Cristo en sus miembros místicos. Jesucristo sufrió como cabeza. Ahora le toca sufrir a su cuerpo místico...» Todo sacerdote y apóstol puede decir de sí mismo: Este cuerpo soy yo; soy un miembro de Cristo, y debo completar por el bien de la Iglesia, lo que les falta a los sufrimientos de Cristo.

No hay Redención sin sufrimiento. Todos los sacrificios del obrero evangélico se unen al sacrificio del Gólgota, y participan así de la eficacia infinita de la Sangre divina.

## 16 – LA VIDA INTERIOR POR EL BUEN EJEMPLO, CONVIERTE AL APOSTOL EN LUZ DEL MUNDO

En el sermón de la Montaña, Jesús llama a sus apóstoles a ser *sal de la tierra, luz del mundo* (Mat 5,3).

Somos sal de la tierra en la medida en que somos santos. Si la sal se vuelve insípida, ¿para qué sirve? *De una fuente impura ¿puede salir algo puro?* (Eccl 34,4). Sólo vale para ser arrojada y pisada. En cambio, el apóstol que vive en unión con Cristo, es verdadera sal de la tierra, eficaz agente que preserva el mundo de la corrupción. Es faro que brilla en la noche, *luz del mundo*, más por su ejemplo que por su palabra. Testimonia con su vida ante el mundo la felicidad que brota de vivir las Bienaventuranzas.

No hay nada mejor que la virtud del ejemplo para animar a los demás a llevar una vida verdaderamente cristiana. Y no hay nada peor que el mal ejemplo para alejar a las almas de Dios: *Por vosotros, el nombre de Dios es blasfemado en las naciones* (Rom 2,24). Quien tiene la misión de decir cosas grandes, está más obligado que nadie a vivir lo que predica. No se puede dar lo que no se posee. Debe haber conformidad entre las palabras y las obras para poder ser escuchado. Las horas que un



sacerdote pasa a los pies del Sagrario es lo que más convence a sus feligreses sobre la importancia de la oración. La mejor forma de predicar sobre la importancia del trabajo y la mortificación es llevar uno mismo una vida trabajosa y mortificada. *Apacentad el rebaño que Dios os ha encomendado... siendo modelos del rebaño* (1 Pedro 5,3).<sup>13</sup>



El profesor que no tiene vida interior creará haber cumplido su deber limitándose a explicar el programa de su asignatura. Pero si es un hombre espiritual, una frase escapada de sus labios, una emoción reflejada en su rostro, la forma de hacer la señal de la cruz o de rezar una

---

<sup>13</sup> En contacto continuo con la santidad de Dios, el sacerdote debe llegar a ser él mismo santo. Su mismo ministerio lo compromete a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico. Esto explica que de un modo especial deba vivir el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. En esta perspectiva se comprende también la especial conveniencia del celibato. De aquí surge la particular necesidad de la oración en su vida: la oración brota de la santidad de Dios y al mismo tiempo es la respuesta a esta santidad. He escrito en una ocasión: "La oración hace al sacerdote y el sacerdote se hace a través de la oración". Sí, el sacerdote debe ser ante todo hombre de oración, convencido de que el tiempo dedicado al encuentro íntimo con Dios es siempre el mejor empleado, porque además de ayudarlo a él, ayuda a su trabajo apostólico. Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! ¡El mundo actual reclama sacerdotes santos! Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así. ¡El sacerdote puede ser guía y maestro en la medida en que es un testigo auténtico! (Juan Pablo II, *Don y Misterio*).

oración al comienzo de la clase, aunque se trate de una clase de matemáticas, puede influir más en sus alumnos que el más elocuente discurso.

Una Hermana de la Caridad evangeliza con su sola su presencia, con tal que sea muy espiritual.

La propagación del Cristianismo se realizó no por medio de largas discusiones, sino por el ejemplo de las costumbres cristianas, tan opuestas al egoísmo, a la inmoralidad y corrupción del mundo pagano.

En su famosa novela "Fabiola", el Cardenal Wiseman pone de relieve el gran influjo que ejercían los primeros cristianos con su ejemplo en el alma de los paganos, incluso en los más indispuestos hacia la nueva religión. En dicha obra asistimos al avance progresivo e irresistible de un alma hacia la luz. La hija de Fabio se queda profundamente impresionada por los nobles sentimientos y las virtudes heroicas que observa en algunas personas, tanto ricas como pobres. Pero es mucho más grande el asombro que se apodera de ella cuando descubre que todas aquellas personas caritativas y virtuosas, pertenecen a la secta que siempre ha tenido por execrable. En aquel momento se hace cristiana.

¡Ah! Si todos los católicos viviesen como los primeros cristianos, con cuánta eficacia convertirían a los paganos modernos.

Con solo ver celebrar la santa Misa al P. Passerat el joven Desurmont se decidió a entrar en la Congregación del Santísimo Redentor.

El pueblo tiene a veces intuiciones infalibles. Predica un hombre de Dios; acude en masa a oírle. Pero si la conducta del apóstol no se ajusta a lo que se espera de él, no convierte los corazones, por muchas cualidades oratorias que tenga.

*Que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre (Mat 5,10), nos dice nuestro Señor. San Pablo insiste a Tito y Timoteo: *Mostraos en todo como un modelo de buenas obras (Tit, 2,7). Sed el ejemplo de los fieles en la palabra, en la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad (1 Tim 4,12). Practicad lo que me habéis visto obrar (Philipp 4,9). Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (1 Cor 11,1).* La verdad de su palabra, predicada con su ejemplo, puede decir como Jesucristo: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Juan 8,46).**



***Sed imitadores  
míos, como yo lo  
soy de Cristo***

De esta manera, siguiendo las huellas de Aquél de quien está escrito: *Jesús comenzó a obrar y a enseñar* (Hechos 1,1), el apóstol se transformará en un obrero que *no tiene de qué avergonzarse* (2 Tim 2,15).

«Por encima de todo —decía León XIII—, no os olvidéis que la condición indispensable para ejercer un fecundo apostolado es la pureza y la santidad de la vida» (Encícl. León XIII, 8-9-1899).

Un hombre santo, decía Santa Teresa, hace más bien a las almas que muchos otros más instruidos y mejor dotados.

Difícilmente se puede hacer bien a los demás si no se lleva una conducta cristiana y santa. «Todos cuantos son llamados a las obras católicas, han de ser hombres de vida ejemplar y sin tacha, para que sirvan de ejemplo a los demás» (Pío X, Encícl. a los obispos de Italia, 11-6-1905).

## **17 - LA VIDA INTERIOR DEL APÓSTOL IRRADIA SOBRENATURALMENTE EN LOS DEMÁS**

Uno de los más serios obstáculos para la conversión de las almas, es que Dios es un *Dios escondido* (Isaías 45,15).

Pero, por efecto de su bondad, Dios se descubre y refleja en alguna manera en sus Santos y en las almas fervorosas. *A través de ellos lo sobrenatural se hace visible a los ojos de las personas, para que puedan vislumbrar algo de los misterios de Dios.*

Lo sobrenatural se manifiesta por la santidad de vida, por la vida divina en el alma —lo que los teólogos llaman gracia santificante—, que es la presencia en ella de las divinas Personas.

El Espíritu Santo —dice S. Basilio—, ilumina, purifica con su gracia las almas y las espiritualiza, como el sol convierte en otro sol el cristal en

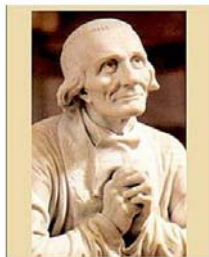
que se refleja, para que a su vez irradian la gracia y la caridad» (De Sp. Sancto).

*Esta manifestación de lo divino*, que revelaban todos los gestos y toda la conducta de Jesucristo como Dios y Hombre, se percibe también en las almas santas. Las conversiones prodigiosas y discípulos que suscitan tras de sí dan cuenta del secreto de su silencioso apostolado. Con S. Antonio se pueblan los desiertos de Oriente. S. Benito desencadena una innumerable pléyade de santos religiosos que civilizan Europa. S. Bernardo ejerce una influencia sin igual en la Iglesia, en los reyes y en los pueblos. S. Vicente Ferrer provoca a su paso un entusiasmo indescriptible de las muchedumbres junto con grandes conversiones. S. Ignacio de Loyola da lugar a un ejército de valientes, entre los que destaca S. Francisco Javier, que convierte un número increíble de paganos. Es el poder de Dios quien realiza tales prodigios por medio de sus instrumentos.

Sin embargo, en cuanto en la cabeza de las obras importantes no hay personas de vida interior, lo sobrenatural queda entonces eclipsado, reaparecen las malas costumbres, y parece como encadenada la omnipotencia divina.

Las almas perciben como por instinto, sin acertarlo a explicar claramente, esta *irradiación de lo sobrenatural*. Ved, si no, cómo se prosterna a los pies del sacerdote el pecador implorando perdón, porque percibe de alguna manera que representa a Dios.

*Juan no obró ningún milagro* (Juan 10,41), y sin embargo, Juan Bautista atraía las muchedumbres. Poco importaba que la débil voz de S. Juan Bautista Vianney, el cura de Ars, apenas llegase a las muchedumbres que se congregan para oírle, con sólo ver su figura para quedaban subyugados y convertidos. Un abogado, a quien preguntaron al volver del pueblo de Ars qué es lo que más le había impresionado contestó: *He visto a Dios en un hombre*.



San Juan Bautista Vianney

*He visto a  
Dios en un  
hombre*

El hombre de vida interior, que se mantiene siempre unido siempre a Jesús, actúa como un *acumulador de vida sobrenatural* que reparte su corriente de vida divina a todo el que se le acerca. Es en realidad otro Cristo: *Salía de él una virtud que curaba a todos* (Luc,19). Sus palabras y acciones no son sino efluvios de esta fuerza divina, desencadenando conversiones, acrecentando el fervor y acercando en definitiva las almas a Dios.

En proporción a la perfección con que un alma viva las virtudes teologales —la fe, la esperanza y la caridad— hará germinar esas mismas virtudes en las almas.

a) *En proporción a su vida interior el apóstol contagia la Fe.* Las personas rápidamente perciben cuando Dios mora en un alma. Como pasaba con S. Bernardo, de quien se decía que *que se alejaba de los otros para construirse para sí una soledad interior*, el apóstol se aísla de los demás y vive en su morada interior, donde habita el huésped divino, con quien conversa constantemente. Sostenido y guiado por Él, las palabras que salen de su boca son eco fiel de las que oye en su interior, pues *vive no según las pasiones humanas, sino según la voluntad de Dios* (1 Pedro 4,2). No es su razón ni la fuerza de los argumentos lo que trasciende, sino el Maestro, el Verbo, que habla a través de él. *Las palabras que yo os digo, no las digo de mí mismo; el Padre que mora en mí es quien hace estas obras* (Juan 14,10). Por medio de su intensa vida interior ejerce una influencia profunda y duradera sobre los demás. En cambio, el hombre que no está animado por la vida espiritual, todo lo más que consigue es una admiración superficial o una devoción pasajera, pero sus palabras son incapaces de producir auténticas conversiones a la fe.

Nunca se han publicado tantos estupendos tratados sobre la fe católica como en nuestros días, y sin embargo, no por eso el mundo se ha convertido. Y es que en el acto de fe no es sólo un acto de la inteligencia, sino también de la voluntad, pero sobre todo un don de Dios. Una persona puede aceptar racionalmente los motivos de credibilidad de la existencia de Dios, pero ello no significa que tenga fe. Para que una persona se convierta a la fe se necesita además que tenga buena voluntad y que obre la gracia de Dios. ¡Y esta gracia la irradian sobre todo las almas de los apóstoles donde Dios mora!

b) *Porque el apóstol tiene vida interior irradia Esperanza.* No puede ser de otra manera. Porque está convencido de que la felicidad sólo se encuentra en Dios. ¡Con qué persuasión habla del cielo! ¡Cuánto consuelo comunican sus palabras! Reconoce que la cruz es un medio de santificación. La fuerza para llevarla la encuentra en la Eucaristía y la esperanza del cielo que le espera. Con que convicción declara: *Nuestra*

*morada está en los cielos* (Filip 3,20). Puede, por tanto, suscitar esperanza incluso en las almas más desesperadas.



c) *El apóstol de vida interior difunde la Caridad.* — Todo el anhelo del alma es encontrarse con el Amor, llegar a una compenetración estrecha y permanente con Jesucristo. Ese era también el deseo de Jesús: *Permaneced en mí y yo en vosotros.*

El amor de Jesús es una palanca poderosísima para convertir pecadores, para hacer pasar a las almas de la tibieza al fervor, y del fervor a la santidad. El pecado de por sí no trae más que vacío, decepciones y amarguras. El alma que arde en el amor de Dios, no puede hacer otra cosa que encender los corazones en el mismo amor.

d) *El apóstol de vida interior difunde la Bondad.* — El celo por las almas está lleno de caridad. Cuando un alma saborea en la oración la suavidad de Aquél que es la misma *Bondad*, llega a transformarse, por muy egoísta y duro de corazón que sea. Porque se alimenta de Jesucristo, de aquél que es todo benignidad —*Se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres* (Tit 3,4)—, de Aquél que es la imagen y la expresión adecuada de la Bondad divina —*Imagen de su Bondad* (Sab 7,26)—, el apóstol no puede menos que participar de la bondad de Dios e irradiarla.

Cuanto más un alma está unida a Jesucristo, más participa de su Bondad, de su benevolencia, de sus sentimientos compasivos, de su generosidad, abnegación...

Transfigurado por el divino amor, el apóstol se granjeará la simpatía de las almas. Sus palabras y actos quedarán impregnados, como los de Jesús, de una bondad desinteresada.

Dios ha dispuesto que no haya otro medio de convertir las almas que el del amor. Es decir, no se puede convertir un alma si no se la ama primero. Cuando falta el amor, por muchos argumentos o maravillosas razones que se utilicen para convencerla, en general no se consigue otra

cosa más que una tenaz oposición a dejarse convencer, manifestada por múltiples objeciones. Pero ante una persona bondadosa cualquiera queda desarmado, no se experimenta humillación alguna por dejarse convencer, y fácilmente cede uno ante los encantos de su bondad.

Muchas humildes religiosas —Hermanitas de los Pobres, Hijas de la Caridad...— podrían citar multitud de conversiones desencadenadas por su bondad infatigable, muchas veces heroica. Ante tales ejemplos de abnegación heroica, el pecador no puede menos que verse forzado a pensar: *Esto sólo lo puede hacer el amor de Dios.*



Bondad es hacer partícipes de nuestros bienes a los demás. Ser bueno es ponerse en el lugar del otro. La bondad ha convertido más pecadores que la elocuencia, y ésta no puede convertir a nadie sin participación de la bondad. Nada mueve tanto a la conversión como un apóstol que irradia bondad.

«Has de tener un corazón de madre —aconseja S. Vicente Ferrer a todo apóstol—. Muestra siempre entrañas de tierna caridad. Si quieres ser útil a las almas, comienza por pedirle a Dios que te inflame en la caridad, que es el compendio de todas las virtudes» (Tratado de la vida espiritual).

Entre la bondad natural y la sobrenatural hay la misma distancia que entre lo humano y lo divino. Con la primera, el apóstol puede conquistar respeto y aun simpatía, y hasta enderezar un afecto para dirigirlo a Dios. Pero jamás logrará la gracia de la conversión. Esto sólo lo puede hacer la bondad sobrenatural, que nace de una vida de intimidad con Jesús.

En el amor ardiente a Jesús está la clave para poder dirigir a las almas con audacia y prudencia hacia Cristo, aun de las extraviadas. Así lo hacía el párroco José Sarto, quien después llegó a ser el Papa Pío X. Visitaba cada año a todas las familias de su jurisdicción, incluyendo a los judíos, protestantes, masones, etc. Haciéndolo así sólo trataba de obedecer a Jesús, que manda en el Evangelio al pastor lleve al redil a todas las ovejas. Sin renunciar a sus principios, se limitaba a manifestar su caridad a todas las almas que Dios le había confiado. De esta manera

tuvo la alegría de convertir a algunos no católicos, y por lo menos se ganó la confianza de todos.

La caridad se debe extender a todos los hombres, incluso a los más encarnizados enemigos de la Iglesia.

e) *El apóstol de vida interior irradia humildad.*— Jesús conquistó las muchedumbres mediante su dulzura y bondad, pero también con su humildad.

*Sin mí nada podéis hacer* (Juan 15,5). El apóstol sólo podrá cumplir su tarea si deja que sobre todo aparezca Jesús. Cuanto más desaparezca, tanto más se manifestará Jesús. Sin este pasar desapercibido, que es fruto de la vida interior, todo será inútil, pues nada fructificará. La humildad tiene este encanto: cuanto más el apóstol trata de eclipsarse, para que solamente sea Jesús el que obre —*Conviene que El crezca y que yo me humille* (Juan 3,30)—, más almas conquista para Él.

*Creedme* —decía S. Vicente de Paúl a sus sacerdotes—, *no haremos nada mientras no estemos convencidos de nuestra inutilidad.* La arrogancia y los aires de suficiencia esterilizan las obras.



***Creedme, no haremos  
nada mientras no  
estemos convencidos de  
nuestra inutilidad.  
San Vicente de Paúl***

El hombre moderno es muy celoso de su independencia. Orgulloso por naturaleza, no quiere dejarse dominar por nadie. Sólo podrá ser vencido por el amor y la humildad. Conviene, por tanto, que el apóstol sepa ocultarse y desaparecer por la práctica de la humildad, fruto de la vida interior, para llegar a no ser ante los demás, más que una *transparencia de Dios*, que es Amor. *El mayor de entre vosotros que sea vuestro servidor* (Mat 23,8.11).

Sólo con su sola presencia, un hombre espiritual ya está enseñando acerca de la *ciencia de la vida*, es decir, de la *ciencia de la oración* (San Agustín). ¿Cómo? Porque es humilde recurre a Dios en toda ocasión, ya para tomar una decisión, ya para superar una dificultad.



«El Salvador llama pequeño al rebaño de los escogidos, porque lo compara con la muchedumbre de los réprobos, o mejor dicho, por su apasionado celo por la humildad, porque por muy numerosa y extensa que sea la Iglesia, quiere no obstante, que vaya creciendo siempre hasta el fin de los siglos en humildad, para así llegar al reino prometido a la humildad» (San Beda).

*Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.* (Mat. 20, 25-27)

La humildad no quita autoridad. Se puede tener la autoridad necesaria, si uno es lo humilde que debe ser. Pero si desaparece la humildad, la autoridad se torna odiosa e insoportable.

Si el apóstol no es humilde, caerá en uno de los dos extremos: o en una mansedumbre exagerada, o en una arrogancia que se aproxima al despotismo. No podrá conservar el justo medio entre los dos extremos.

O bien, cederá por falsa humildad, será un pusilánime y débil de carácter, que busca la conciliación a cualquier precio, que fácilmente claudica en sus principios esenciales bajo mil pretextos o por razones de prudencia.

O bien, se dejará llevar del orgullo, cayendo en el autoritarismo, en la envidia, en los rencores, rivalidades y antipatías, tratando de ocupar los primeros puestos, etc., etc.

Y así, la gloria de Dios, que debiera de ser el fin, se convierte en *medio o pretexto* para dar satisfacción a las pasiones. Ante los menores ataques reaccionara coléricamente, tratando de defender sus privilegios, más que la causa de Dios.

Ni la ortodoxia de la doctrina ni un buen equilibrio psíquico bastarán para preservar al apóstol de estos peligros, porque si carece de vida interior, y por tanto de humildad, será dominado por sus pasiones. Solamente la humildad podrá mantenerlo en la pureza de intención y recto juicio, para que no se deje llevar de sus impresiones y afectos. La vida de unión con Dios le hace partícipe de la inmutabilidad divina, así como la frágil yedra que trepa por el roble adquiere la robustez de éste.

Persuadámonos de que sin humildad, iremos dando un traspiés tras otro, yendo de un lado para otro según las circunstancias y las pasiones que nos atenacen, dando prueba de lo que afirma Santo Tomás, que el hombre es un ser voluble, constante sólo en su inconstancia.

Un apóstol así no puede engendrar más que desconfianza, e incluso a veces animadversión contra una autoridad que no refleja la de Dios.

f) *El apóstol irradia firmeza y dulzura.*— Los santos suelen ser modelos de firmeza inquebrantable en la defensa de la fe y al mismo tiempo de dulzura de corazón para contra los enemigos de la Iglesia. Es decir, muestran una santa indignación contra el error y las herejías, y al mismo tiempo un amor maternal hacia las personas que los propagan.

Así ocurrió con S. Bernardo, quien llevado de su gran amor a las almas, después de combatir de forma implacable los errores de Abelardo, se convirtió en amigo de aquel que había reducido al silencio. Apenas se entera de que se intenta exterminar a los judíos en Alemania, abandona su monasterio y vuela en su socorro predicando la cruzada de la paz. Tal es así que el gran Rabino de Alemania expresa su admiración por el Monje de Claraval, «sin el cual —dice—, ninguno de nosotros hubiera quedado vivo». Y apela a las futuras generaciones israelitas a que no se olviden de la deuda de gratitud que han contraído con el Santo Abad. «Nosotros —decía S. Bernardo—, los soldados de la paz. La persuasión, el ejemplo y la abnegación son las armas de los hijos del Evangelio». Es imposible adquirir este espíritu sin vida interior.

En Chablais, antes de la llegada de S. Francisco de Sales, fracasan todas las tentativas de conversión a la fe católica. Los líderes protestantes se disponen a emprender una lucha encarnizada e intentan nada menos que matar al obispo de Ginebra. Éste se presenta ante ellos lleno de dulzura y humildad, desprovisto de toda ambición personal, que no refleja sino el amor de Dios y del prójimo. La Historia nos enseña los efectos inverosímiles que tuvo semejante apostolado. Pero también S. Francisco de Sales, a pesar de ser tan dulce, supo a veces mostrar una firmeza inexorable, y no dudó en recurrir a la fuerza de las leyes humanas. Así, aconsejó al Duque de Saboya que tomase severas medidas contra la perfidia de los herejes.

Los santos no hacen otra cosa que imitar a Jesucristo, lleno de bondad para con los pobres, los enfermos y los pecadores arrepentidos, pero que no duda de empuñar el látigo para arrojar a los traficantes del templo, ni de emplear palabras ásperas contra el depravación de Herodes y la dureza de corazón e hipocresía de los fariseos.

Sólo en casos excepcionales, tras haber agotado todos los medios pacíficos, se puede recurrir a otros medios que pudieran parecer violentos, y aun entonces empleándolos con repugnancia, solamente por caridad y con el único fin de impedir el contagio.

Fuera de estos casos, es la mansedumbre la que debe regir la conducta del obrero evangélico. Decía S. Francisco de Sales que se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre.



**Se cazan más moscas  
con una gota de miel  
que con un barril de  
vinagre**

Jesucristo reprendió a los apóstoles, porque sintiéndose ofendidos y llevados de un celo indiscreto pidieron al Señor que arrojara fuego del cielo contra los habitantes de Sanaría, que no habían querido recibirlos. El Salvador les amonestó diciendo: *No sabéis de qué espíritu sois* (Luc 9,55).

Sólo la vida interior es capaz de poner el corazón y la voluntad, en conformidad con el corazón de Jesús, al servicio de la Iglesia. En cambio, cuando falta la vida interior, rebrotan las pasiones desordenadas y se cometen las mayores imprudencias y descalabros.

*g) El apóstol de vida interior irradia espíritu de mortificación. —*

El espíritu de mortificación es otro de los principios que hacen fecundo el apostolado. Todo se resume en la Cruz. *Un alma no conoce profundamente el Evangelio mientras no logre penetrar en el misterio de la Cruz. Pero ¿quién es capaz de abrazar este misterio que es tan repugnante a la pobre naturaleza humana? Solamente aquel que puede decir con San Pablo: Estoy crucificado con Cristo* (Gál 2,19). Sólo aquellos que participen de la mortificación de Jesucristo: *Trayendo siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también a nuestra carne mortal* (1 Cor 4,10).

Mortificarse es vivir como Cristo, que *no trató de complacerse a sí mismo* (Rom 15,3), es renunciar a sí mismo por el bien de los otros, es ofrecerse como víctima por amor al prójimo. Pero esto no se puede conseguir si no hay vida interior.



**Mortificarse es  
vivir como Cristo,  
que *no trató de  
complacerse a sí  
mismo***

Mientras el pobrecillo de Asís, con solo pasearse por las calles ya predicaba admirablemente con su figura, el apóstol que no lleva una vida mortificada, en vano tratará de arrastrar a los demás a Cristo, por muy sublime y conmovedor lenguaje que utilice. El mundo actual está tan fascinado por el bienestar y el placer, que para poder evangelizarlo de poco sirven las palabras, por muy hermosas que sean. Se precisa la *Pasión encarnada*, por decirlo así, en el apóstol que vive con alegría una vida de entrega a los demás, pobre y mortificada. *Enemigos de la cruz de Cristo*, llamaría hoy de nuevo San Pablo a tantos cristianos que no ven en la religión sino un conjunto de prácticas exteriores recibidas por tradición, que no instan a un profundo cambio de vida conforme al espíritu del Evangelio. *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (Mat 15,8).

Enemigos de la cruz de Cristo son esos cristianos blandengues, llenos de comodidades, esclavos de la moda y del placer, que no toman en cuenta la advertencia de Jesucristo: *Si no hacéis penitencia, todos pereceréis del mismo modo* (Luc 13,3-5). La cruz es para ellos *escándalo* (Cf. I Cor 1,2-3).

La participación en la Santa misa, la recepción de la Comunión, deben ir acompañadas de un esfuerzo sincero por vivir la vida cristiana a lo largo de todo el día. Esto sólo se consigue por la oración y por la renuncia a sí mismo: *El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo...* (Mateo 16,24). Nadie da lo que no tiene. ¿Cómo podrá convertir las almas el que no es capaz de seguir de cerca a Cristo cargado con la cruz?

Sólo un apóstol desinteresado, humilde y casto es capaz de enarbolar la bandera contra la codicia, la ambición y la impureza. Solamente quien conozca la ciencia del Crucificado será lo bastante fuerte oponerse a una civilización esclava del placer y del egoísmo, que destruye las familias y las naciones.

El apostolado de San Pablo consiste en mostrar a Cristo crucificado. Y porque vive de Jesús, y de Jesús crucificado, está en condiciones de hacer que las almas gusten el misterio de la cruz y que abracen una vida semejante a la de Cristo. Imposible comprender este misterio si no se tiene una vida interior profunda. Imposible, por tanto, llegar al misterio central del Cristianismo.

Después del pecado, la penitencia, la reparación y el combate espiritual han venido a ser elementos indispensables de la vida. La Cruz de Jesucristo nos lo está recordando a cada instante. Jesucristo no se contenta con que le admiremos, quiere que le imitemos.



Las almas seguirán hundidas en el egoísmo, en la superficialidad, olvidadas de los bienes eternos, si no hay un apóstol que se sacrifique por ellas, en unión con Cristo Crucificado.

Un mundo tan desquiciado y alejado de Dios, ¿cómo podrá salvarse? Jesús mismo nos da la respuesta: *Este género de demonios no se arroja sino con la oración y el ayuno* (Mat 17,20). Cuando surja toda una milicia de hombres mortificados, que enarboleden en su vida la bandera de la cruz, sólo entonces retrocederá el ejército de Satanás. La Redención sólo se opera por el derramamiento de la sangre de Jesucristo y de todos los que le siguen. Entonces cesarán las quejas de Jesús por no encontrar almas reparadoras: *He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no lo he hallado* (Ezeq 22,30).

## 18 - LA VIDA INTERIOR COMUNICA AL OBRERO EVANGÉLICO LA VERDADERA ELOCUENCIA

Nos referimos a esa elocuencia que atrae las gracias necesarias para convertir a las almas y llevarlas a la santidad. Algo de esto ya hemos hablado.

De todos los evangelistas, San Juan tiene algo especial, una elocuencia que nos cautiva. ¿Cuál es su secreto? Él fue el único que estuvo recostado sobre el pecho de Jesús en la Última Cena. Porque nadie como él ha percibido los latidos de amor del Corazón de Nuestro Salvador, y la inmensidad de su amor para con los hombres, su evangelio nos impulsa a amar a Jesucristo de una forma especial.



Lo mismo puede decirse de los hombres de vida interior. Reciben del cielo, por medio de la oración, las aguas vivificantes de la gracia que fertiliza la tierra. Porque están unidos con Cristo, perciben los latidos de su Corazón, la Vida íntima de Dios, y la difunden con abundancia en las almas. Y así, al hablar de Dios, lo hacen con una elocuencia que no es de este mundo. Sus palabras no sólo iluminan, sino que hacen arder en el amor a Dios.

¿Dónde encuentra el apóstol la gracia para mover los corazones en el amor de Dios? En la oración y en la Eucaristía. De otra forma no sería más que un bronce que retumba, que hace mucho ruido, pero que no convierte.

La simple sabiduría humana, no convierte. Para que un apóstol pueda arrastrar las almas hacia la santidad, ha de haber antes saboreado el Evangelio por medio de la oración, haciéndolo sustancia de la propia vida.

Recordemos que el Espíritu Santo, principio de toda fecundidad espiritual, es el que obra las conversiones y da la fuerza para salir del

pecado y practicar la virtud. El apóstol sólo hace de canal para que Dios pueda infundir su vida en las almas. Pero para que el canal pueda dejar vía libre a Dios, ha de dejarse transformar antes por el Espíritu Santo. Es lo que aconteció en Pentecostés, tras diez días de retiro.

Mediante la vida interior nos convertimos en portadores de Cristo. Plantamos y regamos en las almas, pero es el Espíritu Santo el que obra la conversión. Él es la semilla que cae, la lluvia que fecundiza, y el sol que hace crecer y madurar.

*Que vuestra luz brille ante los hombres* (Mateo 5,16). No podemos ser luz si no hemos ardido antes en el fuego del Espíritu Santo.

El apóstol encuentra la elocuencia evangélica en la vida de unión con Jesús, en la oración y en la guarda del corazón, pero también en la Sagrada Escritura, que estudia y saborea con pasión. Toda palabra de Dios, toda palabra que sale de los labios de Jesús, es para él un precioso tesoro. Antes de hablar, siempre comienza por orar y saborear los libros inspirados, como si el Espíritu Santo se los dictase personalmente. Sólo así puede entusiasmar y hablar de Jesucristo, como de Alguien que él conoce de primera mano.

Sólo el apóstol de vida interior tiene el secreto de mostrar el Evangelio en toda su verdad, que siempre es actual y siempre nueva, y siempre operante, por ser divina. Sólo él sabe suscitar una respuesta de amor a la gracia divina.

Mas no puede existir una vida interior plena sin una tierna devoción a María Inmaculada, canal por excelencia de todas las gracias, Madre de Dios y de todos los hombres. El apóstol recurre a María, su madre, en toda ocasión, y de esta manera gana muchas almas para le Reina del cielo y el Corazón de Jesús.



## 19 - PORQUE LA VIDA INTERIOR ENGENDRA VIDA

## INTERIOR, SUS EFECTOS EN LAS ALMAS SON PROFUNDOS Y DURADEROS

Para que una obra se arraigue profundamente, sea estable y se perpetúe, es necesario que el que la dirige engendre almas de vida interior. Ahora bien: esto no lo podrá realizar el apóstol, si él mismo no se halla sólidamente fundado en esa misma vida interior.

En el capítulo III de la parte 2ª, reprodujimos las palabras del canónigo Timon-David sobre la necesidad de formar en cada una de las obras de apostolado un grupo de cristianos fervorosos, para que ellos, a su vez, ejerzan un verdadero apostolado con sus compañeros. Tales colaboradores son eficaces fermentos que multiplican de forma asombrosa la acción del apóstol.

Sólo el apóstol de profunda vida interior puede engendrar *otros focos de vida fecunda*.

Las obras humanas aseguran su éxito promoviendo el espíritu de compañerismo y la emulación entre sus miembros, por medio de la ambición, la vanagloria, los triunfos humanos, logros personales o materiales... Pero todos estos medios fracasan cuando se trata de engendrar apóstoles según el corazón de Jesucristo, quienes tienen que ser partícipes de su dulzura y de su humildad, de su bondad desinteresada y de su celo por buscar sólo la gloria de su Padre. En este caso, para conseguirlo, no hay más que un medio: la vida interior, es decir, una vida espiritual unión con Jesucristo.

Una obra apostólica no podrá durar mientras no genere hombres de vida interior. Se puede afirmar, casi con seguridad, que no sobrevivirá a su fundador.

El P. Allemand fundó en Marsella, la Obra de Juventudes para Estudiantes y Empleados. Un siglo después de su fallecimiento, la obra prosperaba admirablemente. Aquel sacerdote, sin embargo, tenía las peores condiciones naturales para garantizar el éxito de su obra; era miope, tímido, carecía de dotes oratorias y parecía incapaz de desarrollar la actividad intensa que su empresa reclamaba. Su semblante, algo grotesco, hubiera provocado la risa, si no hubiese sido por la bondad que reflejaba su mirada, merced a la cual ejercía sobre la juventud un gran respeto y cariño a la vez. Aquel sacerdote no quiso edificar su obra sino sobre la vida interior, y tuvo la suficiente fuerza como para formar un grupo de jóvenes a los cuales no titubea en exigir una vida cristiana integral, de ferviente oración y arduo apostolado, tal como la vivían los primeros cristianos.



Y esos jóvenes apóstoles, que han ido sucediéndose en Marsella, continúan siendo el alma de aquella obra, que ha dado a la Iglesia muchos obispos y sigue dándole sacerdotes, misioneros, religiosos y miles de padres de familia, que son en la ciudad los puntales más importantes de las obras parroquiales, y forman una pléyade de hombres ejemplares y apóstoles en el mundo del comercio y de la industria.

Fijémonos que estamos hablando de varones, jóvenes y adultos, lo cual resulta siempre mucho más difícil que son el sexo femenino, mucho más sensible a lo espiritual.

El apostolado con los varones dará muchos frutos siempre que esté basado en el cultivo de una profunda vida interior.

En una institución militar de una gran ciudad de Normandía los soldados acudían a la Adoración ante el Santísimo para reparar las blasfemias y vicios del cuartel, en mayor número que a los conciertos de música o a las representaciones teatrales. ¿A qué se debía? Al gran amor que tenía el Capellán por la Eucaristía y a los apóstoles que había sabido formar.

¿Qué pensar, después de ver este ejemplo, de la utilización del cine, del deporte, de los espectáculos, etc., como medio de apostolado? A falta de otros, el empleo de estos medios tal vez produzca algún resultado, pero fugaz y efímero casi siempre. No les dediquemos, por tanto, demasiado tiempo.

Es el consejo que me dio el venerable sacerdote Timon-David, al final de la visita que le hice, cuando yo no llevaba más de dos años de sacerdote: «Si no podéis prescindir de esos medios, empleadlos a falta de otros. Yo no los necesito para reclutar a mis jóvenes y hacerles perseverar.» Pocos minutos después desfilaba delante de nosotros un grupo de unos cincuenta muchachos de doce a diecisiete años. ¡Qué bullicio armaban! ¿Quién hubiera podido reprimir una carcajada a la vista de aquel batallón que el viejo sacerdote contemplaba con satisfacción? «Mirad —me dijo—, el que va delante agitando el bastón como director de la orquesta, es un sargento y es uno de mis más eficaces colaboradores. Comulga casi todos los días y jamás deja la media hora de oración diaria. Es un animador de jóvenes extraordinario. Tiene mil recursos para entusiasmar a los jóvenes, pero sobre todo es un verdadero apóstol.»

Ciertamente no podía uno menos que reírse ante aquel espectáculo. Cada uno de los jóvenes imitaba un instrumento. Unos ponían las manos a modo de bocina delante de la boca; otros soplaban sobre un papel haciéndolo vibrar, otros habían hecho unas flautas con cañas. En primera línea venía uno con vieja lata de petróleo, que utilizaba como un tambor.

Tenían tal cara de satisfacción todos ellos que se veía que estaban encantados con su orquesta.

«Vamos detrás de ellos», me dijo el canónigo. Al final de la avenida se levantaba una estatua de la Virgen. «Compañeros, dice el sargento. Todo el mundo de rodillas. Vamos a rezar a nuestra Madre el Santo Rosario». Inmediatamente todos guardan silencio y empiezan a rezar con gran fervor. Al acabar los músicos se ponen en pie y comienza de nuevo la algarabía. Poco después se pusieron a jugar. Un detalle me llamó la atención: el sargento, después del Rosario, dijo algo al oído de tres jóvenes, y estos se dirigieron alegres a la capilla para pasar un cuarto de hora a los pies de Jesús Eucaristía.

El P. Timon-David me dijo también: «Ambicionamos a que nuestros jóvenes amen de veras a Dios, para que cuando formen una familia sigan perseverando como apóstoles entre sus compañeros. Si nos limitásemos a que fuesen solo buenos cristianos, ¡qué ideal tan pobre sería el nuestro! Aspiramos a formar legiones de apóstoles, para que la familia, que es la célula fundamental de la sociedad, se convierta a su vez en centro de apostolado. Pero sólo una vida de sacrificio y de intimidad con Jesús podrá darnos la fuerza para llevarlo a cabo. Sólo así influiremos sobre la sociedad tal como Jesucristo quiere: *He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?*

El joven David avanzó frente a poderoso guerrero Goliat, al que todos temían en Israel. Tan sólo le bastaron una onda, un cayado y cinco piedras –los pobres medios personales de que disponía— y una audaz confianza en Dios: *Yo vengo a ti en nombre del Señor de los ejércitos* (1 Reg 27,45).



Es el secreto del apostolado, hacerlo todo en el nombre del Señor. Hoy existen muchos centros de juventud financiados por el Estado. Cuentan con magníficos locales y con enormes sumas de dinero para su sostenimiento. Sin embargo, los centros juveniles de la Iglesia, a pesar de sus enormes carencias materiales, cuentan con algo mucho más valioso:

una profunda vida espiritual y un ideal capaz de entusiasmar a los jóvenes más valiosos.

Puede haber apóstoles, que aparentemente conquistan almas para Jesucristo, pero que en realidad no hacen más que suscitar simpatías hacia su persona, debido a sus magníficas cualidades naturales. Porque sólo se apoyan en ellas, no son más que un obstáculo para que la gracia divina se derrame en las almas. En cambio, las personas de profunda vida interior, aunque no posean grandes talentos, tan sólo por su forma de orar y por su recogimiento, ya están suscitando sin darse cuenta en los demás deseos de conversión y de amor de Dios. Porque realmente es Jesús quien obra por medio de ellas. Su modestia, su manera de santiguarse, hasta su tono de voz, no hacen más que reflejar a Nuestro Señor. Sólo con su forma de ser ya están haciendo apostolado.

## 20 - IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE LAS ALMAS ESCOGIDAS Y DE LA DIRECCION ESPIRITUAL

El fin principal de toda obra apostólica ha de ser siempre formar un núcleo de sujetos escogidos, capaces por su ejemplo y fervor de arrastrar a todos los demás a vivir una vida auténticamente cristiana.

Por este medio es como se extendió con tanta rapidez el cristianismo por el Imperio Romano, a pesar del poderío de sus enemigos, del ambiente de corrupción generalizaba de la sociedad y de las persecuciones de toda clase que tuvieron que sufrir.

La Iglesia no tuvo necesidad entonces de inventar diversiones para alejar de los torpes e inmundos espectáculos paganos las almas que trataba de ganar para Jesucristo. El «Pan y Circo» de los romanos decadentes podría traducirse hoy día por «Discoteca y fiesta». S. Ambrosio y S. Agustín, por ejemplo, prodigiosos conquistadores de almas, no tuvieron que organizar para sus fieles ninguna diversión capaz de hacerles olvidar los placeres que les ofrecía el paganismo.

Lo que sí hizo la Iglesia primitiva es formar auténticos seguidores de Cristo, cuyas virtudes llenaban de asombro a los paganos y de admiración a toda alma noble y sincera, por muchos prejuicios que pudiesen tener contra la nueva religión.

Ante un hecho tan sorprendente, nos podríamos preguntar si hoy no estaremos atribuyendo una confianza excesiva en los medios humanos, colocándolos por encima de los sobrenaturales. El ejemplo será siempre nuestra mayor arma apostólica. *Solo el ejemplo arrastra.* Las conferencias, los buenos libros, la prensa católica y aun las mismas homilías, deben gravitar alrededor de este programa: «Acercar las almas

a Dios mediante el ejemplo de cristianos de profunda vida interior que aspiren a la santidad».

Esta debe ser la principal misión del apóstol, formar excelentes cristianos de vida ejemplar. Si no hacemos esto, que no nos extrañe después que en muchas naciones una gran parte de la población permanezca sumergida en la indiferencia religiosa.



¿Qué religión es ésta que sabe engendrar tan nobles virtudes? Así se decían los paganos asombrados.

No basta con que *huyamos del mal*. Para causar admiración y deseos de ser imitados, debemos crecer en santidad. Hay que *hacer el bien*, pues sólo *el ejemplo* arrastra. Hay que hacer resplandecer las virtudes evangélicas, tal como Jesucristo las expuso en el sermón de la montaña.

Si en toda la Iglesia se viviese el «amaos los unos a los otros», ella vendría a ser la gran fuerza que uniría a los pueblos como hermanos. Lo mismo podríamos decir de las demás virtudes.

Un día Pío X conversaba con varios cardenales.

—¿Cuál es la cosa más necesaria hoy día para la salvación de la sociedad?, preguntó el Papa.

—Fundar escuelas católicas, respondió uno de ellos.

—No. Aumentar el número de las iglesias, dijo otro.

—Suscitar más vocaciones al sacerdocio, respondió un tercero.

—Tampoco es eso, —replicó Pío X, y añadió—: Lo más necesario es que en cada parroquia haya un grupo de seglares ejemplares, bien formados y valientes, que ardan en verdadero celo apostólico.

Es decir, seglares que hagan apostolado por la palabra y por la acción, pero *sobre todo por el ejemplo*.

Para poder reconquistar los pueblos para Cristo, es imprescindible formar estos apóstoles ejemplares, pero esto supone no rebajar la exigencia. Constituiría un gran error, por tanto, tratar de llamar o conservar para el apostolado, a personas que no están decididas sinceramente a aspirar a la santidad, mediante la reforma de vida; serían un lastre que no haría más que retrasar la conquista.

No tengamos miedo a dedicarnos en nuestra obra apostólica preferentemente a este grupo de almas selectas, como si fuésemos a olvidarnos de las demás. Esto no ocurrirá si seguimos los siguientes pasos:

1º Descubrir, entre los jóvenes cristianos que forman parte del centro, esa minoría que desea realmente por vivir una vida espiritual profunda.

2º Enardecer esas almas en el amor apasionado a Nuestro Señor, inspirándoles el verdadero ideal de las virtudes evangélicas, y dedicarse a su formación con especial cuidado, hasta que lleguen a tener tal grado de vida interior que el mundo no les pueda hacer daño.

3º Comunicar a esos jóvenes un ardiente celo por la salvación de las almas, especialmente de sus compañeros.

Para suscitar grandes deseos de santidad no hay mejor forma que amar a Cristo imitando sus virtudes.



**Suscitar en los jóvenes grandes deseos de santidad**

San Josemaría Escrivá

Es imprescindible la dirección espiritual hablando personalmente con cada joven, por lo menos una vez al mes. Tenemos que estar convencidos de que, después de la oración y del sacrificio, no hay medio más eficaz llevar las almas a la santidad que la dirección espiritual.

Nadie es capaz de dirigirse a sí mismo. Todos los hombres tienen debilidades que vencer, movimientos que ordenar, deberes que cumplir, peligros que huir, ocasiones pecaminosas que evitar, dificultades que superar y dudas que resolver. Y para todo esto es menester una ayuda.

Un sacerdote faltará, y a veces gravemente, a su deber de médico de las almas, si llega a privarlas de esta gran ayuda suplementaria de la

confesión, de este indispensable y poderoso estímulo que lleva hacia la práctica de la vida interior, y que es conocido con el nombre de dirección espiritual.

¡Qué pena da encontrarse con confesores, que faltos casi siempre de tiempo, se limitan a dar antes de la absolución, una exhortación piadosa y vaga, muchas veces la misma a todos los penitentes, en lugar de ofrecerles unas indicaciones precisas adaptadas a las disposiciones de cada enfermo! ¡Cuántas vocaciones sacerdotales y religiosas habrán quedado frustradas por la falta de esa dirección!

Feliz, en cambio, el alma que se encuentra con un verdadero director espiritual.

A veces y durante muchas generaciones, en una parroquia, en una misión, se continuará el impulso dado por un sacerdote que fue algo más que un mediano administrador de la absolución. Pensemos en el pueblo de Ars, por ejemplo, verdadero foco de vida sobrenatural, que tuvo la suerte de contar con un director celoso, prudente y experimentado.

En Japón, cerca de Nagasaki, numerosas familias permanecieron cristianas durante generaciones, a lo largo de cuatro siglos, privadas de sacerdotes, cercadas de paganos, en un ambiente de persecución contra el Cristianismo. Durante siglos estos fervorosos cristianos recibían de sus padres no sólo la fe sino también el fervor, el ejemplo de una vida de oración. ¿Cómo pudo suceder esto? Porque San Francisco Javier y los misioneros jesuitas del Japón, no sólo fueron esforzados evangelizadores sino excelente directores de almas.

Si en ciertos seminarios se ha descuidado la dirección espiritual, no nos extrañemos que después muchos de los sacerdotes ejerzan mediocremente su ministerio, por no haber sido orientados a su debido tiempo en el camino de la santidad.

En cambio, muchas comunidades religiosas experimentan una gran renovación espiritual, pasando de de la tibieza al fervor, cuando se someten a la dirección de un padre espiritual experimentado.

Los consagrados están obligados especialmente a tender a la perfección, de ahí que deban ser ayudados y estimulados especialmente a progresar continuamente en la vida espiritual.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Ser de Cristo significa mantener siempre ardiente en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente por la riqueza de la fe, no sólo cuando lleva consigo la alegría interior, sino también cuando va unida a las dificultades, a la aridez, al sufrimiento. El alimento de la vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma

Muchos sacerdotes serían mucho más ejemplares si escogiesen un director espiritual que les orientase en su vida espiritual.

Pensemos en los santos: Santa Teresa de Jesús, Santa Teresita del Niño Jesús, S. Ignacio, S. Juan de Dios... ¡Qué gran importancia daban a la dirección espiritual!

La Iglesia contaría con mayor número de santos si las almas generosas recibiesen una mejor dirección espiritual.

La salvación de ciertas almas, se puede decir, está ligada a la santidad. O todo o nada. O aman intensamente a Jesús o se dejan arrastrar por las seducciones del mundo. Para ellos la dirección espiritual es de una importancia vital. ¡Qué responsabilidad para un sacerdote!

Pueden darse sacerdotes que sean buenos administradores de los sacramentos, excelentes predicadores, llenos de solicitud por los pobres y por los enfermos, pero que han descuidado este poderoso medio que el mismo Salvador utilizó para el bien de las almas: la dirección espiritual. El pequeño número de discípulos que Jesús escogió, que El mismo formó y a quienes luego envió el Espíritu Santo, bastó para dar principio a la transformación del mundo. Y es que la transformación de la sociedad depende mucho de la presencia de un grupito escogido de almas que aspiren con todas sus fuerzas a la santidad. Una dirección espiritual bien llevada puede ser mucho más eficaz para la vida espiritual que muchos cursos de teología.

El que quiera progresar seriamente en el camino de la santidad ha de ser fiel a la dirección espiritual.



---

consagrada con el Esposo divino. Un alimento más rico todavía es la cotidiana participación en el misterio inefable de la divina Eucaristía, en la que se hace presente constantemente Cristo resucitado en la realidad de su carne. (Benedicto XVI, Discurso a los superiores y superiores generales de los institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica).

No son pocos los errores que se cometen en la dirección espiritual.

Hay directores espirituales que apenas cumplen su papel. En vez de dirigir o encaminar con constancia y claridad a un alma parecen desorientados, como si no tuviesen brújula. Sostienen el timón con mano débil. Haciéndolo así no hacen más que fomentar el sentimentalismo, el amor propio y la pasividad.

El director espiritual debe estar muy atento para que no se aduldere ni falsee el carácter de la dirección. Todo debe converger hacia su fin: conducir el alma hacia la santidad. La dirección, por tanto, consiste en un conjunto metódico e ininterrumpido de consejos que una persona dotada de gracia de estado, ciencia y experiencia (sobre todo el sacerdote) da a un alma recta y generosa para hacerla avanzar en la santidad de vida.

Es, ante todo, un *adiestramiento de la voluntad*, de esta facultad maestra a quien santo Tomás llama fuerza unitiva (*vis unitiva*), donde reside, en último término, la unión con nuestro Señor y la imitación de sus virtudes.

Un director que sea digno de este nombre, se informa bien, no solamente de las causas íntimas de los defectos, sino también de las diversas inclinaciones del alma. Analiza sus dificultades y repugnancias en el combate espiritual, descubre y anima a vivir el ideal de la santidad; ensaya, escoge y determina bien los medios de avivarlo; señala los escollos y las ilusiones, sacude la negligencia, exhorta, reprende y aun consuela si es menester, pero solamente para excitar la voluntad y robustecerla contra el desaliento o la desesperación.

Los reducidos límites de este pequeño volumen no nos permiten entrar más en detalle de cómo se hace esta dirección. Haremos un resumen de lo que se ha escrito sobre la materia<sup>15</sup>.

Cada alma viene a ser como un mundo separado. Verdad es que tiene sus matices propios; sin embargo, se puede clasificar la diversidad de los cristianos en varios grupos. Creemos conveniente hacer esta clasificación, tomando para ello como piedra de toque, por una parte el pecado o la imperfección, y por otra la oración.

## I. — ENDURECIMIENTO

*Pecado mortal.* — Estancado en este pecado, por ignorancia afectada, o conciencia maliciosamente falseada. — Agobio o ausencia de remordimientos.

---

<sup>15</sup> Pueden consultarse con provecho sobre esta materia, Casiano, San Gregorio el Grande, San Bernardo, San Buenaventura, San Vicente Ferrer, santa Teresa, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl y San Alfonso entre otros..



*Oración.* — Ha suprimido voluntariamente toda comunicación con Dios.

## II. — BARNIZ CRISTIANO

*Pecado mortal.* — Considerando como un mal ligero y del que incluso se jacta ante los demás, el alma se deja arrastrar hacia él con suma facilidad, en cualquier ocasión y tentación que se presente. — Al confesarse apenas manifiesta dolor alguno.

*Oración.* — Maquinal, sin poner atención o motivada siempre por algún interés temporal. — Tan solo raramente y de forma superficial entra dentro de sí mismo.

## III. — PIEDAD MEDIANA

*Pecado mortal.* — Débilmente combatido. — Fuga poco frecuente de las ocasiones; pero manifiesta arrepentimiento sincero y verdaderas confesiones.

*Pecado venial.* — Ha pactado con este pecado, considerándolo como un mal insignificante; por tanto, tibieza voluntaria. — Ningún esfuerzo para prevenirlo, arrancarlo o descubrirlo.

*Oración.* — Bien hecha de vez en cuando. — Fervor pasajero e inconstante.

## IV. — PIEDAD INTERMITENTE

*Pecado mortal.* — Generosamente combatido. Fuga habitual de las ocasiones. — Vivísimo arrepentimiento. — Hace penitencia como reparación.

*Pecado venial.* — Algunas veces deliberado. — Débilmente combatido. — Arrepentimiento superficial. — Examen particular sin resultado serio.

## V. — PIEDAD FIRME

*Pecado mortal.* — Jamás. — A lo más algunas sorpresas raras, violentas y repentinas. — Con frecuencia el pecado mortal es dudoso, seguido de dolorosa compunción y de penitencia.

*Pecado venial.* — Vigilancia por evitarlo y combatirlo. — Examen particular con resultado, pero sin otro objeto que la fuga de pecados veniales.

*Imperfcciones.* — El alma evita descubrirlas para no verse en la precisión de combatirlas, o las excusa fácilmente. — Desea vivir una vida de desprendimiento, pero la practica bien poco.

*Oración.* — Fidelidad constante a la oración, muchas veces afectiva a pesar de los obstáculos que se presentan. — Alternativa de consuelos espirituales y de arideces soportadas con mucho trabajo.

## VI. — FERVOR

*Pecado venial.* — Jamás deliberado. — Algunas veces por sorpresa o con semi-advertencia. — Vivísimamente detestado y seriamente reparado...

*Imperfeciones.* — Las desaprueba, las vigila y las combate con empeño con el fin de agradar al Señor. Algunas veces, sin embargo, las consiente, pero inmediatamente las detesta. — Actos frecuentes de renuncia. — Examen particular con el fin de perfeccionarse en alguna virtud determinada.

*Oración.* — Oración mental voluntariamente prolongada. Oración más bien afectiva y de simplicidad y de contemplación. — Alternativa de grandes consuelos y de dolorosísimas pruebas.

## VII. — PERFECCION RELATIVA

*Imperfeciones.* — Enérgicamente prevenidas con sumo amor. — No admitidas sino con semi-advertencia.

*Oración.* — Vida habitual de oración, aun en ocupaciones exteriores. — Sed de desprendimiento, de aniquilación, de renunciación y de amor divino. — Hambre de Eucaristía y de cielo. — Gracias de oración infusa de diferentes grados. Con frecuencia, purificaciones pasivas.

## VIII. — HEROICIDAD

*Imperfeciones.* — Siempre de primer movimiento.

*Oración.* — Dones sobrenaturales de contemplación acompañados algunas veces de fenómenos extraordinarios. — Purificaciones pasivas acentuadas. — Desprecio de sí mismo que llega hasta el olvido. — Preferir los padecimientos a los goces y alegrías.

## IX. — SANTIDAD CONSUMADA

*Imperfeciones.* — Apenas aparentes.

*Oración.* — La mayor parte de las veces: Unión transformante. — Matrimonio espiritual. — Purificaciones de amor. — Sed ardiente de sufrimiento y humillaciones.

Son bastante raras las almas que llegan hasta las dos últimas y aun a la tercera categoría. Se comprende, por tanto, que los sacerdotes aguarden la ocasión de tener tales almas antes de estudiar lo que dicen los mejores autores sobre semejantes estados, con el fin de poder ofrecer una dirección prudente y segura.

Pero no hay excusa posible para aquellos directores que no se aplican a aprender lo que se relaciona a las cuatro primeras clases: *Piedad mediana, Piedad intermitente, Piedad firme y Fervor*, dejando a

muchas almas languidecer en la tibieza o estacionadas en un grado de vida interior muy inferior al que son llamadas por Dios.

La dirección de los principiantes en la vida espiritual podría reducirse a los cuatro puntos siguientes:

1º *Paz*. — Examinar si el alma se halla en la verdadera paz y no en aquella que da el mundo o proviene de la ausencia de los combates. Si no es así, tratar de que la consiga, a pesar de las dificultades que se presenten. Esto se requiere como base de toda dirección. Es preciso comenzar porque haya calma, recogimiento y espíritu de confianza en Dios.

2º *Ideal*. — Después de haber reunido los elementos necesarios para reconocer su lado flaco, su fuerza de carácter y de temperamento y su grado de tendencia a la perfección, buscar los medios más convenientes para enardecer sus deseos de vivir más íntimamente unido a Jesucristo y de remover los obstáculos que se oponen en él al acrecentamiento de la gracia. En una palabra, por este medio se procura impulsar al alma a aspirar siempre a lo más alto posible.

3º *Oración*. — Averiguar cómo hace el alma su oración, en particular su fidelidad a la misma, las dificultades con que tropieza y los resultados que obtiene. — Provecho que saca de los sacramentos, de la Santa Misa, de las devociones particulares, de las jaculatorias y del ejercicio de la presencia de Dios.

4º *Renunciamento*. — Indagar sobre qué, y sobre todo cómo hace el examen particular, y la manera en que practica el renunciamento y la abnegación, si por odio al pecado o por amor de alguna virtud; la guarda del corazón y consiguientemente la vigilancia y el combate espiritual practicados en espíritu de oración durante la jornada.

En estos cuatro puntos puede resumirse todo lo que hay de más esencial en la dirección, que puede hacerse cada mes, bien sobre los cuatro puntos a la vez, o bien sobre alguno de ellos, si lo primero resulta demasiado largo.

El gran consuelo que le queda al director celoso es ver como el alma va muriendo cada vez más al pecado y cómo crece en la vida de la gracia. El Espíritu Santo se los concede en proporción de los sacrificios que hace, por su trabajo silencioso y abnegado. ¿Quién ha gustado con mayor abundancia que San Pablo los consuelos de este apostolado? Tan abrasador era el fuego que le devoraba, que le hacía exclamar: *Acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros* (Hechos 20,31).

**El gran consuelo que le queda al director celoso es ver como el alma va creciendo en la vida de la gracia**



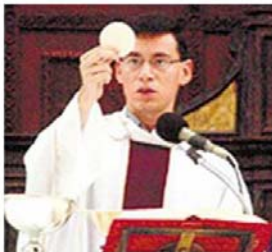
Una santa revolución se daría en el mundo si en cada parroquia, en cada comunidad y en cada grupo católico hubiesen verdaderos directores de almas dispuestos a seguir este programa: «Formar almas escogidas, alejarlas en cuanto sea posible de la mediocridad, para lanzarlas a la santidad».

Dondequiera que se cultive una esmerada dirección espiritual se cosecharán maravillosos frutos. Ningún otro medio la puede reemplazar.

## **21 - LA VIDA INTERIOR EUCARISTICA RESUME TODA LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO**

El fin de la Encarnación, y por tanto, de todo apostolado, es procurar que las almas tengan vida divina: «Cristo se encarnó a fin de que el hombre llegase a ser Dios» (San Agustín). «Queriendo que nosotros llegáramos a ser participantes de su divinidad, el Unigénito de Dios tomó nuestra naturaleza para que, hecho hombre, hiciese a los hombres dioses» (Santo Tomás, Of. del Corpus).

Ahora bien: es en la Eucaristía, es decir, en la vida interior que se alimenta en el banquete eucarístico, donde el apóstol adquiere la vida divina. Nos lo asegura Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Juan 6,53). La vida eucarística es la vida de Nuestro Señor en nosotros, no sólo por el indispensable estado de gracia, sino también por una sobreabundancia de su acción. *He venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia* (Juan 10,10). Si el apóstol debe sobreabundar en la vida divina para comunicarla a los otros, debe acudir al manantial de la Eucaristía. No hay otra forma.



*Para que tengan  
vida y la tengan  
con más  
abundancia*

Jesucristo ha querido instituir este Sacramento para hacerlo el centro de toda actividad apostólica. Si toda la Redención gravita en torno del Calvario, todas las gracias de este misterio fluyen del Altar. Un apóstol que no se alimente de la Eucaristía, no dirá más que palabras vacías, palabras que no salvan, porque emanan de un corazón que no está suficientemente empapado de la sangre del Redentor.

*Así como el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo* (Juan 15,4).

*Quien permanece en mí, y yo en él, ese da mucho fruto.* Dará mucho fruto, pues Dios no obra eficaz y poderosamente sino por su Hijo. Es lo que quiere indicar S. Atanasio: Nosotros nos hacemos dioses por la carne de Cristo. Cuando el sacerdote, el apóstol o el catequista están abrasados por el fuego que consume el Corazón Eucarístico de Jesús, ¡qué viva, ardiente e inflamada es su palabra! Y cómo irradian el amor que proviene de la Eucaristía. Es que llevan a Cristo, es decir, son Cristoforos.

La Eucaristía nos fortalece contra las tentaciones del demonio, el enemigo de nuestra salvación, ya sea de soberbia, impureza, superficialidad, etc.

El amor se perfecciona por la Eucaristía. Este memorial vivo de la Pasión reaviva el fuego del apóstol si estaba apagado. Le hace vivir en su corazón las escenas de Getsemaní, del Pretorio, del Calvario comunicándole la ciencia del dolor y de la humillación. Sólo así el apóstol puede consolar a los que están afligidos y a vivir las virtudes, tal como lo haría Cristo. Sus palabras no son meras explosiones de entusiasmo pasajero, sino llegan directamente al corazón y desencadenan conversiones.

*La fecundidad del apostolado se corresponde con el grado de vida eucarística del apóstol.* En la medida en que provoque en las almas el

hambre por comulgar frecuentemente, será más fructífero su apostolado; pero esto sólo se consigue cuando él mismo vive de Jesús Eucaristía.

Al igual que Santo Tomás hacía oración ante el Sagrario para hallar la solución a un problema teológico, el apóstol también se postra ante la Eucaristía para confiar al huésped divino todos sus anhelos apostólicos.



San Pío X, el Papa de la comunión frecuente, es también el Papa de la vida interior. El programa de su Pontificado consistió en *restaurar todas las cosas en Cristo* (Efesios 1,10). Es también el programa del apóstol que vive de la Eucaristía, pues reconoce que las almas sólo tenderán a la perfección en proporción al grado en que crezcan en la vida eucarística.

Muchas obras apostólicas, aparentemente deslumbrantes, son estériles porque no están suficientemente injertadas en la vida interior, en la vida eucarística. Al no brotar de la fuente de la vida, no consiguen cambiar las voluntades ni los corazones; porque la vida del apóstol no está suficientemente cimentada en Jesucristo.

En siglos pasados bastaba una piedad ordinaria para preservar a las almas del contagio del mal. Pero hoy día la malicia del mundo y los engaños del demonio se han centuplicado. Hacen falta un medio mucho más enérgicos para evitar el contagio: una intensa vida de verdadera intimidad con Jesús Eucaristía.

¿Por qué nosotros, los obreros evangélicos, que tanto nos lamentamos de la triste situación religiosa del mundo, no acudimos con más frecuencia a esa escuela donde el Verbo instruye a sus apóstoles? ¿Por qué no vamos a escuchar las palabras de vida que nos quiere decir Jesús desde el Sagrario? Si no lo hacemos, no nos extrañemos luego de la esterilidad de nuestro apostolado.

Las almas deben ver en nosotros a Cristo. No solamente debemos aparecer ante los demás como hombres íntegros y convencidos, sino como transmisores de la dicha eterna e infinita que nos viene por la

Eucaristía. Porque los hombres se mueven por el deseo de ser felices, y no hay dicha más grande que vivir en unión con Jesucristo.

Él mismo, después de instituir la Eucaristía, nos lo aseguró: *Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea perfecto* (Juan 15,11). Es decir, nos está diciendo que la Eucaristía será la fuente donde encontraremos la alegría que necesitamos para irradiar su Evangelio en el mundo.

¿Cómo sacar a un alma que sumergida en el pecado? Irradiando sobre todo con nuestra vida la alegría que brota de la Eucaristía. Por que Dios es todo Amor y nos ama con amor infinito.

No echemos la culpa al estado de descristianización y secularización en que vive la sociedad hoy día. Muchas parroquias que parecían muertas, se han renovado gracias a sacerdotes abnegados y amantes de la Eucaristía. Estos sacerdotes han sabido sacar las fuerzas de los largos ratos de adoración ante la Eucaristía. Su oración no fue estéril.

Si no tenemos frutos apostólicos es porque no vivimos una seria vida eucarística. El mundo se salvará cuando surjan apóstoles que sepan suscitar en las almas un gran amor por la Eucaristía.

## QUINTA PARTE

### ALGUNOS PRINCIPIOS Y AVISOS SOBRE LA VIDA INTERIOR

#### 22 - ALGUNOS CONSEJOS SOBRE LA VIDA INTERIOR

##### CONVICCIONES

No puede haber fruto en el apostolado si no participa de él Jesucristo.

Jesús es el agente principal; nosotros somos meros instrumentos.

Jesucristo no bendice las obras de apostolado que se apoyan únicamente en medios humanos.

Jesucristo no bendice las obras en las que el amor propio reemplaza al amor divino.

¡Ay de aquel que se resiste a colaborar en las obras a las que se siente llamado por Dios!



¡Ay de aquel que en su apostolado no trata de ver cuál es la voluntad de Dios!

¡Ay de aquel que en su apostolado no utiliza los medios que salvaguardan su vida interior!

¡Ay de aquel que no trata de ordenar su vida interior y su vida activa de tal forma que una no perjudique a la otra!

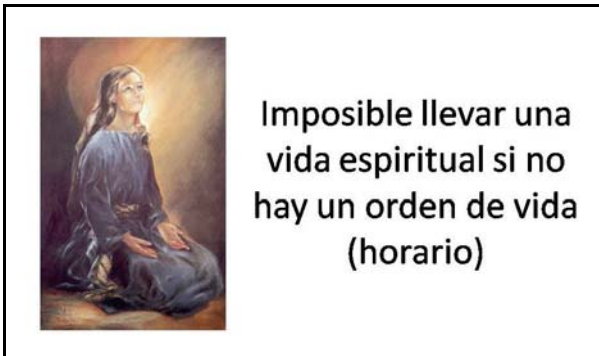


## PRINCIPIOS

*Primer principio.*— No emprender una obra apostólica dejándose llevar únicamente por los gustos personales, sino consultar antes a Dios hasta estar seguro de que es Él quien nos la inspira y de que es conforme a su voluntad.

*Segundo principio.*— Es imprudente y muy dañino permanecer largo tiempo totalmente absorbido por ocupaciones exteriores, sin dejar ningún resquicio para la vida interior. En ese caso, el apóstol, aunque se trate de obras muy santas, debe poner en práctica el consejo terminante de Jesús: *Sácalo y arrójalo fuera de ti* (Mat 5,29).

*Tercer principio.*— Cuando impere el desorden irrefrenable del activismo, habrá que hacerse y seguir un horario, que debe ser aprobado por el director espiritual, para ordenar todas las actividades del día.



*Cuarto principio.*— Para poder progresar en la vida espiritual y hacer progresar a los demás, hay que cultivar sobre todo la vida interior. Cuantas más ocupaciones se tengan, mayor necesidad de cultivarla.

*Quinto principio.*— Hay veces en que el alma se encuentra tan absorbida por múltiples ocupaciones, que no puede cultivar como debería su vida espiritual, y no sabe si realmente se debe a las circunstancias, que no la dejan hacer otra cosa o a su propia voluntad, porque se ha enfriado su fervor. Para saber si está realmente haciendo la voluntad de Dios y no la suya, posee una clara señal: si ansia tener más tiempo para Dios y cumple por lo menos con lo más esencial que le ha propuesto su director espiritual (oración diaria, Santa Misa, Rosario...). Si así lo hace puede quedarse tranquila. Dios le concederá gracias especiales y le dará las fuerzas suficientes para avanzar en la vida espiritual a pesar de todo.

*Sexto principio.*— El hombre de acción, que cultiva su vida interior, ha de mantener el recogimiento y la presencia de Dios a lo largo del día. Para lograrlo, no es menester que trate de poner continuamente su pensamiento en Dios, cosa difícil de lograr y que le causaría gran tensión.

Basta con que de vez en cuando lance una mirada a Jesucristo, poniendo su corazón en Él (más que su pensamiento), y le diga una jaculatoria, o bien que se examine al final de cada actividad si está haciendo realmente la voluntad de Dios o no.

### CONSEJOS PRACTICOS

1º Es imposible que el alma pueda llevar una vida espiritual profunda si no tiene un horario, tal como lo hemos propuesto anteriormente, y si no se ha hecho la *firme decisión* de sujetarse a él habitualmente, sobre todo levantándose por la mañana *a una hora fija*.



2º La vida espiritual se cimenta en la oración de la mañana. Es del todo imprescindible. El que está —como diría santa Teresa— firmemente determinado a hacer, cueste lo que costare, media hora de oración todas las mañana, ha recorrido ya la mitad de la jornada. En cambio, un día sin oración, casi con toda seguridad, es un día de tibieza<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> El fin de la oración matutina es enderezar a Dios todos los actos del día y asegurar las gracias necesarias para llevarlo a cabo. Muy raramente se podrá esto conseguir si tan sólo se dedican unos pocos minutos a la oración mental. Para que el alma pueda decidirse a abreviar, sin engaño, el tiempo ordinario de la oración, por exigirle una causa grave y urgente, se requieren cuatro condiciones. El alma debe:

1º Tener un gran deseo de permanecer fiel a su media hora de oración.

2º Tener la seguridad de que se aplica a ella con toda fidelidad.

3º Tener por seguro que son muy raros los casos en que pueda presentarse una imposibilidad real.

4º Tratar de que el rato de oración abreviado contenga todos los elementos esenciales indispensables para lograr el fin de la oración, y procurar esforzarse lo más posible por vivir todo el día cumpliendo la voluntad de Dios.

3º La Misa, la Comunión, el rezo del Santo Rosario o de las Horas Litúrgicas, son la fuente de la vida interior, y deben ser vividos con una fe y un fervor siempre crecientes.<sup>17</sup>

4º *El examen particular* (después de cada acción) y *general* (al final del día), al igual que la oración y la Santa Misa, deben ir orientados a mantener habitualmente el corazón en Dios —lo que se denomina guarda del corazón—, y así cumplir el velad y orad que nos mandó Jesucristo. Aquel que está atento a lo que pasa en el interior de su alma, donde mora la Santísima Trinidad, adquiere fácilmente el hábito de recurrir a Jesús en todas las circunstancias, sobre todo cuando percibe que está en riesgo de caer en la disipación o en la flojera espiritual.

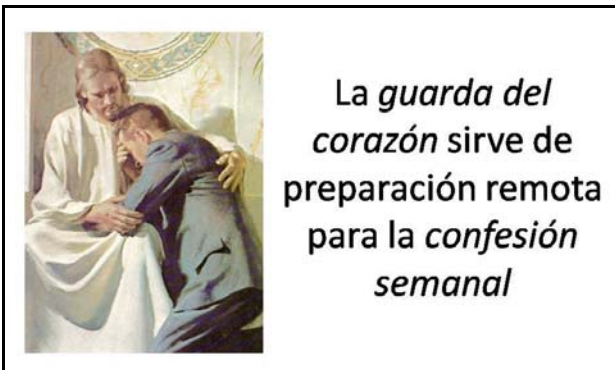
5º De aquí nace la necesidad de las *comuniones espirituales y jaculatorias*, tan fáciles de hacer cuando hay buena voluntad y amor, aun en medio de las ocupaciones más absorbentes, adecuándolas a las necesidades del *momento presente*, ya sean peligros, dificultades, cansancio, desengaños, etc.

6º Todo apóstol debe dedicar todos los días a ser posible, un tiempo a la lectura espiritual, leyendo especialmente la Sagrada Escritura, sobre todo del Nuevo Testamento, y las vidas de los Santos. La mejor hora suele ser la primera de la tarde. Necesitamos ir adquiriendo cada día más los criterios sobrenaturales, hasta llegar un día a tener los mismos sentimientos de Cristo. Imposible conseguirlo sin la lectura espiritual. Pero no basta simplemente con leer, es conveniente que al acabar la lectura hagamos alguna resolución práctica.

7º La guarda del corazón sirve de preparación remota para la *confesión semanal*, la cual ha de ir unida a una contrición sincera, al dolor de los pecados cometidos y a un firme propósito de enmienda.

---

<sup>17</sup> En el Rosario aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. El Rosario, en efecto, en su sencillez y profundidad, es un verdadero compendio del Evangelio y conduce al corazón mismo del mensaje cristiano: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna" [Jn 3,16]. (Juan Pablo II, *Aeródromo de Cuatro Vientos*, 3 de mayo 2003)



**La guarda del  
corazón sirve de  
preparación remota  
para la *confesión*  
semanal**

8º Los ejercicios espirituales anuales son muy útiles, pero no suficientes. El retiro mensual (de un día entero, o medio día por lo menos) es requisito indispensable para perseverar y recuperar las fuerzas que se van perdiendo al contacto con el mundo.

## **23 - LA ORACION, ELEMENTO INDISPENSABLE DE LA VIDA INTERIOR, TAMBIEN LO ES DEL APOSTOLADO**

No basta leer algún buen libro de lectura espiritual y sentir grandes deseos de mejorar la vida espiritual. Hay que traducir esos deseos en una resolución práctica, como proponerse hacer todas las mañanas media hora de oración mental.

Y para poder hacer este rato de oración, expondré ahora algunos consejos prácticos.

### **1.— Quiero ser fiel a la oración de la mañana**

El cristiano es otro Cristo. Si no intimo con Jesús todos los días por medio de la oración, no soy un cristiano según su corazón. Él espera esto de mí: *Ya no os llamo siervos... sino amigos* (Juan 15,15).

Él debe ser la Luz de mi razón, el Amor de mi corazón, mi Fuerza en mis pruebas y luchas, y el Alimento de mi Vida sobrenatural que me permite participar de la misma vida de Dios.

Ahora bien: esta vida con Cristo es imposible sin la oración. ¿Me atreveré a negarle al Corazón de Jesús el medio que me ofrece para poder vivir en amistad con Él?

Necesito también hacer oración para fortalecer mi alma y no ser derrotado por mis enemigos (mundo, demonio y carne). La oración es la armadura que me protege de ellos. Imposible aspirar a la santidad sin vida de oración.

## 2) Un apóstol vale lo que vale su oración

San Alfonso María de Liguori quería que sus misioneros, por más ocupaciones que pudiesen tener, que nunca dejaran de hacer media hora de oración al día, ya que la oración es el alimento del alma.

Podemos distinguir así dos tipos de apóstoles:

1º Los que han tomado la firme resolución, no sólo de no omitir su oración, sino de ni tan siquiera retrasarla con el pretexto de realizar otras actividades, y que solamente en algún caso rarísimo de fuerza mayor la aplazan para otra hora del día, pero nada más.

Estos consideran la oración mental de la mañana como un acto distinto de la acción de gracias de la Misa y de la lectura espiritual.

Son los que desean de veras ser santos, y mientras perseveren así su salvación está asegurada.

2º Los que no habiendo tomado más que una resolución a medias, aplazan y hasta omiten fácilmente su oración, sin hacer hacen ningún esfuerzo serio para salvaguardarla por encima de todo.

¿Cuál es el resultado? Tibieza, falsas ilusiones de santidad, mediocridad, adormecimiento de la conciencia... Poco a poco van resbalando hacia el abismo.

¿A cuál de las dos categorías quiero yo pertenecer? Si tengo dudas sobre qué elegir, está claro que no hice bien mis ejercicios espirituales.

Todo está relacionado. Si abandono la media hora de oración, pronto las gracias que recibo en la Santa Misa y la Comunión no harán el efecto que deberían producir en mí, al no encontrarme bien dispuesto. La lectura espiritual se me hará más costosa y menos provechosa. Disminuirá el recogimiento y no mantendré la presencia de Dios durante el día. El apostolado será cada día menos fecundo. Perderé la conciencia de la importancia del examen general y particular. Las confesiones se me harán cada vez más rutinarias... La ciudadela del alma, cada vez más indefensa y combatida, acabará por rendirse al enemigo.

## 3) ¿Cómo debe ser mi oración?

¿Qué es la oración? «Una elevación de la mente a Dios», según Santo Tomás. Pero es una elevación de la mente más práctica que especulativa, lo que supone un acto de la voluntad.

La oración mental es un verdadero *trabajo*, sobre todo para los principiantes. Trabajo para *desprenderse* por unos momentos de lo que no es Dios. Trabajo para estar durante media hora con la mirada puesta en Dios, esforzándome por intimar con El y aprender de sus enseñanzas.

Trabajo costoso sin duda al principio, pero que trae los mayores consuelos que se pueden experimentar en este mundo, como es la paz, la amistad y unión con Jesús.

Según Santa Teresa, «no es otra cosa oración mental, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama». La oración, entonces, es tratar como un Amigo a Aquél que nos ama. Y *tratar de amistad* y *tratar a solas* implica buscar estar a solas con Aquél que sabemos nos ama.



Y a Dios le agrada estar con el hombre, como el amigo se goza con el amigo y un padre con su hijo. A Dios siempre le agrada que el orante decida estar a solas con El, orando, tratando con el Amigo.

*Tratar a solas* es indicativo de búsqueda, de soledad y de silencio, para poder estar con el Amigo. *Acostumbrarse a la soledad* es gran cosa para la oración, dice la Santa.

*Conversación cordial.* — Si Dios me hace ver la necesidad de la oración y me mete esos deseos por conversar con El, es que quiere facilitármela.

¿Resistiré la invitación que me hace Dios, a mí, hijo pródigo, para que escuche su palabra y le hable familiarmente?

*Conversación sencilla.* — Procederé con naturalidad, hablando con Dios según la situación en que me halle. Tal como lo haría un niño, le expondré con sencillez el estado de mi alma.

*Conversación práctica.* — El herrero mete el hierro en el fuego, no para ponerlo ardiente y luminoso, sino para hacerlo maleable. De la misma manera la oración, si calienta mi corazón e ilumina mi inteligencia, lo hace para hacer maleable mi alma y poder trabajarla, quitándole las aristas del hombre viejo y moldeándola según las virtudes de Jesucristo.

#### **4) ¿Cómo debe ser mi oración?**

Para preparar mi oración de la mañana, en la noche anterior, antes de dormir, leeré unos puntos de meditación para tener materia con que poder hacer la oración al día siguiente. Un libro de meditación es indispensable. Después de leer los puntos de meditación, reflexionaré sobre ellos y los resumiré, para que los pueda recordar al día siguiente en el momento de la oración. No se trata de leer mucho, sino de detenerse en el punto «donde halle gracia» todo el tiempo que sea necesario.

Los puntos versarán sobre alguna escena del Evangelio (sobre todo de la Pasión), sobre los atributos de Dios, así como sobre los novísimos (muerte, juicio, cielo, purgatorio, infierno), la vocación, los deberes del estado, los pecados capitales, las virtudes principales. También sobre el Evangelio del día y la fiesta que se celebre.



Al empezar mi oración me recogeré y me pondré en presencia de Dios, con quien voy a conversar. Enseguida le adoro profundamente, y me entrego a Él con sentimientos de anonadamiento, contrición, oración humilde y confiada. Después recuerdo el punto que tengo que meditar o contemplar. Me esforzaré por meditar la verdad revelada o por representar la escena de la vida de Jesús que quiero contemplar. Por ejemplo: Nuestro Señor me muestra su Corazón y me dice: *Yo soy la resurrección y la vida, o He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres*, o bien una escena de la vida de Nuestro Señor: Belén, la Transfiguración, el Calvario, etc.

Invocaré al Espíritu Santo para que ilumine mi inteligencia con la verdad revelada y avive mi fe. Trataré después de dialogar con Nuestro Señor o la Santísima Virgen María, mi Madre, poniendo todo el afecto que pueda, aunque sabiendo que los sentimientos no dependen muchas veces de mí y no pueden ser el indicador de que estoy haciendo bien la oración. Lo que está siempre en mi poder e importa sobremanera, es el esfuerzo por unirme a Dios y hacer bien mi oración. Por sinceros que hayan sido mis esfuerzos, podrá suceder que mi corazón permanezca frío

y no sienta nada. Entonces, Jesús mío, prolongaré con gusto mis súplicas persuadido de que no dejarás de escucharme.

Dios no nos pide otra cosa que nuestra buena voluntad. A Él le agrada que el alma, aunque esté asediada por las distracciones, perseverare en la oración todos los días. El Espíritu Santo, que *ora en nosotros con gemidos inefables*, suple todas nuestras limitaciones.

La oración nos ha de llevar a hacer algún propósito: ¿Qué es lo que deseas, Jesús mío, que yo más me corrija? Ayúdame a conocer cuáles son los obstáculos internos o externos que me impiden mejor imitarte, así como las ocasiones próximas o remotas de mis caídas, para poder evitarlas.



Ante la vista de mis miserias y limitaciones, siento confusión, dolor, tristeza, amargura, deseos ardientes de cambiar, de entregarme del todo al Señor... Quiero agradecerle en todas las cosas. No quiero negarte nada.

Nunca debe faltar en la oración la súplica humilde y confiada: *Escúchame, Señor, porque soy pobre y necesitado* (Salmo 85,1) Sin la gracia de Jesús no podemos nada. Debo pedir ante todo que se cumpla en mí su voluntad: *Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre*.

Pediré también por las necesidades de la Iglesia, por las personas con las que trato, por las obras apostólicas, por mis familiares, bienhechores, enemigos; etc.

Otras formas de hacer la oración pueden ser las siguientes:

1ª Manera: Tomar alguna frase de la Sagrada Escritura o alguna oración vocal —el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo...—, y detenerse en cada palabra, meditando sobre lo que significa todo el tiempo que haga falta, tratando de descubrir lo que Dios me quiere manifestar.

Al fin, pedir al Señor alguna gracia o virtud en conformidad con lo que he meditado.

No hay que detenerse demasiado tiempo sobre una palabra si no hallo nada en que entretenerme, sino pasar a la siguiente. Pero cuando sienta algún sentimiento agradable o alguna consolación, detenerse todo



el tiempo que dure esa impresión agradable, sin tener prisa por pasar adelante. No hace falta meditar siempre muchas cosas nuevas, muchas veces basta con saborear en silencio y en la presencia de Dios las palabras anteriormente meditadas.

2ª Manera: Cuando los puntos de meditación que se han preparado no proporcionan suficiente materia para todo el rato de oración, o no se siente ningún afecto, hacer actos de fe, de adoración, de acción de gracias, de esperanza y amor, etc.

Cuando el alma está en sequedad y se siente estéril e impotente para pensar u obrar, aceptar generosamente este trabajo sin inquietarse ni hacer esfuerzos por salir de ese estado, abandonándose enteramente en las manos de Dios. Participar de las agonías que experimentó Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos y en la Cruz. Persuadirse que estoy clavado en la Cruz con Jesucristo por la Redención del mundo.



3ª Manera: Hacer examen de mi propia alma. Reconocer mis defectos, pasiones, debilidades, enfermedades, impotencias, miserias y mi nada. Someterse a la santa voluntad de Dios y darle gracias por las misericordias que tiene conmigo. Humillarse ante su soberana Majestad. Confesar ante Él con profundo arrepentimiento los propios pecados e infidelidades, y pedirle perdón. Detestar todo el mal que he cometido y proponerme no volver a hacerlo.

Esta oración se puede sobre todo cuando se siente mucha dificultad para recogerse en la oración.

4ª Manera: Imaginarme en el momento de mi muerte. Verme agonizando entre el tiempo y la eternidad. Entre la vida que se acaba y el juicio de Dios. ¿Qué es lo que yo hubiera querido hacer? ¿Cómo desearía haber vivido? Sentir gran pena por no haber aspirado con todas mis fuerzas a la santidad. Recordar los pecados, los desordenes de mis operaciones, los abusos de la gracia. ¿Cómo me hubiera querido conducir en tal o cual ocasión? Proponerme remediar eficazmente todo aquello que en orden a la salvación me produce algún temor.

Figurarme enterrado, en estado de putrefacción, olvidado de todos, ante el tribunal de Jesucristo, en el purgatorio, en el infierno.

Cuanto más viva sea la representación, tanto más provechosa resultará la oración.

5ª Manera: Saludar a Nuestro Señor realmente presente en el Sacramento del altar, unirme a Él participando de su oración incesante de adoración, alabanza y amor al Padre en nombre de la humanidad entera, ofreciéndose por los pecadores.

Considerar su recogimiento, vida oculta, desprendimiento total de las cosas de este mundo, obediencia, humildad, etc. Animarse a imitarle en todo y proponerse llevarlo a la práctica cuando se presente la ocasión.

Ofrecer al Padre Eterno a su bendito Hijo como la única víctima digna de Él, y por la que podemos rendirle el debido honor, reconocer sus beneficios, satisfacer su justicia y recurrir a su misericordia. Ofrecerme a sí mismo: mi ser, mi vida, mis trabajos. Ofrecerle algún acto de virtud o mortificación.

Es una oración excelente, sobre todo, si se está de rodillas ante el Sagrario.

6ª Manera: Ser consciente de la presencia de Dios sin preocuparse de ningún otro pensamiento distinto, ni excitar otro sentimiento sino el de respeto y amor de Dios que nos inspira su presencia. Contentarse de permanecer así delante de Dios en silencio. Después meditar según el modo ordinario.

Es bueno comenzar así todas las oraciones y útil el hacerlo después de cada punto. De esta manera se acostumbra al alma a poner su mirada en Dios y se va preparando paulatinamente para la contemplación. Pero guardarse bien de no permanecer así por pereza y por no quererse tomar la molestia de meditar.

\*\*\*

Al final de la oración, hacer el examen particular de la misma, conversando con Nuestro Señor, dándome cuenta de las luces y gracias que haya recibido, del progreso o retrocesos que haya habido.

El lugar de la oración será de preferencia una iglesia o capilla, cerca del Sagrario. O bien, si no es posible, en cualquier sitio donde pueda recogerme: mi habitación, el jardín, etc.

Una vez hecha la oración, el alma está mejor dispuesta para participar de la Santa Misa.

Por la fidelidad a la oración el alma va adquiriendo la costumbre de recurrir a Dios en medio de las ocupaciones más absorbentes.

Tratando de vivir unido a Nuestro Señor a lo largo del día, valiéndome de la guarda del corazón, el alma atraerá sobre sí los dones del Espíritu Santo y las virtudes infusas, y tal vez será llamada por Dios a un grado de oración más elevada.

Después de la oración matutina, para poder acrecentar la vida interior habrá que tratar de vivir en la presencia de Dios, hacer frecuentes jaculatorias y comuniones espirituales, el examen particular después de cada acción, y el examen general al final del día.

Es de remarcar la importancia del examen particular. Mediante él, el alma, de acuerdo con su director espiritual, se fija a lo largo del día en una virtud, tratando de ver si la voy practicando, o en un defecto, para evitar cometerlo. El examen particular bien hecho ayuda mucho a progresar en la vida espiritual y a mantener la presencia de Dios.

## 24 - LA VIDA LITURGICA, MANANTIAL DE VIDA INTERIOR Y, POR TANTO, DEL APOSTOLADO

Oh Jesús, a quien yo adoro. Tú eres el Centro y la unidad de la Liturgia, que es el culto público y oficial que la Iglesia rinde a Dios, adorable Trinidad, santidad infinita.

Dios ha querido ser alabado fuera de Él. Crea los ángeles y en el cielo resuenan las aclamaciones de *Santo, Santo, Santo*. Crea el mundo visible, y *el cielo proclama la gloria de Dios*.

Adán es creado y comienza a entonar en nombre de la creación entera su himno de alabanzas. Abel, Noé, Melquisedec, Abrahán; Moisés, el Pueblo de Dios, David y todos los profetas del Antiguo Testamento cantan la gloria de Dios. La Pascua israelita, los sacrificios y holocaustos, el solemne culto tributado a Jehová en su Templo le dan una forma oficial. Pero es un himno, sin embargo, imperfecto, sobre todo, después de la caída del hombre.

Sólo tú, Jesús, eres el himno perfecto, por ser la gloria verdadera del Padre. Nadie puede glorificarlo dignamente, sino por ti. *Por El, con El y en El, a ti Dios Padre omnipotente...* (Canon de la misa). Tú eres el enlace entre la Liturgia de la tierra y la Liturgia del cielo, a la cual asocias a tus escogidos. Tu Encarnación ha unido la humanidad y la creación entera con la Liturgia del cielo. Tú eres la alabanza plena y perfecta que tiene su plenitud en el Sacrificio del Calvario.

*Por El, con El y en El, a ti, Dios Padre  
omnipotente, toda la gloria.*



Antes de dejar este mundo, divino Salvador, instituiste el Sacrificio de la nueva Ley para renovar incesantemente tu inmolación. Has instituido también los sacramentos para comunicar tu Vida a las almas.

A tu Iglesia confiaste la misión de continuar hasta la consumación de los siglos la alabanza que tu divino Corazón hacía subir incesantemente hacia tu Padre durante tu vida mortal, y que ahora le ofreces incesantemente desde el Tabernáculo.

Desde entonces la Iglesia une sus alabanzas a las que los ángeles y los escogidos del Señor tributan a Dios en el cielo. Así prelude lo que hará eternamente.

Tú quieres, Señor, que mi espíritu y mi corazón se aprovechen de las riquezas que se hallan ocultas en la Liturgia para unirme más íntimamente a Ti.

Cada uno de los ritos sagrados de la Santa Misa puede compararse a una piedra preciosa.

Lo mismo puede decirse con el Ciclo litúrgico. La Iglesia, inspirada por Dios e instruida por los santos apóstoles, ha dispuesto de tal suerte el año, para que mi alma se alimente de la vida, misterios, predicación y doctrina de Jesucristo, así como de las admirables virtudes de los santos, de lo más valioso del Antiguo y Nuevo Testamento y de toda la historia de la Iglesia. De aquí que todo el Ciclo litúrgico sea un alimento sólido y sabroso para mi alma, pues todo él se halla lleno de Jesucristo.

El Misterio de Jesucristo no se reduce a un sencillo recuerdo del pasado, sino que es un acontecimiento presente, del que la Iglesia me hace participar.

En el tiempo de Navidad, por ejemplo, celebrando la venida del niño Jesús, puedo decir en verdad: «Hoy, Cristo nos ha nacido; hoy, ha aparecido el Salvador» (Oficio de Navidad).

En cada uno de los períodos del Ciclo litúrgico descubro el amor de Aquel que es a la vez Rey, Médico, Consolador, Salvador y Amigo. Sobre el altar, del mismo modo que un día lo hizo en Belén, en Nazaret, a la orilla del lago de Tiberiades, o en el Calvario, Jesús se manifiesta para mí como Luz, Ternura, Misericordia; pero sobre todo como el Amor personificado.

Es la Encarnación que se proyecta hasta mí. Mediante el Ciclo litúrgico asisto cada año a todos los misterios de la vida oculta, pública, dolorosa, y gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo.

Además, las fiestas de Nuestra Señora y de los Santos me comunican abundantes luces y fuerzas para poder imitar yo también las virtudes de Jesucristo.

Todo el Ciclo litúrgico encierra para mí maravillosos tesoros para la vida interior de mi alma. Por eso, debo participar activamente de los *Santos Misterios* asistiendo con todo el fervor que me sea posible, y de esta forma beberé de su *fuentes* el verdadero espíritu cristiano. De esta manera, iré muriendo el hombre viejo y Jesús cada día vivirá más en mí.



Como miembro de la Iglesia, cuando participo de la Liturgia, me uno a toda la Iglesia en el culto que ella, como cuerpo místico de Cristo, ofrece a Dios. Toda la oración de la Iglesia tiene un poder efficacísimo, por ser la voz de la Esposa amadísima que continuamente regocija el corazón de Dios.

Porque la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, en que Jesús es la Cabeza y la Vida, y nosotros sus miembros (cf. 1 Cor 12,12). En ella participo de la única y eterna Familia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por el bautismo quedé sellado con un carácter indeleble. Por la consagración bautismal soy miembro del reino de Dios y formo parte de la raza de los escogidos, del sacerdocio real, del pueblo santo.

Como cristiano participo del sagrado ministerio, por mis oraciones, por la ofrenda de mi vida, por mi participación en el sacrificio de la Misa y de los oficios litúrgicos, ofreciendo sacrificios espirituales agradables a Dios, haciendo de mi persona *una hostia viva, santa y agradable a Dios* (1 Pedro 2,5).

A esto nos exhorta el sacerdote en la Santa Misa: «Orad hermanos para que vuestro sacrificio mío y vuestro sea aceptable a Dios...». «Acuérdate, Señor... de los que están aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces; por ellos y todos los suyos, por el perdón de sus pecados y la salvación que esperan, te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza...». «Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa» (Canon romano).

En efecto, la Santa Misa es la obra común de toda la Iglesia, es decir, del sacerdocio y del pueblo, por la fuerza indestructible de la Comunión de los Santos. En cada celebración toda la Iglesia toda entera esté misteriosamente presente. Todo se hace en común, en nombre de todos y para el bien de todos. Por esto todas las oraciones se dicen en plural.

**En cada celebración toda la Iglesia toda entera esté misteriosamente presente**



De este estrecho lazo que nos une a todos los miembros de la Iglesia, en una misma Fe y por la participación de los mismos Sacramentos, nace en las almas la caridad fraterna, marca distintiva de los discípulos de Jesucristo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros* (Juan 13,35).

Ante tal realidad, me lleno de asombro: ¡Yo soy miembro de Cristo! ¡Todos los cristianos somos hermanos y formamos un solo cuerpo en Cristo! ¡Cómo no amar Jesucristo!

Nada de lo que le concierne a Cristo me es indiferente. Participo de sus persecuciones, pero también de sus conquistas y triunfos.

Santificándome contribuyo a la santificación de todos los hijos de la Iglesia, así como a la salvación de todo el género humano.

Quiero trabajar, en cuanto me sea posible, a fin de que cada día la Iglesia sea más bella, más santa y más numerosa. Este fue el deseo de Jesús en la Última Cena y el testamento de su corazón: *Para que todos sean uno... para que sean perfectamente uno* (Juan 17,21,23).

Todo lo que pertenece a la Iglesia me pertenece a mí, y todo lo mío es suyo.

Una gota de agua no significa nada, pero si forma parte del océano, participa de su toda su fuerza e inmensidad. Esto ocurre con mis oraciones, cuando se hacen una con las de la Iglesia. A los ojos de Dios, para quien todo es presente, y cuya mirada abarca a un mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro, mi oración forma un todo con ese concierto universal de alabanzas que la Iglesia eleva y continuará elevando a Dios hasta el fin de los tiempos, manifestando su gloria.

Si por la oración obtengo de Dios las gracias que necesito para mi vida, mucho más le agrada a Él que le pida por mis hermanos necesitados y por todas las necesidades de la Iglesia. Es lo que nos ha querido indicar al enseñarnos la oración del Padrenuestro.

Llenémonos de confianza por ser católicos: Nuestra Madre la Iglesia es depositaria del tesoro de la verdad y dispensadora de la sangre del Redentor.



Sí, Santa Iglesia Católica, guíame y fórmame, pues soy tu hijo y tú eres mi madre. Contigo quiero vivir, contigo quiero alegrarme, contigo cantaré las alabanzas a Dios; contigo pediré misericordia; contigo

esperaré, y contigo amaré. Me asociaré a tus oraciones, para que cada día sea más dúctil a los toques del Espíritu Santo y sepa dar contigo la gloria que Dios que se merece por su infinito amor.

### VENTAJAS DE LA VIDA EUCARÍSTICA

1ª Ella me anima a vivir con visión sobrenatural en todas mis acciones.

¡Qué difícil se me hace, Dios mío, obrar ordinariamente por motivos sobrenaturales! Satanás, el mundo, mis pasiones y mi amor propio hacen todo lo posible para que yo no viva en intimidad con Cristo, que vive en mí.

¡Cuántas veces al cabo del día, por falta de vigilancia o de fidelidad, queda viciada mi pureza de intención, que es la única que podría dar mérito a mis acciones y hacer fecundo mi apostolado! Continuamente me tengo que esforzar, con la ayuda del Señor, para que todos mis actos se dirijan a Dios como a su fin.

Para lograrlo me es indispensable la oración y la Santa Misa. Por la oración me sumerjo en el mundo de lo sobrenatural y me uno a Dios; por la Santa Misa le doy toda la gloria, pues le ofrezco a su Hijo único, unido al ofrecimiento de todo mi ser. ¡Cuánto me ayuda para esto la Sagrada Liturgia! Las diversas ceremonias, posturas, simbolismos, cantos y textos... todo me habla de Dios y me acerca a Él.

Mediante la Santa Misa Jesucristo quiere manifestarme de nuevo su amor. Es el Emmanuel, «el Dios con nosotros», quien se me hace presente.



*Tú, Jesús, quieres vivir en mí y obrar grandes cosas en mí. Quieres vivir en mí durante resto del día, para que yo sea otro Cristo haciendo la voluntad del Padre. Ya no soy yo, sino Tú el que haces ese acto de abnegación o de desprendimiento, ese deber difícil y penoso; eres Tú en mí el que soporta esa injuria, o esa dolorosa prueba. Eres Tú, Jesús*



*crucificado*, que me pides este sacrificio como muestra de mi amor y para completar tu Pasión por el bien de las almas. Ya no estoy solo en el momento de la prueba y del dolor.

La Eucaristía me ayuda eficazmente a conformar mi vida interior con la de Jesucristo.

Los sentimientos que albergan tu Corazón, Jesús mío, —tu dependencia completa a tu Padre, tu humildad perfecta y tu caridad ardiente, y tu espíritu del sacrificio— me los comunicas si te dejas vivas en mí.

Humildad perfecta, — Al venir a este mundo dices: *Padre, he aquí que vengo a hacer tu voluntad* (Hebr 10,5.7). Tu deseo es agradar en todo a su Padre (cf. Juan 8,29). Eres la misma obediencia, *obediente hasta la muerte y muerte de Cruz* (Filp 2,5). Incluso obedeces a la voz del sacerdote en el momento de la Consagración, descendiendo del cielo a la tierra.

¡Qué modelo de obediencia eres para mí! Tú, Jesús mío, me enseñas a vivir agradando a Dios haciendo en todo su voluntad, y no la mía.

Caridad universal. — Tú, divino Jesús, quieres que participemos de tu misión redentora. Quieres que yo responda a tu amor con un gran deseo de sacrificarme por el bien y la salvación de todos los hombres. Ayúdame a darte cuenta que Tú, Jesús, vives en cada uno de los que se encuentran conmigo. Haz que yo te imite en ser indulgente, misericordioso, paciente y servicial.

Espíritu de sacrificio. — Amado Jesús mío, sabiendo que la humanidad no podía ser rescatada sino por el sacrificio, quisiste inmolarte por todos nosotros en la Cruz. Quiero ser Hostia contigo. Quiero también yo inmolarme por la salvación del mundo. Quiero *completar en mi cuerpo lo que falta a tu Pasión, en favor de tu Cuerpo, que es la Iglesia* (Colosenses 1,24).

De este modo seré una de esas piedras vivas y escogidas que construyen la Jerusalén celestial.

## MI PARTICIPACIÓN ACTIVA EN LA SANTA MISA

Haz, Jesús mío, que participe de la Santa Misa con un gran *espíritu de fe*.

Momentos antes me recogeré unos instantes, a fin de desentenderme de todas las cosas y fijar mi atención únicamente en Dios. Es nada menos que Dios con quien voy a tratar.

Me tengo que llenar de asombro ante lo que voy a contemplar, sólo así me aprovecharé de los tesoros de la Liturgia.

Quiero adorarte, Señor. Quiero rendirte todo el homenaje de mi amor. Quiero permanecer en adoración mientras dure la Eucaristía, en una *actitud digna, atenta y fervorosa*.



*Digna.*— Por la forma con que pronuncio las oraciones, por el tono de mi voz y mi manera de hacer la señal de la cruz, por el modo de hacer la genuflexión, etc., quiero manifestar que me doy perfectamente cuenta de con que gran Majestad estoy tratando, que sé lo que estoy diciendo y que lo hago con todo mi corazón.

Que quien me vea no pueda decir de mí: «No parece que esta persona se dé cuenta que está tratando con Dios, pues participa de la Santa Misa de un modo poco respetuoso». ¡Qué responsabilidad! Tan solo con mi forma de orar o de rezar ya estoy evangelizando. Que mi actitud refleje de algún modo que estoy haciendo honor al Rey de los reyes y al Dios de toda majestad.

*Atenta.*— Esforzándome por prestar atención a cada detalle de la Santa Misa. Unas veces me fijaré en las oraciones, meditando una frase que me haya impresionado. Otras veces meditaré en el significado de la fiesta o del tiempo litúrgico que estamos celebrando...

*Fervorosa.* — Este es el punto capital. Llegado el momento, me desentenderé, cueste lo que cueste, de todo lo demás. No debo tener prisa. «La precipitación es la muerte de la devoción» (San Francisco de Sales), porque me impide orar con fervor. *Maldito el que hace la obra de Dios con negligencia* (Jer 48,10).

A veces me contentaré con una simple mirada de asombro ante el misterio al que estoy asistiendo. Mirada de fe, de esperanza y amor. Mirada que realiza en este mundo lo que has prometido al que obra con pureza de corazón: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mat 5,8). De este modo cada Misa vendrá a ser un descanso para mi alma.

## 25 – LA GUARDA DEL CORAZÓN ES CLAVE PARA TENER VIDA INTERIOR Y HACER APOSTOLADO

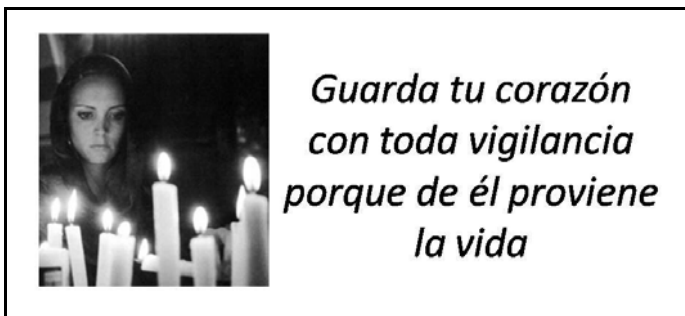
Jesús quiere preservarme de todo pecado, y que viva cada día más unido a Él en todas mis ocupaciones. Para conseguirlo sólo me pide una cosa: pureza de intención. ¿Cómo adquiriré esta pureza de la intención? Prestando una gran atención sobre mí mismo, al principio y sobre todo en el desempeño de mis acciones.

¿Por qué al principio de cada acto? Para que no me incline a hacerlo únicamente por el gusto o el interés, sino sólo porque Dios lo quiere.

¿Y por qué en el transcurso de cada acto? Para que no cambie la motivación primera con que lo empecé, llena de fe y de amor, si me veo tentado a cambiarla por otras motivaciones nacidas del egoísmo o de las pasiones. Porque sino resultaría que habiendo comenzado la obra por motivos espirituales, la fuese a terminar por motivos rastreros.

Por eso, debo poner todo el empeño en que todos mis actos sean animados por la fe, la esperanza y el amor. A esto me ha de llevar la oración de la mañana.

El que mantenga mi vida interior durante el día dependerá de la guarda de mi corazón: *Guarda tu corazón con toda vigilancia porque de él proviene la vida* (Prov 4,23).



Sé muy bien que la oración y la Eucaristía diarias me unen con Dios. Pero es la guarda del corazón la que permite mantenerme en esta disposición.

Esta guarda del corazón no es otra cosa que la solicitud habitual, o al menos frecuente, de preservar todos mis actos, a medida que se presentan, de cuanto pudiera viciar sus móviles o su realización. Tal solicitud, por poner a Dios como fin de todas las acciones, ha de ser serena, humilde y a la vez resuelta.

Es un trabajo del corazón y de la voluntad más bien que de la inteligencia, la cual debe permanecer libre para poder cumplir con las obligaciones a las que me debo. Lejos de poner obstáculos a la acción, la guarda del corazón la perfecciona, regulándola según la voluntad de Dios y los deberes de estado.

Quiero practicar este ejercicio a todas horas. Bastará con que impulsado por el amor purifique la intención de las acciones, a medida que las vaya realizando. Es el cumplimiento exacto del haz lo que haces, es decir, del aplicarse por entero a la acción del momento presente. Mi alma vigilará como un centinela sobre todos los movimientos de mi corazón y sobre todo lo que pasa en mi interior, a saber; impresiones, intenciones pasiones, inclinaciones, en una palabra, sobre todos mis actos interiores y exteriores, pensamientos, palabras y acciones. Por supuesto, la guarda del corazón exige un cierto recogimiento, pues difícilmente la puede mantener un alma disipada. Pero no he de desanimarse, conforme la vaya practicando se me irá haciendo más fácil.<sup>18</sup>

Me debo de preguntar:

*¿A dónde voy y por qué?* (San Ignacio de Loyola). ¿Qué haría Jesús en estos momentos y cómo se conduciría si se hallara en mi lugar? ¿Qué me aconsejaría? ¿Qué quiere de mí en este momento? Tales son las preguntas que se hace un alma ávida de vida interior.

La cosa no es tan difícil si se busca a Jesús a través de María. El recurso a esta buena Madre debe ser la inclinación natural de mi corazón.

De este modo se realizará el *Permaneced en mí y yo en vosotros* (Juan 15,4), que es la esencia de la vida interior. Éste es el fruto de la Eucaristía, con tal que yo lo mantenga mediante la guarda del corazón.

---

<sup>18</sup> La forma mejor de vivir la guarda del corazón es dejarse guiar por el Espíritu Santo. El debe tomar la dirección de toda mi vida. A tal fin es necesario mantenerse en contacto con él aun en medio de la acción: unos breves momentos de pausa de vez en cuando servirán para intensificar este contacto o reanudarlo cuando la actividad excesiva o los impulsos de las pasiones lo hubiesen interrumpido de algún modo. «No hago nada por mi propia cuenta —dijo Jesús—, sino que lo que el Padre me ha enseñado eso es lo que hablo» (Juan 8, 28). Ésta es la norma de conducta de Jesús y está debe ser la norma de conducta del cristiano: obrar en dependencia continua de Dios, que por medio de su Espíritu, inspira lo que se debe hacer y ayuda a ponerlo en práctica.

*Permaneced en mí.* Sí; yo me consideraré como en mi casa cuando esté en tu divino Corazón, con derecho a disponer de todas tus riquezas, de todos los tesoros ilimitados de la gracia santificante y de las gracias actuales.

Y yo en vosotros. Gracias a la guarda del corazón, también Tú estarás en mi alma como en tu casa. Porque esforzándome porque Tú reines sobre todas mis facultades, no solo procuraré no hacer nada fuera de Ti, sino que trataré vivir el amor cada vez más en cada uno de mis actos.

La consecuencia de esta guarda del corazón será el hábito del recogimiento interior, del combate espiritual y de una vida diligente y ordenada.

De esta manera, amado Jesús, mi unión contigo a través de las ocupaciones será una prolongación de la unión que mantengo contigo a través de la oración y de la Eucaristía. En ambos casos, la unión procederá de la fe y de la caridad y se realizará bajo la influencia de la gracia. En la oración y en la Eucaristía no me ocupo más que de Ti solo, Dios mío. En las ocupaciones que tengo que realizar, pongo mi atención en otras cosas. Pero como las hago por obedecerte a Ti, mi amor hacia Ti no cesa en ningún momento. En todo hago tu divina voluntad y no dejo de decir: *para mí, mi bien es estar junto a Dios* (Salmo 73,28).

No necesito, para unirme a Ti, tener que dejar lo que tengo entre manos. Ningún trabajo, por muy absorbente que sea, me puede quitar la libertad de vivir unido a Ti, mi Señor. Esto no puede ser, porque Tú quieres que yo sea libre, y que domine la acción, y para ello me ofreces tu gracia, a condición de que sea fiel a la guarda del corazón.

Desde el momento en que me dé cuenta de que te agrada una determinada acción, trataré de comenzarla a su debido momento, para hacer tu voluntad. Y si la realizo como Tú quieres, oh Jesús mío, en vez de disminuir, mi unión contigo se acrecentará.

#### 1. — Necesidad de la guarda del corazón

Dios mío, Tú eres la Santidad, y no admites a tu intimidad sino a aquel que se esfuerza por evitar toda mancha. Tú no admites a tu intimidad a aquel que no lucha contra alguno de los siguientes defectos: pereza, afectos desordenados, murmuración, disipación, vanidad, presunción, envidia, vida cómoda y poco mortificada, etc.

¡De poco me servirán los actos de piedad si no trato de vivir recogido, si no estoy vigilante contra mis defectos, si no me levanto con presteza cuando caigo, impidiéndome un correctivo!

Si no practico la guarda del corazón, puedo entorpecer todas las gracias que Jesús quiere derramar sobre mí: las Misas, comuniones, confesiones, devociones, las gracias actuales del momento presente, la ayuda de mi ángel de la guarda, y hasta la ayuda maternal de la Santísima Virgen.

Si no me hago violencia —Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, *el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan* (Mat 11,12)—, Satanás no me dejará ni un momento tranquilo.



No caería en tantas faltas, que yo considero de pura fragilidad, si de verdad viviese la guarda del corazón, tratando de que Jesús fuese de verdad la única razón de cada una de mis acciones. Son todas estas faltas la pendiente que un día pueden llevarme al pecado mortal.

2 — La presencia de Dios, fundamento de la guarda del corazón.

Trinidad Santísima, tu habitas mi alma cuando estoy en estado de gracia, con toda tu gloria y perfecciones infinitas, aunque oculto bajo el velo de la fe. No hay un instante en que no tengas puesta tu mirada sobre mí.

Tu justicia y tu misericordia actúan incesantemente en mí. En respuesta a mis infidelidades, unas veces me retiras tus gracias, y otras veces, para que vuelva hacia Ti, me colmas de favores y beneficios.

Si cayese de verdad en la cuenta de lo que significa que Tú habites en mí, ¿podría dejar pasar tanto tiempo sin pensar en ello? ¿No será ésta la causa de que me cueste tanto vivir la guarda del corazón?

Si durante el día hubiera hecho frecuentes jaculatorias, ellas me hubieran recordado que Dios mora en mí. ¿Me esfuerzo lo suficiente para llenar mi día de estas jaculatorias? ¿Aprovecho la oración y el momento

de la comunión para entrar en el santuario íntimo de mi corazón y adorar a la Belleza infinita, la Santidad y el Amor de mi Dios, mi Principio y Fin?

¿Hago *comuniones espirituales* cuando no puedo acercarme a la Eucaristía? Porque Tú, Santísima Trinidad, estás a mi disposición en cada momento para recordarme que moras en mi alma.

¿Aprecio como es debido este tesoro de la gracia que Dios coloca en mi camino? Sólo necesito inclinarme un poquito por recoger estas perlas preciosas. ¡Tan solo tengo que lanzar a lo largo del día una mirada de amor a mi huésped divino! Porque mi corazón debe estar allí donde está su tesoro.

### 3 — La devoción a la Virgen facilita la guarda del corazón

Oh Madre mía Inmaculada, tú me ayudarás a vivir siempre unido a Jesús por la guarda del corazón. Para eso me hizo hijo tuyo Jesús en el Calvario. Por eso imploro tu ayuda a lo largo del día, a fin de purificar todas mis inclinaciones, intenciones, afectos y deseos, para todo lo haga por puro amor de Dios y por su gloria.

¡Cuántas veces me has dirigido tu maternal invitación: *Haced lo que Él les diga!* ¡Y cuántas veces la he despreciado!

Madre mía, en adelante escucharé este *llamamiento de tu corazón*, y trataré de responder a él al instante. «¿Estoy haciendo la voluntad de Dios? ¿Cómo obraría Jesús si se encontrase en mi lugar?» Estas preguntas, hechas frecuentemente, constituirán la guarda de mi corazón. Así, podré tener todas mis facultades y tendencias dispuestas a hacer cada día más perfectamente la voluntad de Dios, que vive en mí.

### 4 — Aprendizaje de la guarda del corazón.

Quiero mantener la presencia de Dios en medio de mis ocupaciones diarias, mediante la guarda del corazón.

Señalaré un determinado momento en medio de mi trabajo, en el que, sin abandonarlo, pondré mi atención, a la luz de Dios, en si estoy haciendo lo más perfecto.

Trataré de hacer este ejercicio, a lo largo de la mañana y de la tarde, esforzándome por hacerlo lo mejor posible, conduciéndome en mi trabajo, por muy absorbente que sea, con pureza de intención, tal como lo haría Jesús.

De esta forma practicaré la vida interior, luchando contra la disipación y la superficialidad. Así lo quiero, Jesús mío. Deseo vivir unido a Ti. No quiero que mi alma sea un lugar abierto a todos los vientos, sin sitio para el recogimiento. Deberé, sin duda, estar siempre vigilante y ser mortificado para mantenerme en la presencia de Dios. Pero sobre todo, lo haré por amor a Ti, mi Salvador.



Por la noche, en el examen general (o en el particular, si lo hago sobre la guarda del corazón), haré memoria de si practiqué la guarda del corazón a lo largo del día. Me impondré un correctivo, una pequeña penitencia (aunque no sea más que privarme algo agradable en la mesa, sin que nadie lo note, o cualquier otra pequeña mortificación) si compruebo que no la hice como debería, con amor, prontitud y pureza de intención.

¡Qué saludables efectos se siguen de este ejercicio! ¡Cómo nos impulsan a la santidad!

#### 5 — Condiciones de la guarda del corazón

Mi vida está llena de miserias e imperfecciones. De esta convicción, trata Satanás de aprovecharse llevándome a la desconfianza y al desaliento. Pero bien sé que el Señor misericordioso me ayudará a luchar con ardor para que consiga vivir esta guarda del corazón.

Debo de convencerme de que no combato solo, sino unido a Jesús, que vive en mí; vivo también en unión con María, mi Madre; tengo a mi lado a mi Ángel de la Guarda y a todos los Santos. Estos aliados poderosos están dispuestos a ayudarme en todos los momentos del día, con tal que persevere en la guarda del corazón, y no me aleje de su ellos. No dejarán de ayudarme para que haga lo que Dios quiere, como El lo quiere y porque El lo quiere.

Una transformación muy grande va a realizarse en mi vida si consigo practicar la guarda de mi corazón.

Mi entendimiento podrá estar enteramente aplicado a la acción presente. Quiero llegar a conseguir en medio de los trabajos, aun los más absorbentes, lo que he visto en ciertas almas, a saber, que, engolfadas en sus ocupaciones, guardaban su corazón de tal suerte que no cesaban de estar unidas a Jesús.



¡Oh Jesús mío, qué transformación sufrirá mi vida si guardo mi corazón unido a ti! Ello no impedirá que pueda concentrarme en los trabajos más absorbentes.

En vez de ser esclavo del orgullo, del egoísmo o de la pereza, en lugar de estar dominado por las pasiones o las impresiones, seré cada día más libre. De esta manera me arraigaré en la verdadera humildad, fundamento de la vida interior, porque como dice Santo Tomás, *la humildad consiste sobre todo en la sumisión del hombre a Dios*. Participaré así de la obediencia de Jesús al Padre: *Fue obediente... y por esto Dios le ensalzó* (Filp 2,9).

## 26 - EL APOSTOL DEBE TENER UNA ARDIENTE DEVOCION A LA MADRE DE DIOS

San Bernardo, el Abad de Claraval, atribuía a la Virgen María todos sus éxitos en el apostolado. De todos es conocido el fecundo apostolado que ejerció sobre pueblos y reyes, y la enorme influencia que ejerció sobre Papas y Concilios.

Tenía un gran conocimiento de las Sagradas Escrituras. Pero donde destaca sobre todo es como «Cantor de María». «Todo nos viene por María» era uno de sus lemas. Y así dejó escrito:

«Ved, hermanos míos, con cuánto amor y devoción quiere que honremos a María, Aquél que puso en Ella la plenitud de todos los bienes. Todas nuestras esperanzas, las gracias que poseemos y las prendas de salvación nos vienen por María... Quitad ese sol que ilumina el mundo y desaparecerá el día. Quitad a María, la estrella del mar, y no quedará sino oscuridad y sombras de muerte. Honremos, pues, a María con todo nuestro corazón, porque tal es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo tuviéramos por María (San Bernarno).

También el apóstol, por mucho que trabaje, corre riesgo de edificar sobre arena —su santificación y apostolado— si su actividad no se apoya en una especial devoción a Nuestra Señora.

1º *Su santificación*.— Todo apóstol ha de estar firmemente convencido de que su santificación y salvación guardan estrecha proporción con el grado de devoción que tenga a María.

«*Nadie se salva sino por Ti, madre de Dios. Nadie recibe don alguno del Señor sino por Ti, oh llena de gracias*» (S. Germán).

Todo resulta más fácil, más seguro, más suave y más rápido en la vida interior cuando se obra con María. En unión con María se hace mayor progreso en el amor de Jesús durante un mes, que en años

enteros viviendo menos unidos a esta buena Madre (San Luis Griñón de Montfort).

«¡Oh tú, que caminas por este valle de lágrimas entre las tempestades del mundo, si no quieres perecer sumergido por las olas, no apartes jamás los ojos de esta brillante y luminosa estrella!

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, invoca a María. Si eres agitado por las olas de la soberbia, de la calumnia, de la ambición, de la envidia, mira a la Estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia, el placer carnal arrastra con violencia la barquilla de tu alma, mira a María. Si turbado por el recuerdo de la enormidad de tus crímenes, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado por la idea del horror del juicio, comienzas a sumirte en la sima sin fondo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte su nombre de tus labios ni de tu corazón; y si quieres que Ella ruegue por ti, procura imitar sus ejemplos. No perderás el camino si la sigues, no perderás la esperanza si la ruegas. Si te tiene de su mano, no caerás; si Ella te guía, no te cansarás; y si Ella te es propicia, llegarás felizmente al puerto» (San Bernardo).

Si se levantan los vientos  
de las tentaciones... mira a  
la Estrella, invoca a María



Recurramos habitualmente a María y a vivamos en unión con Ella.

¡Qué consoladoras son las palabras que Santa Gertrudis oyó de la Santísima Virgen! «No debe ser llamado el dulcísimo Jesús mi hijo único, sino mi primogénito. Le concebí el primero en mi seno, pero después de él, o mejor dicho, por él os he concebido a todos para que seáis sus hermanos y mis hijos, adoptándoos por tales en las entrañas de mi amor maternal».

2º *La fecundidad del su apostolado.* —«Habiendo querido Dios darnos una vez a Jesucristo por María, esta disposición no puede sufrir

alteración. Si Ella engendró la cabeza, debe engendrar los miembros» (Bossuet).

Separar a María del apostolado sería desconocer algo sustancial del plan divino. «Todos los predestinados — dice S. Agustín—, están en este mundo encerrados en el seno de la Santísima Virgen, donde son resguardados, alimentados, sostenidos y fortalecidos por esta buena madre hasta que por fin los dé a luz en el cielo después de la muerte».

«Desde la Encarnación —afirma S. Bernadino de Siena—, María ha adquirido una suerte de jurisdicción sobre toda misión temporal del Espíritu Santo, de modo que ninguna criatura recibe las gracias de Dios sino por sus manos».

Todos los grandes apóstoles que conquistaron muchas almas para Dios, estaban animados de una tierna devoción a la Virgen Santísima.

Al oír la voz de María, S. Juan Bautista, el Precursor, reconoció la presencia de Jesús y saltó de gozo en el seno de su madre. ¡Qué persuasivas palabras no pondrá María en labios de sus verdaderos hijos para convertir los corazones más endurecidos! Porque ella es verdadera madre y refugio de pecadores.

Parece que Nuestro Señor ha querido reservar, a la mediación de su Madre, las más difíciles conquistas del apostolado, y se las concede a aquellos que viven en intimidad con Ella.

Por eso, jamás el verdadero hijo de María debe desconfiar y pensar que se le han agotado todos los recursos para convertir los corazones más endurecidos. Porque ella es la «Madre del Buen Consejo», y no concede sino a sus verdaderos hijos, el vino de la fortaleza y de la alegría.

María, la «Robadora de corazones», según expresión de S. Bernardo, sabe poner en los labios de sus verdaderos devotos palabras de fuego que encienden el amor de Jesús en los corazones más obstinados.

Amemos con delirio a María. Jamás consideremos una obra por perdida si la hemos comenzado con María. Pero no nos hagamos falsas ilusiones, la verdadera devoción a María no consiste en otra cosa que en vivir habitualmente unidos a Ella, esforzándonos por imitar sus virtudes. Sólo con esta condición, podrá actuar Ella a través nuestro.



**Ser hijo de María,  
es tenerla por  
madre y esforzarse  
por imitar sus  
virtudes**

## EPÍLOGO

Imitemos a la Virgen María. Ella lleva en su seno al Verbo encarnado. Jesús vive en Ella. Él es su corazón, su respiración, su centro y su vida. María es el modelo de todo apóstol.

Ella nos recuerda que es por la oración y por la unión al sacrificio de Jesús como seremos hombres de vida interior y fecundos en el apostolado.

Ella vive de Jesús y por Jesús, de su vida, de su amor, de la unión a su sacrificio, y Jesús habla en ella y por ella. Jesús es su vida y ella es la portadora del Verbo, su portavoz, la custodia de Jesús.

De igual forma, el alma que se consagra al apostolado debe vivir en Dios, para poder hablar eficazmente de El. La vida activa y el apostolado, de esta manera, no serán otra cosa que el desbordamiento de la vida interior.

Quiero depositar este modesto trabajo a los pies de la gloriosísima Reina de los Apóstoles.



**María es el  
modelo de todo  
apóstol**

